

Héctor Abad Faciolince



Basura

I Premio Casa de América de Narrativa Americana Innovadora

COLECCIÓN  NUEVA BIBLIOTECA

44



LENGUA
DE TRAPO



Héctor Abad Faciolince

Basura

www.lenguadetrapo.com

Diseño de colección: Rafa Sañudo - Ana Díaz / RaRo SL

Ilustración de cubierta: Sean Mackaoui

Dirección de Serie Hispanoamérica: Eduardo Becerra

Casa de América y Ediciones Lengua de Trapo

convocan anualmente el Premio

Casa de América de Narrativa Americana Innovadora

© Héctor Abad Faciolince 2000

© EDICIONES LENGUA DE TRAPO SL 2000

Antonio Maura, 18.28014 Madrid

Correo electrónico: info@lenguadetrapo.com

Reservados todos los derechos

ISBN: 84-89618-44-5

Depósito legal: TO-424-2000

Imprime: RaRo Producciones SL

Queda prohibida terminantemente la reproducción total o parcial de esta obra sin previo consentimiento por escrito de la editorial

El día 27 de enero de 2000, un jurado compuesto por Enrique Vila-Matas (director del jurado), Cristina Peri Rossi, Roberto Bolaño, Íñigo Ramírez de Haro (en representación de Casa de América) y Eduardo Bécerra (en representación de Ediciones Lengua de Trapo) otorgó el I Premio Casa de América de Narrativa Americana Innovadora a la novela *Basura*, de Héctor Abad Faciolince.

*A Elkin Obregón,
que una noche tiró
esta historia a la basura*

Cómo se imagina él la felicidad: una vida entera leyendo tranquilamente y escribiendo sin enseñarle nunca a nadie una palabra de lo escrito, sin publicar una palabra. Dejar a lápiz todo lo que ha anotado; no cambiar nada, como si lo que ha escrito no tuviera destino alguno, como el curso natural de una vida que no sirve a ningún fin que haga más angosto el mundo, pero una vida que es totalmente ella misma y que se va anotando como quien anda o respira.

Elias Canetti

Esto que empiezo empezó cuando me pasé a vivir por el Parque de Laureles. Hasta ese momento yo no sabía que en el tercer piso de este mismo edificio estaba viviendo Bernardo Davanzati, no sé si lo recuerdan, aquel escritor que a finales de la década del sesenta publicó una novela que no fue muy bien recibida por la crítica, *Diario de un impostor*, y que años después sacó otro libro que pasó inadvertido, *Adiós a la juventud*. Lo más probable es que no lo recuerden pues su primera novela, aunque fue publicada por un editor comercial, prácticamente no se vendió, y los saldos que había (y que estaban rematando a mil pesos el ejemplar) quedaron sepultados bajo los escombros de la Feria del Libro cuando se derrumbó el techo del pabellón de exposiciones en el desastre de hace algunos años. En cuanto al *Adiós a la juventud* tengo que decir que en ninguna de las bibliotecas públicas de Medellín se conserva un solo ejemplar del libro, y que éste, si se encontrara, sería una verdadera curiosidad bibliográfica, si es que pueden ser curiosidades bibliográficas las obras desconocidas de un desconocido. Por lo que he podido averiguar fue el mismo Davanzati quien costó la edición, limitadísima, pues consistía apenas en unas pocas decenas de copias (ignoro si impresas o fotocopiadas) que el escritor repartió entre sus amigos, y vaya a saber quiénes son sus amigos. Hasta el día de hoy yo no he podido ver nunca un ejemplar del *Adiós a la juventud*, pero varias personas me aseguran que existe, que alguna vez lo hojearon, y hasta me han dicho que el libro no carece de cierta calidad literaria. En fin.

Desde entonces, y han pasado más de veinte años, Davanzati no ha vuelto a publicar nunca nada, ni siquiera esos breves comentarios de libros que aparecían en el *Magazín Literario* de *El Espectador* y que son, en el fondo, las piezas por las que a veces se le recuerda (si es que alguien lo recuerda) y las que me lo trajeron a la memoria cuando vi su nombre y apellido en un sobre de la caja de ahorros que hallé tirado un día a la entrada del edificio. Ese nombre fue como un latigazo en mi memoria; ¡conque mi taciturno vecino de arriba era Davanzati! Yo ya me había fijado en él, es más, me había detenido a mirarlo con curiosidad muchas veces. Era un tipo más bien bajo de estatura, algo encorvado, muy discreto, pero con un chispazo de halcón en los ojos azules, como si pretendiera compensar la brevedad de su cuerpo con un tris de arrogancia en la mirada.

A primera vista era un anciano común y corriente; sin embargo, al mismo tiempo, uno intuía en él algún secreto. Y nada como que alguien quiera guardar un secreto para que uno, de inmediato, quiera a su vez averiguarlo. De andar lento (pero luego me di cuenta de que este paso sosegado lo empleaba para disimular una leve cojera), parecía estar más cerca de los setenta que de los sesenta, de pelo abundante y canoso, de unas canas más blancas que el papel, con unas manos sin manchas y unos brazos casi atléticos, mucho más juveniles que el resto de su aspecto. No parecía tener amigos ni parientes que lo visitaran, no tenía muchacha del servicio, ni siquiera por horas, y daba la impresión de ser un perfecto solitario. No vivía con nadie, no recibía a nadie —o por lo menos nunca (hasta el final, cuando algo distinto pasó) me di cuenta de que recibiera a nadie— y sus salidas diarias (tengo que confesar que varias veces lo seguí) eran más un hábito higiénico que social, ya que las caminatas no lo llevaban a ningún sitio concurrido, café cantina bar kiosco comedero o templo que fuera, sino que simplemente vagaba por el barrio, variando de día en día las calles, dando rodeos sin un destino definido. Esta falta de meta era compensada por la rigidez del horario y de la duración de sus paseos, todos los días noventa minutos, de ocho a nueve y media de la mañana. Tampoco asistía a las reuniones del condominio, pero pagaba puntualmente las cuotas de administración («en efectivo», me dijo un día la encargada), y debía de tener alguna pensión o alguna renta pues no se le veían indicios de pobreza. Por el contrario, había algo en su atuendo, en su actitud y en la seguridad de su mirada que dejaba entrever esos pequeños y casi indefinibles signos de la prosperidad. Muchas veces me crucé con él en las escaleras (y no por casualidad: yo propiciaba estos azares), pero nuestro intercambio de palabras nunca fue más allá de unos buenos días o unas buenas tardes. Cuando nos cruzábamos estuve a punto de hablarle muchas veces, las palabras ya asomándoseme en la punta de la lengua, de comentarle algo sobre el tiempo, sobre los muertos o sobre los atracos para intentar entablar algún diálogo con él, pero su mirada, verdeazul y esquiva, saltarina, altanera, y su hosca seriedad, no invitaban a interrumpir la ensimismada marcha de sus pensamientos ni el claudicante avance de sus pasos.

Desde la calle, desde la ventana, desde la mirilla mágica de mi puerta yo lo veía pasar hacia sus largos paseos cotidianos, con las manos vacías casi siempre, tanto si iba de salida como si estaba entrando, salvo las raras ocasiones en que llevaba entre los dedos un sobre bancario (de una caja de ahorros local, como ya he dicho, y otro, menos frecuente pero más inquietante, de una sociedad bancaria suiza). Dos veces a la semana —los lunes y los jueves— colgaba de su mano, eso sí, una bolsa de supermercado, con algo de comida adentro, según las formas que se podían percibir modeladas en el plástico. Con el tiempo llegué a saber que sus gustos culinarios (y este era otro indicio de que no carecía de recursos) eran parcos pero refinados, y levemente alcohólicos: botellas de vino español, siempre el mismo, de Rioja, café en grano, sin moler, aceite de oliva italiano, extra virgen, botellas de ron, de brandy o aguardiente, plátanos, papas, berenjenas, acelgas, tomates, arroz, pastas, queso, naranjas, y poco más.

Una mañana, y esto para mí fue como una campana de alarma, lo vi entrar también con una resma de papel bajo el brazo. Fue esta resma de papel lo que me puso sobre aviso. Era una resma gruesa, gorda como un ladrillo, y nadie que no escriba mucho compra el papel por tacos de quinientas hojas. Al pasar frente a mi puerta la apretaba casi con cariño entre el pecho y el brazo. Como el hecho me intrigó y el personaje me gustaba (nada mejor que un vecino taciturno), y como también recordaba algunas de sus condescendientes reseñas en el *Magazín* (pocas cosas tan amables y escasas como un crítico benévolo), fue en ese momento cuando resolví emprender mis pesquisas bibliográficas sobre Davanzati. Pocos días después descubrí y leí su primer libro y me enteré también de la existencia del segundo, que hasta ahora no he podido conseguir ni mucho menos leer, y si alguien sabe algo le agradezco. Supe también que desde entonces, desde este segundo libro que casi nadie conocía, Davanzati no había vuelto a publicar nunca nada.

El *Diario de un impostor*, aunque fue una novela francamente maltratada por la crítica, no me parece un mal libro. Peca, quizá, de un marcado experimentalismo (de ese que estaba tan en boga por los años sesenta), pero si uno despeja sus malabarismos en los saltos temporales, la

inútil complejidad de la sintaxis, la casi total ausencia de puntuación y la excesiva obsesión por las alusiones literarias, el libro se salva. Tiene su protagonista, Martín Moran, cierta cálida comprensión humana, fruto de una autointrospección casi maniática que hace de él, más que un impostor, un atormentado de su propia autenticidad y una víctima de su perenne remordimiento frente a los hechos del mundo, casi como si éstos, de algún modo secreto, dependieran indefectiblemente de sus supuestas culpas. El libro está lleno de agudas observaciones cotidianas, todas teñidas con los variados colores de la vida. No me parece necesario, en todo caso, citar apartes de esta novela ni profundizar más en ella. Tanto en la biblioteca de la universidad como en la Piloto, los interesados podrán hallarla y leerla; más aún, creo que alguna editorial debería correr el riesgo de volverla a imprimir, y ahí les dejo la inquietud.

Desde que leí su novela y sobre todo desde aquella mañana en que lo vi subir las escaleras con la resma de papel bajo el brazo, yo sentía que compartía un secreto con mi vecino de arriba o, para ser más preciso, que me había robado un secreto de mi vecino. Contra todas las expectativas (si es que las había, porque en realidad este hombre había sido olvidado por casi todo el mundo), y contra toda evidencia, Bernardo Davanzati seguía escribiendo. En silencio y sin publicar, pero escribiendo. O bueno, al menos esto era lo que yo intuía, pues sólo había visto la resma de papel apretada entre el pecho y el brazo, y aunque la cosa no demostraba que el tipo siguiera escribiendo (las hojas que le vi subir estaban en blanco, por supuesto), poco tiempo después tuve la confirmación cabal de esta corazonada. Resulta que un día —estaba yo terminando un artículo para la revista donde trabajo— me di cuenta de que había tirado por error a la basura un periódico viejo del que todavía necesitaba sacar un dato, tal vez una cita exacta o una cifra precisa, ya no sé, y como sabía que había tirado ese periódico por el *shut* ese mismo día, bajé hasta el sótano del edificio y fui al sitio donde están las canecas de la basura, justo debajo de la salida del tubo que, hacia arriba, tiene una puertecita metálica en cada uno de los pisos. No tuve que escarbar mucho para dar con el periódico, pero al apartar las cascaras de banano, los sobrados de arroz, los mordiscos de arepa, las cortezas de queso y las latas abiertas de conservas, encontré otra cosa que

me interesó mucho más que el periódico: varias hojas de papel blanco tipo bond, arrugadas, escritas a mano por los dos lados.

Desde luego que yo no conocía la letra de Davanzati, pero quién más podía ser el dueño de esa escritura clara, con ortografía impecable, sin un solo tachón, sin arrepentimientos, nerviosa y rápida pero no titubeante, salpicada de gotas como de vino tinto o de café. ¿Las señoritas Montoyas? Imposible en un par de camanduleras. ¿El doctor Molina? Era un famoso cardiólogo que usaba el miniapartamento del último piso sólo como *pied-à-terre ogarçonniére*, como indicaban los alborotos y vallenatos de los sábados, los alaridos de éxtasis, las risas, y al fin el vocerío estridente de las rubias despelucadas que bajaban las escaleras muy orondas en sus zapatos blancos, taconeando sin piedad mientras se despedían del doctor con esa voz espesa de tabaco, perico, alcohol y madrugada. Quedaban dos sospechosos, Davanzati o yo, pero la letra no era mía. Así que subí con los papeles arrugados doblados en la mano, con el corazón queriéndoseme salir de las costillas, como cuando miramos por el ojo de una cerradura con el presentimiento de que en el otro lado... Y en efecto, cuando desarrugué y pude leer los papeles, se hizo evidente que éstos eran de Davanzati. ¿De quién es la basura? ¿Tiene dueño la basura? ¿Tirar algo no es lo mismo que regalarlo? Me hacía estas preguntas para justificarme. En realidad yo sé perfectamente que cuando un escritor se desprende de algún papel no lo hace para que alguien lo rescate y lo lea, sino todo lo contrario, para que nadie jamás llegue a leerlo. Lo mío era una intromisión, sin duda, pero la curiosidad era mucho más fuerte que yo, las ganas de saber mucho más hondas que las de respetar la intimidad. Conservo esas primeras hojas sacadas furtivamente de la basura del edificio (y conservo otras, muchísimas otras hojas sacadas en los meses sucesivos), y desde que las hojas cesaron no he hecho otra cosa que preguntarme lo que haría con esa pesca diaria en el basurero que fue mi mayor obsesión, mi mejor pasatiempo, mi más secreto secreto, durante casi un año. No sé si hice bien o mal en volver todos los días, desde esa tarde en adelante, a hurgar en los cubos del edificio, no sé tampoco si hice bien en guardar los papeles con orden, apilados poco a poco en un cajón vacío de mi escritorio. No podía evitarlo, en todo caso, era más fuerte que yo, aunque no sé bien por qué era

más fuerte que yo: curiosidad, impertinencia, intromisión, psicología de escarbador de basura, de comedor de sobrados, váyase a saber. Tal vez en un principio llegué a pensar que de ese robo de desechos yo podía sacar alguna ventaja, que a lo mejor allí hallaría alguna clave, algo útil para mi vida o inclusive una pequeña vena, un aluvión de alivio o una mina de ideas para mi propia esterilidad. Sea como sea, ese primer día, después de desarrugar los papeles pude leer lo que quiero empezar a compartir con ustedes, con ustedes que serán los únicos que puedan decidir si hice bien o no en convertirme en el basurero de Davanzati, en el mendigo que hurga la basura en busca de algún desperdicio no del todo podrido y capaz todavía de quitarle su hambre:

Las palabras de un muerto adquieren un peso que nunca tiene lo que dicen los vivos. En primer lugar, ya no las juzga ni la amistad ni la envidia, lo cual las aleja de esos vicios nefastos y opuestos que tiene la lectura: el dulce elogio, el agravio acrimonioso. Las palabras de un muerto son lo que son, finalmente, y cuanto más tiempo muerto lleve el muerto, mejor. No basta el anonimato, mucho menos bastan los seudónimos (esa forma mal disfrazada de coquetería) para esquivar la peste de los juicios y de los prejuicios críticos; al contrario, el anónimo y el seudónimo inspiran aún más cautelas pues los lectores piensan que tras ellos puede estar escondido el amigo o el enemigo y entonces el cuidado llega hasta la exasperación del silencio o de las frases sin sentido, inconclusas, circunlocutorias, incluso al milagro retórico de escribir varias páginas completas que no signifiquen nada. Tal vez las únicas voces que somos capaces de escuchar realmente sean las voces de los muertos. El problema es que nadie puede escribir después de muerto; de ahí que la solución sea vivir como si se estuviera muerto y seguir escribiendo, pero nunca publicar nada. Más aún: sin siquiera tener la menor intención de publicar nada.

Yo tengo la costumbre de discutir con lo que leo. En aquel momento dudé de la agudeza de mi vecino de arriba. Es decir, su razonamiento era correcto, pero había una solución diferente: escribir, publicar, sin oír los juicios de los vivos que hacen otros vivos, y esperar a estar muerto para ver

(es un decir, los muertos han de ser ciegos) qué piensan los únicos que pueden pensar objetivamente: los lectores postumos. Casi todas las palabras leídas son palabras de un muerto. En todo caso Davanzati seguía con su perorata, con su cantaleta, con esa idea reiterada que parecía explicar su apartamiento y que corregía mi corrección, pues él de verdad no parecía tener el menor interés en que lo leyeran, ni vivo ni muerto, y menos en publicar.

Un náufrago que arroja al mar un mensaje en una botella conserva la esperanza de que algún día alguien lea su mensaje, incluso muchos años después de que él haya muerto de hambre. Yo soy un náufrago que arroja su mensaje al mar, no envuelto en botella alguna, para que se disuelva con la sal, para que se lo trague una tortuga hambrienta. No lanzo ningún pedido de auxilio, no pretendo que nadie me socorra, no tengo hambre de ojos que me salven y me lean, simplemente soy un náufrago y me relato a mí mismo que me muero de sed mientras me estoy muriendo de sed. Escribo y sé que nunca nadie va a leer lo que escribo, escribo porque tengo el vicio incurable de escribir, escribo como quien orina, ni por gusto ni a pesar suyo, sino porque es lo más natural, algo con lo que nació, algo que debe hacer diariamente para no morir y aunque se esté muriendo. ¿Para qué orina ya un moribundo? ¿Para qué escribe ya un agonizante? Y sin embargo orina. Y sin embargo escribo. Si lo publicara, admitiendo que alguien me lo quisiera publicar, lo primero que pensarían los críticos es que busco algún honor, reconocimiento, notoriedad, fama, plata. Y sí, eso es lo que buscan casi todos, eso es lo que yo mismo buscaba en otros tiempos. Ahora no quiero que nadie me premie porque orino: qué bien orina el señor Davanzati, realmente qué bien orina este señor. Tampoco temo que algunos critiquen mi manera de orinar: qué poca fuerza tiene la orina de Davanzati, qué amarilla está, cuánta espuma que saca y qué mal huele. Me importa un bledo lo que piensen sobre mi manera de orinar. No puedo dejar de hacerlo, no sé hacerlo de otra manera. Lo más que me pueden pedir es que escoja un sitio discreto para hacerlo. Cumplo con el precepto. Lo hago a escondidas y no espero que nadie me aplauda por la meada. Lo hago a menudo porque a menudo me dan ganas, porque tomo

mucha agua o mucho vino o porque tengo pequeña la vejiga, crecida la próstata, baja la hormona antidiurética, qué sé yo. Lo hago porque si no me revienta por dentro. En realidad, no tendría tampoco nada de malo reventarse, pero es más agradable mear que reventarse. Mear, seguir meando hasta el día que me muera.

Tengo que confesarles algo. Lo que acaban de leer lo encontré al tercer día de mis búsquedas en la basura. Ese primer día lo que hallé fue otra cosa, pero me pareció, en el momento de redactar esta especie de acta de los restos salvados del naufragio, que este trozo sobre lo que se escribe y se arroja quedaba mejor como primer ejemplo de la escritura secreta de Davanzati, o, para decirlo de manera más técnica, como testimonio de su poética del silencio (oh, qué bien lo digo, a veces no me explico por qué no me dan una cátedra). Lo que realmente leí esa primera vez fue algo quizá menos inquietante, y en todo caso menos apto para empezar este recuento, este rescate, lo que me propongo hacer con los papeles de Davanzati. Para ser franco del todo copiaré también los papeles hallados entre la inmundicia esa primera tarde:

Es tan mala mi memoria que no sólo se me olvidan las cosas, sino que no recuerdo qué se me ha olvidado. Es algo así: es como si yo supiera que he olvidado el nombre de la capital de Francia, y luego, peor, como si ni siquiera recordara qué es lo que he olvidado. Ya no recuerdo qué se me olvidó. Hay cosas que ni siquiera recordaba que se me habían olvidado. Uno puede saber, por lo menos, que alguna vez supo cuál era el valor del número Pi hasta el quinto decimal aunque ya no los recuerde; otra cosa es que te digan Pi o Po y no sepas que te están hablando ni de un número ni de un río. Otra cosa es no recordar que el Po pasa por Italia y no por Alemania, o que Pi es una letra griega y no sánscrita. Otros ejemplos: releer un libro y pensar que lo leo por primera vez; después veo otra edición del mismo libro subrayada por mí años antes. No sólo olvidé el libro: se me olvidó que lo había olvidado. Veo una cara y sé que la conozco aunque no recuerde quién es. Olvido siempre. Veo una cara y ni siquiera recuerdo que no la recuerdo, ni siquiera recuerdo que debería reconocerla

como la cara de alguien ya visto y de olvidado nombre. A este segundo estadio terrible del olvido estoy llegando. Hay alguna memoria cuando uno todavía se da cuenta de que olvida. Olvidar algo sin recordar que lo olvidamos es el comienzo de la demencia. Como volverse a enamorar de una mujer a la que ya ni siquiera se recuerda como una amada del pasado. Como creer, cada noche, que nos acostamos con una mujer distinta, y es la esposa.

Ya comprenderán por qué no quise copiar de primero lo primero que encontré de Davanzati. Habría producido en ustedes la misma impresión, equivocada, que produjo en mí: que quizá el viejo se estaba poniendo gagá, que el deterioro de su memoria y de su cabeza era tan grave que solamente asistiríamos a los delirios de alguien con mal de Alzheimer, a los estertores de un escritor al borde de la demencia senil. Pero ese trozo resultó ser sólo una angustia pasajera, o quizá sólo un trozo de literatura y no de autobiografía. Además su buena memoria quedó confirmada con lo que hallé al cuarto día —el segundo día, por mucho que escarbé hundiendo mis manos enguantadas hasta el fondo del contenedor, no encontré nada.

Creí que iba a toparme con algunas reflexiones más sobre lo mismo que copié en primer término, pensé que seguiría con el tema del escritor que no escribe o que no publica porque prefiere permanecer en el anonimato por miedo a los ojos ajenos y a la maledicencia, pero lo que encontré fue una confirmación de su buena memoria y un brusco cambio de tema. Y no sólo de tema, también de tono. Parecía que hubiera encontrado los papeles de otro escritor (varias veces, en los ininterrumpidos días de los meses que siguieron, tuve la misma sensación), aunque todo venía escrito con la misma letra. Era como si Davanzati no siguiera un hilo conductor, más bien parecía que escribiera ideas deshilvanadas, a veces en un tono reflexivo, otras veces de manera más cercana no sé si a las memorias o a la ficción. Les transcribo también lo que encontré esa tarde. Eran dos hojas encabezadas con un título escrito en letras más grandes:

El casanova errante (un sueño machista)

En aquellos días yo viajaba mucho por el mundo y casi en cada sitio al que llegaba tenía una mujer que me hacía de comer y se acostaba conmigo. Sé que suena bastante pretencioso, pero es así, y ahora, a mi edad, de nada me vale decir, o mejor dicho decirme, mentiras. Ni siquiera hago alarde (ante mí mismo) porque el pasado inventado de nada le sirve a uno, uno quiere recuerdos verdaderos, no inventados, porque en últimas el recuerdo también es un juguete, el último juguete que nos queda a los viejos y ay de que se nos rompa o nos lo tuerza demasiado el olvido.

Cuando iba a Nueva York dormía con una chilena que trabajaba en el consulado de su país y se encargaba de la parte cultural y de las exposiciones. Ardía con un ardor puro como la luz. Era alta y delgada como una modelo y se llamaba, siempre se me olvida cómo se llamaba, pero quizá otro día lo recuerde y un nombre tampoco importa si se recuerdan los senos, sí, podría reconocerla entre cientos, qué digo, entre todas, por los senos, y en cambio seguramente ha de tener tocayas (en los senos, digo, no en el nombre, porque ¿cuál es el tocayo de un nombre que no se recuerda?). En Medellín, por supuesto, yo no tenía senos para ver, ni tocayas para saludar; en Medellín no había sino muertos.

En París tenía a Mercedes Irigorri, la uruguaya de ojos inmensos y pelo enmarañado como el rumor de una selva. Siempre, el primer día, me preparaba la misma sorpresa con las mismas palabras («te tengo una sorpresa»): salmón a las finas hierbas, vino Chablis y ropa interior roja, de encaje. Cada vez que iba, también, pretendía divertirme con el mismo comentario irreverente y grosero. «¿Sabes? —me repitió siempre, cada vez que estuve allí—, llevo dos años viviendo en París —o tres o cinco o nueve, según el tiempo transcurrido— y nunca he pisado una cagada de perro; y fíjate que en ninguna ciudad del mundo hay tanta mierda de perro como en las aceras de París.» Nunca vi en Medellín ropa interior, ni tan siquiera blanca y de algodón, ni ninguna mujer se hacía la importante por su suerte de no haber pisado jamás mierda de perro; en Medellín la suerte es que no te hayan secuestrado todavía.

En Madrid hacía el doctorado en Historia una española indolente y apasionada, Ximena Valderrama, que se le escapaba al novio a Sevilla con urgencia de ver un manuscrito en el Archivo de Indias, mientras en realidad

se quedaba conmigo detrás del Círculo de Bellas Artes, en el Hotel Suecia, de día y de noche encerrada allí, durante toda mi permanencia en Madrid. En Medellín no me encerraba con nadie, claro está, ni en hoteles ni en casas ni en moteles; en Medellín te atracan si sales o te encierras.

En La Habana estaba esa chiquilla muy tímida bajo una apariencia llena de majestad. Tenía cara de muchacha pobre de telenovela, que en el último episodio se descubre que es la hija del más rico del reparto. Tenía orgasmos dramáticos y el coño más aromático y húmedo que he conocido en mi vida. Ningún aroma me esperaba ni me despedía en Medellín, como no fuera el aroma de la muerte.

En Bogotá, por ser el sitio de mis viajes más frecuentes, tenía dos amantes muy jóvenes, demasiado jóvenes, y a una la veía en hoteles baratos después del almuerzo —tenía las tetas más bellas de la Tierra, quizá por sus pezones invertidos— y a la otra en mi propio hotel caro después de la comida —tenía la conversación más deleitable y con mejor aliento de que tenga recuerdo—. Ambas eran irreales, risueñas y fantásticas. En Medellín no conversaba con nadie, por supuesto, ni real ni inventado; en Medellín te matan si conversas.

Tres mujeres me esperaban detrás de la Cortina de Hierro: Ulrike en Berlín oriental, en Praga Eva Zimmerman y en Moscú Agáfia Matvéevna, que era rosada y azul como las islas de Grecia. Pero si iba a dar a San Petersburgo por casualidad —en ese entonces se llamaba Leningrado— o porque alguna escala me llevaba hasta allí y era ya demasiado tarde para proseguir, entonces no desdeñaba pasar una noche con Sofía, con la añeja Sofía que estaba cerca de los cincuenta y tenía, arrojada en su láctea desnudez, más ímpetus que una veinteañera. Por supuesto que en Medellín yo no veía a nadie, ni joven ni vieja, ni láctea ni de pez; en Medellín los asesinos tienen todas las edades y todos los colores.

En México había sido difícil conseguir compañera, hasta que en un almuerzo donde Iván Restrepo conocí a Diana Cazadora. No era atractiva como la Diana de Michélena, esta Diana tenía gafas gruesas de demasiado miope, era sencilla como un gajo de roble, y parecía la protagonista de una novela boyacense. Creo que por eso nunca nos acabamos de entender ni en la cama ni fuera de la cama, ni en Insurgentes ni en Cibeles ni en el bosque

de Chapultepec y ni siquiera bajo el ángel de Reforma o ante los falos del Museo Antropológico. El resto del tiempo y el resto de mi vida lo pasaba en Medellín, encerrado en mi casa como un solterón, y solo, por supuesto — en Medellín toda compañía es un riesgo—, pero con todas ellas me desposaba y me desposó en el recuerdo.

Bernardo Davanzati, hay que decirlo todo, la mayoría de las veces no era un gran escritor. En estos mismos papeles arrojados a la basura (yo les habría cambiado el título y los llamaría *Las desposadas de la vida*) podía verse que había tenido muy buenos motivos para desecharlos. Pero, aunque no era un gran escritor (descuidado, irremediabilmente inconcluso, con demasiadas tendencias a la divagación innecesaria), tenía algo, como un leve encanto, como ese escondido encanto que tienen algunas mujeres feas que por algún capricho del ángulo de la mirada, de repente, parecen casi bonitas. Eso mismo me ha pasado siempre con Davanzati: me inspira una remota simpatía hasta en sus peores momentos, aunque no sé si esto se deba a que lo conozco, al hecho de que haya sido mi vecino, un vecino jamás molesto, o a datos objetivos de su escritura. Quiero creer que en sus papeles hay algo más de lo que se ve a simple vista, que una cierta amargura profunda recorre su aparente superficialidad y que de todas formas lo mejor, quizá lo único salvable de su vida sosa, sean sus escritos. Los papeles, quizás por el mismo hecho de ese halo secreto que desprendían, tal vez por ser una lectura casi prohibida, yo los leía con atención y probablemente con más cuidado del que merecían y con muchísima más concentración que si los hubiera leído en un libro impreso. Tal vez en este cuidado que ponía al leerlos influía también el hecho de que, desde mi primera lectura, me atormentaba la duda de si esos papeles eran pura ficción o tenían algo que ver realmente con su vida. Por ejemplo, esas muchachas de todo el mundo de las que hablaba en el último par de hojas, ¿eran mujeres de verdad, personas de carne y hueso que había conocido y con las cuales se había acostado, o eran una simple ilusión, o más aún, una sustitución literaria de su soledad? Yo ni siquiera sabía, en ese tiempo, si Bernardo Davanzati había salido alguna vez de Colombia; por su pinta, su apellido y sus gustos culinarios, se diría que sí. Tenía mucho de extranjero en Medellín (donde

todo el mundo se apellida Vélez o Jaramillo), pero también, y eso se veía en su primera novela, tenía mucho de antioqueño. Tiempo después averigüé de las andanzas de Davanzati por el mundo. Había en su historia una zona oscura, según las alusiones nunca muy bien enteradas de quienes lo conocían de oídas o de paso. Según algunos Davanzati había tenido durante varios años un oficio infame, lavado de dólares o algo así, y al parecer había incluso pasado varios años en una prisión cerca de San Francisco, en Estados Unidos. Alguien recordaba una vieja noticia aparecida en *El Tiempo*, y que decía en un pequeño título: «Apresado en EE UU el escritor Bernardo Davanzati». Nada de esto, en todo caso, sabía yo en aquellos primeros días en que empecé a recoger sus papeles. Lo que me movía nada tenía que ver con el espionaje, con lo inquisitivo o detectivesco, pues mi interés era, y en últimas sigue siendo, puramente literario. Si Davanzati era buena o mala persona, si había sido benefactor de niños o pedófilo, benévolo o malvado, dañino o bondadoso, bandido, traficante, delincuente, no era problema mío y mucho menos asunto que me interesara a mí juzgar. Hay buenos escritores que son muy malas personas, y también viceversa.

Después de aquellos primeros días, como he dicho, después de esa tarde en que me topé sin querer con los primeros escritos desechados de Davanzati (primeros para mí, él podía llevar años arrojando papeles por el hueco), desde ese día en adelante, digo, casi nunca dejé de hallar alguna hoja suya en los tarros de basura. Por lo menos siempre que bajé al sótano (por lo general lo hacía al anochecer, o más tarde, antes de acostarme, pues a esa hora nadie me veía y además de madrugada pasaba el empleado a sacar el contenedor sucio y a sustituirlo por uno limpio y vacío) y salvo rarísimas excepciones, encontré papeles con la letra de Davanzati, y solamente durante mis ausencias (algún compromiso de trabajo con la revista, un viaje que hice por julio a Bahía Solano) me perdí, seguramente, algunas hojas suyas. Pocas veces, también, una que otra hoja, o por lo menos párrafos, llegó a estropearse irremediablemente por el efecto de las sobras que le cayeron encima (salsas mugrosas, oscuros huevos podridos, caldo de frisoles, alguna bazofia inmundada de origen desconocido). No compartía con nadie mi secreto y a nadie habría podido dejar encargado de mi infame oficio de hurgar en la basura durante mis ausencias, por lo que

sus probables papeles de cuando yo no estuve aquí, se perdieron para siempre, me imagino, salvo que Davanzati haya enviado o dejado copias en alguna parte. Yo no sabía tampoco, ni lo sé cabalmente a estas alturas, si mis hallazgos cotidianos eran borradores, es decir, si él pasaba en limpio las hojas que yo recogía y por eso las tiraba al bote, o si eran, como parecía intuirse por algunas de sus palabras, manuscritos únicos lanzados al viento, excrementos inevitables de los que era tan necesario deshacerse, como necesario había sido hacerlos. Unos ocho o diez días después de mi primer hallazgo encontré, además de los papeles, también un libro en el basurero del edificio. No podía saber si era un libro suyo (o que había sido suyo, mejor dicho), no podía saberlo con seguridad en un primer momento, pero por el asunto y por ciertos subrayados me pareció que tendría que haber sido de Davanzati. Era un libro sobre el suicidio, que analizaba con detenimiento los casos de algunos escritores que se habían quitado la vida. Se veía bastante nuevo, bien cuidado y, como digo, con unos pocos subrayados hechos con bolígrafo azul. Era obvio que había sido leído, también, por las arrugas marcadas en el lomo, y no parecía lectura apta para las beatas y pacatas señoritas Montoyas ni para el alegre, demasiado alegre doctor Molina. A partir de ese día, con intervalos inciertos, volví a encontrar libros en la basura, casi siempre ejemplares aislados, pero a veces también (mal empacados en una bolsa plástica), cinco, diez, doce libros desechados. Fuera de mis cajones, con sus papeles, también mis estanterías han engordado con sus libros. Casi todos eran de tipo literario, novelas, poemas, estudios críticos, biografías, y quizá no sería mala idea reseñarlos, irles contando, al mismo tiempo que les transcribo lo que escribía y tiraba Davanzati, también lo que iba leyendo y arrojando, porque tal vez la mejor biografía de un escritor, y la mejor explicación de sus escritos sean sus lecturas (y sobre todo sus lecturas simultáneas al momento de la escritura). Pero ésta es una tarea que me queda grande, y ya sé que no seré capaz de hablar de todos los libros echados a la basura por mi vecino. Ya veremos. Si me acuerdo y soy capaz, intentaré contarles de algunos de estos libros, no de todos, porque ni siquiera he tenido la disciplina de leerlos todos, sólo algunos.

El mismo día en que hallé ese libro sobre el suicidio, como les digo, encontré entre sus hojas el principio de algo (un ensayo, un recuerdo, un tentativo) que les copio, aunque termine en punta, para que ustedes vean de qué manera lo iban jalonando sus lecturas:

Cada vez que la vida es dura sin remedio me acuerdo de Daniel. Sólo a mí me interesan mis recuerdos, y más este recuerdo de un muchacho que se quitó la vida a los 17 años —desde entonces ha pasado tres veces el tiempo que él vivió— y a quien ya nadie recuerda. Esto lo escribo para alguien que no puede leer, para él, y sobra entonces cualquier otro lector. Sobro hasta yo.

Nunca estuve en desacuerdo con el suicidio de Daniel —nunca estoy en desacuerdo con el suicidio de nadie—; lo que me hubiera gustado preguntarle a él, un día antes, es ¿por qué tanta prisa? ¿Por qué matarse a los 17 años si uno lo puede hacer todavía a los 71? Ya que lo verdaderamente inquietante del suicidio no es el suicidio mismo (apretar el gatillo, lanzarse al vacío, tragarse las pastillas), sino la permanente posibilidad que todos tenemos de quitarnos la vida. Es esta posibilidad, este derecho, lo que permite muchas veces sobrellevar la existencia. Así lo dijo un suicida que nunca se suicidó, con una de sus certeras paradojas: «Si no fuera porque tengo la posibilidad de suicidarme, hace mucho tiempo que me habría matado».

Desconfío de los trabajos psiquiátricos sobre el suicidio. Hablan de estadísticas, choques eléctricos, clínicas de reposo donde tratan la tristeza de estar vivos como si fuera una perversión. Cuando mi amigo Daniel se mató, los psiquiatras dijeron que ellos lo habrían salvado. No creo que tengamos derecho a salvar a nadie del suicidio. Lo único sensato que se le puede decir a un suicida es que intente dejarlo para más tarde, que lo postergue un poco. Yo, por ejemplo, no he hecho más que postergar día a día mi suicidio y espero postergarlo hasta mi muerte.

La misma realidad, el mismo mundo, la misma situación, no la perciben de la misma manera dos personas distintas. Así lo dijo un filósofo, según un libro que he estado leyendo: «El mundo de quien es feliz es otro distinto al mundo del que es infeliz». El suicida, al darse una muerte libre, voluntaria, quiere hacer cesar ese mundo para él infeliz.

Muchas personas, en algún momento, quieren liberarse de la vida, y sienten la muerte como una liberación del dolor. Otro escritor al que leí explica su decisión antes de dar el salto, una decisión que nadie tiene el derecho de juzgar, mucho menos de condenar. Un suizo, en Mi suicidio, escribe sobre su muerte voluntaria: «Amo enormemente la vida. Pero para gozar del espectáculo hay que ocupar una buena butaca. Y en la Tierra la mayoría de las butacas son malas». A Daniel no le gustaban ni las butacas de primera fila. Todo se veía demasiado cerca, demasiado intenso...

Sus recuerdos podían asumir un tono de ensayo, hasta con citas al borde de lo académico; sus ensayos (verdaderos ensayos, pruebitas, tapas de un plato más largo) se teñían de autobiografía y de recuerdo. Esa mezcla, por lo menos, es la que yo noto, por ejemplo, en estos dos pedazos breves, que encontré días después del trozo sobre el suicidio, el mismo día que hallé, salpicados de cocacola, un par de libros de Italo Calvino y un extenso tratado científico sobre el sueño:

Supongo que ha habido escritores locuaces y escritores silenciosos. Hablar y escribir son para mí ejercicios completamente distintos. Pertenezco más al género de los parcos que al de los locuaces, y cada vez más, por motivos obvios. Seguí siempre el consejo de aquel personaje que antes de hablar se mordía diez veces la lengua. Si al décimo mordisco seguía pensando lo mismo, lo decía; si dudaba, se quedaba callado. Siempre estoy dudando que valga la pena decir lo que estoy diciendo. Tomarse la palabra, de alguna manera, es vergonzoso; es como decir: yo sí tengo algo que decir, óiganme. En cambio... no estoy muy seguro de tener algo interesante que decir. Al contrario, me siento apabullado por el peso de las palabras.

Ahora el segundo:

A qué conclusiones se puede llegar sólo pensando, con el solo esfuerzo del cerebro. A muy pocas. Si se les quitaran a todos los científicos sus instrumentos, laboratorios y herramientas, enmudecerían. No se ven microbios sin un microscopio, hay planetas invisibles al desnudo ojo, se necesitan aceleradores para enganar los fotones, y encefalogramas para

captar las ondas del cerebro. De qué puede hablar un filósofo, de qué puede hablar un poeta, un novelista, un literato cuya única herramienta son las palabras. Por lo general se ocupan de los sentimientos y las acciones de los hombres: amor, deseo, envidia, ambición, humildad, orgullo, desamor, abandono, adulterio, pecado, miedo, angustia, ira, insomnio, sexo, maldad, sueño. Del insomnio, por ejemplo, ¿no sabrá ya más un psiquiatra cualquiera que cualquier novelista, por perceptivo que sea? No voy a ocuparme, entonces, del insomnio, ni siquiera del mío, aunque yo sepa más de mi insomnio que cualquiera.

Lo que trato de saber es dónde queda un lugar para la literatura en el conocimiento del mundo. Si se estableciera una prueba endocrinología del enamoramiento (parecida a la del embarazo, por ejemplo), que diera el resultado de si sí o no y de cuan enamorada está nuestra pareja, la medicina se estaría tomando un campo hasta ahora reservado para la literatura y la psicología intuitiva (no experimental). Que hubiera una prueba de amor, así como la hay del embarazo, o del virus del sida. El literato se mueve por vagas señales diminutas, casi mudas, como los médicos antiguos, auscultando síntomas, palpando flemas, oliendo humores. Tal vez perseguimos conocimientos muy distintos. Un naturalista buscará en el parpadeo su justificación evolutiva: es útil para proteger el ojo, los hombres que no tuvieron suficiente velocidad en el párpado no pudieron sobrevivir porque quedaron ciegos antes de llegar a la edad reproductiva. En el parpadeo el poeta ve la intensidad del cariño de su amada, lee su conmoción, su ira, su duda. El amor y las demás pasiones humanas, por ahora, parecen ser el único terreno que sigue en manos de la literatura. El amor, las palabras con que podemos expresar lo mismo de otra manera, y pocas cosas más.

No puedo transcribir la totalidad de las hojas halladas en los meses de mi constante oficio de escarbador de basuras. Había días pobres, decepcionantes, de una frase sola, o días de una infinita tontería (lo digo casi con lástima, pero sí: a veces Davanzati era un pobre tontaina), y también en ocasiones hojas ilegibles por los muchos borrones causados por la suciedad, ya lo dije, salsa caída encima, un mazacote de algún menjurje

rancio que pringaba el bote y hacía que también se pudriera la literatura. También había, en cambio, días demasiado prolijos, días de trabajo excesivo, sin contención ni censura ni cesura, con meditaciones o historias de bostezo que ni yo mismo terminé jamás, y que el mismo Davanzati, con despectivos apuntes finales, despachaba como «bodrio», o «podredumbre», o «tonterías». Disponía las hojas en mi arrume de papeles, que yo llamaba «archivo consecutivo» (las iba numerando), y pasaba a otra cosa. Lo que me intrigaba, lo que también me fascinaba, era la fidelidad de Davanzati a su oficio solitario, silencioso, inédito, y yo me sentía a la vez un traicionero y un salvador, el Max Brod de Davanzati, un Max Brod criollo y anónimo que recogía los desechos de un mediocre Kafka.

Aunque por lo general era prosista, Bernardo (casi nunca recuerdo que se llamaba Bernardo, y no puedo llamarlo así, pues es el nombre que sólo le darían sus amigos, si es que tuvo amigos) algunas veces incurría también en el verso, pero más que en poemas propios, que también los había, aunque pocos, en traducciones de poetas célebres. Un día, por ejemplo, encontré tres versiones seguidas del mismo soneto de Shakespeare, y en una hoja aparte el original en inglés. No sé juzgar si alguna de estas traducciones es buena, pero hay que reconocer que Davanzati intentó (incluso con rima y con endecasílabos quizá tan cojos como él mismo) trasladar al español las palabras del inglés. No voy a copiarlas, y no tanto porque me parezcan malas versiones, esto no sé juzgarlo, sino porque los interesados pueden buscar el soneto CXXXVIII pues creo que, más que las palabras, era el tema del soneto lo que obsesionaba a Davanzati, la vejez en el amor, la vejez del amante frente a la juventud de la amada. ¿También la elección de una traducción podrá ser un dato autobiográfico? Creo que sí, y esto lo pude confirmar en otros intentos de traducción que encontré entre la basura: Eliot, Leopardi, Shelley, Saba... Cuando traducía algo, estos poemas tenían de algún modo relación con aquello que venía escribiendo en esos mismos días, igual que los libros que descartaba. Lo iba tirando todo, la digestión de su estómago (bueno, esa se iba por la cañería, yo hallaba sólo indicios en las cascaras y botellas y sobras de sus comidas) y la digestión de su cerebro que eran sus escritos, sus traducciones, sus ocurrencias, sus lecturas. Que por un tiempo estuviera más o menos obsesionado con su edad me lo

demostró, como digo, ese soneto de Shakespeare tantas veces traducido, un libro sobre la vejez de un escritor austríaco, lleno de subrayados, un poema repetitivo y curioso de un tal Fried («Es lo que es», se llamaba), y esta especie de cuento que pude completar en dos días sucesivos (una tirada continua, sin puntos aparte) y que llevaba inclusive un epígrafe de Tolstoi: «Me voy a algún sitio donde nadie me encuentre... Hay que largarse, largarse para alguna parte», y luego este título entre eliotiano y procaz:

Balada del viejo pendejo

Si yo fuera capaz de decirle que el odio es una excusa excesiva, una palabra demasiado grande para este paulatino alejamiento que está hecho de tedio, de costumbre, pero que estos ladrillos son muy poca cosa para erigir el alto paredón del aborrecimiento. Que con el tiempo sus gestos se hayan vuelto puñales (ese girar el cuerpo y enseñar la espalda en el momento de mayor intimidad entre las sábanas, ese olvido de toda cortesía: no esperarme a comer, no saludar con un beso, hablar siempre más largo por teléfono mientras estamos en la mitad de una respuesta), que la tibieza se haya vuelto hielo, era tal vez inevitable en esta rumia de lo cotidiano, pero llegar al odio, llegar a esa palabra que le he oído pronunciar mientras hablaba con su mejor amiga y yo abría la puerta silencioso, sigiloso, como quien teme encontrar a un amante en calzoncillos o ya sin calzoncillos, que a mi oído la frase llegara clara, nítida, «Tú no sabes el odio que yo siento por él», y «él» era yo, yo el aborrecido, porque poco después ha dicho también mi nombre, tan corriente, y ha hablado de mí con alusiones inequívocas, mi barriga prominente, el tic que me hace inclinar la cabeza hacia el lado derecho, mis inútiles idas a la manicurista para tratar de maquillar las uñas agrietadas por el tiempo, los cuentos que repito sin darme cuenta, mi dureza de oído al lado izquierdo, mis palabras insistentes en el mismo orden y con el mismo sonsonete. Porque pude oír también las palabras y el tono con que me remeda, una buena imitación, no lo niego, me parecía oírme y hasta su misma amiga se reía con gusto al reconocirme en las palabras de ella, y ella misma se reía por encima de la rabia, por encima de esa inquina honda e inapelable que como un cáncer siente que le

crece por dentro cada vez que me oye o me ve, incluso cada vez que me recuerda. El odio, sí, el odio por ese viejo pendejo que ella dice que soy. Pero el odio, si lo pienso mejor, no es lo que más me ofende, sino los motivos que esgrimía para sentir tanto odio, motivos que no son otros que las huellas del tiempo por mi cuerpo, causas que se limitan al paso de los años, al peso de los días, a esa diferencia que ella llama insalvable entre mis uñas de viejo, mis pies de viejo, mi olor a viejo, mi pecho viejo, mi maltrecho cuello, mi abdomen distendido, y esa belleza suya que aún no se marchita y que añora unos brazos más apuestos. Me odia por ser viejo y dice que tal vez la sedujeron otras cosas, antes, hace tres años, cuando nos casamos, o no nos casamos sino que yo compré esta casa para vivir con ella, y dejé lo otro, todo, la casa donde mis hijos habían crecido, donde mi mujer había envejecido hasta no tener nada que me sedujera, salvo esa leve ternura de los años juntos, esos cómodos sobreentendidos de los años pasados en común, de los hijos en común, de los nietos que vendrán y toda esa carga de recuerdos, de dichas y ofensas, de alegrías y rabias que vamos acumulando despacio las parejas casadas hace tiempo. Y al irme me volví un viejo pendejo, sí, y más pendejo aún porque lo odian y ni siquiera se da cuenta. Yo no hubiera querido oírla decir eso, oírla pronunciar tan claramente la palabra odio rebotando en mi oído aguzado por la desconfianza. Hubiera sido dulce, en cambio, que dijera costumbre, crisis, aburrimiento, que hablara de mis intemperancias y desasosiegos, que revelara todo, los ronquidos, la somnolencia cuando vamos a cine o cuando tomo vino, el ruido insostenible de la música que aprecio, basura acústica para ella, que prefiere otros ritmos más violentos, música apta para alguien que no encuentra en mí con quién bailar ni el permiso sumiso de que salga a bailar con quien le dé la gana. Pero no, ella al hablar de eso no hablaba de las dificultades que con alguna voluntad podrían superarse, de las diferencias o asperidades que la paciencia puede limar o mitigar, de las irritaciones que pueden moderarse con el linimento de la condescendencia, ella envolvía todo eso en una cáscara irremediable, hablaba de algo que no tiene remedio y que se llama odio. Y el motivo de fondo, mis años contra los suyos, es también irremediable, es más, cada día empeora y culmina con la muerte. Ahora es ella la que quiere marcharse, como yo me marché hace

tres años de mi casa, aunque para mí no fuera necesaria, en esa circunstancia, la disculpa del odio. Al contrario, casi ternura era lo que sentía al alejarme de mi esposa, de mis dos hijos grandes y la hija adolescente, de ese nieto prematuro que apenas aprendía a hablar a media lengua y a caminar sin caerse. Cuánto se rieron de mí y de que ella fuera tan joven, la misma edad de Carlos, el mayor, y que podría haber sido hija mía y yo tenerla en brazos, cargarla, darle de comer, llevarla ante una pila a que la bautizaran y no a un altar profano para que nos casaran. No me importaban las burlas entonces, el viejo verde ennoviado, el que se viste de joven, el que hace abdominales y sale a trotar con la pipiola, el que se cree de veinte, porque yo me sentía que había tocado el cielo con las manos, que envuelto entre las sedas de tu piel nada podía tocarme, que tocarte era tocar el cielo. Tuve incluso la fuerza para bajar de peso y la desvergüenza de teñirme las canas, hasta que un día sentí todo el tamaño de mi ridiculez en la mirada incrédula de mi hija adolescente, en su frase certera, «El amor sí rejuvenece, papá, pero tampoco tanto», me dijo con una sonrisa que me merecía y con unas pupilas fijas en mi cabeza que me fueron diseccionando el cuero cabelludo como un bisturí de fuego. Esa ironía me la había ganado, por pendejo, por mi tonta ilusión de devolver el tiempo. Lo que no me merezco es que ahora ella diga que me tiene odio. Odio. Odio por haberla traído a vivir a esta casa que ella misma escogió, odio porque le critico su música, odio porque le di un trabajo de medio tiempo con sueldo de gerente, odio porque le pago aunque no haga nada, odio porque no me gusta que exagere en el escote ni que muestre el ombligo, odio porque me paso más de una hora en el baño todas las mañanas, como si no supiera que lo hago por acicalarme un poco, por hacerme el partido de modo que mi cráneo no parezca tan calvo, por dejar que los minutos vayan borrando las hondas ojeras de la madrugada, las arrugas nocturnas que marcan las almohadas y el agrio aliento del amanecer. Casi sin respirar la oigo que va soltando su memorial de agravios, de supuestos agravios míos que agravios no son, para al final repetirle a su mejor amiga, «Tú no sabes el odio que yo siento por él, tú no sabes hasta qué punto lo aborrezco», y otra vez he entendido que ese «él» al que aborrece soy yo, un «él» tan nítido como mi mismo nombre, tan corriente, y la palabra odio subrayada,

resaltada en el tono y como dicha en mayúsculas y sílaba por sílaba, muy despacio, O-dio. También ha dicho asco y repugnancia, no ha atenuado siquiera una palabra de desprecio y su único titubeo es cómo hará para no quedar en la calle, si se va, cómo hará para obligarme a pagar lo que le debo por estos tres años de horrendos sacrificios, eso ha dicho, horrendos sacrificios y torturada convivencia. «Para eso hay abogados», aconseja la amiga, y yo todo lo oigo agazapado, quieto, sin moverme un milímetro en la sombra del vestíbulo, con un nudo de rabia y angustia como un puño apretado en la garganta, casi asfixiado, con un peso en el esternón y una rabia torturada en lo más bajo del vientre. Si pudiera matarla, si pudiera decirle que no disfrace de odio lo que sólo obedece a su sucia condición, a sus astutos cálculos, y sobre todo a mi torpeza, ceguera, tontería, incluso a mi enamoramiento de viejo adolescente de todos estos años en que como un iluso he pretendido devolver el tiempo y volver a ser ese muchacho de hace muchos años, cuando todavía, sin el auxilio de la plata, enamoraba, y me enamoraba sin la tonta ilusión de haber tocado el cielo con las manos. Entonces este es mi castigo, pienso, mientras abro la puerta y la cierro sin que nadie se dé cuenta, en perfecto silencio me meto al ascensor y ya estoy de nuevo en el garaje, dentro de este carrazo que compré con la intención de complacerla, porque ella me obligó prácticamente a comprar semejante armatoste de mafioso, grande como un camión, en el que me siento como un nadador solitario en la piscina olímpica. De repente me veo camino del aeropuerto y reviso que ahí estén las tarjetas de crédito, en mi cartera, pero es mejor volver un momento a la oficina, para llegar más lejos que sólo Cartagena, coger el pasaporte y girar todo lo que tengo aquí, bonos, acciones, inversiones, a mi cuenta en Miami, si se puede, seguro que se puede, con plata todo se puede. Tan fácil hoy en día, el dinero virtual, enciendo el computador y los billetes vuelan a otro mundo, van y vienen por cables de fibra óptica, en menos de cuatro horas tengo todo disponible, y reservo un pasaje. En un principio no sé ni siquiera para dónde irme, por dónde empezar esta huida que tendrá que ser larga. Y de repente resuelvo que Chile, ¿por qué Chile? No sé, tal vez por estar cerca de la Patagonia pues siempre quise conocer la Patagonia, además la Patagonia era el culo del mundo, en mi infancia, queda en las vecindades de la porra y yo me

quiero ir para la porra, sí, para Chile, el país donde está la Patagonia, aunque en Santiago, tal vez, cambie de rumbo, haga perder mis huellas, me embarque en algún crucero que siga la ruta del Oriente viajando hacia Occidente, nadie sabrá de mí por mucho tiempo, me volveré invisible para que nadie pueda sentir odio, les mandaré a mis hijos una postal sin fecha, sin remite, antes de irme de un sitio, o no, no haré siquiera eso, voy a volverme invisible, voy a perderme, Chile es un buen sitio, los desaparecidos más célebres son de ahí, seré un desaparecido por su propia mano y por su propia cuenta, un desaparecido más y que se jodan los otros, que se joda ella y que se pudra en su odio. No sé quién sufra más, si el que desaparece o los que siguen en su vida corriente, presentes, encontrables, sin perderse. No sé si me castigo o la castigo, si los castigo a todos con mi ausencia, quiero asistir a mi propia ausencia, ver si también odian mi recuerdo, asistir a este entierro sin cuerpo, sin cadáver y sobre todo sin herencia, porque eso sí, todo el dinero me lo llevo, ahí quedarán las casas y los carros, la finca de Ovejas, la oficina, poca cosa comparado con lo que puedo usar de todas estas cuentas. Voy a hacer un peregrinaje de años por el mundo entero. Desaparezco en Chile y luego reaparezco como un relámpago por cualquier rincón del mundo, antes de morirme. Voy a ir a todos los sitios adonde no he ido. Voy a ir a la India, a Pakistán, recorreré la China, me pasaré el verano a la orilla de un lago en Italia, me voy a andar completo el Camino de Santiago... A mí que no me jodan, marineros más viejos que yo han emprendido la vuelta al mundo en un velero. Visitaré Finlandia, comeré arenques en Noruega y canguro en Australia, haré un safari en Kenia, comeré con los negros en Pretoria, recorreré el Sahara en un camello, pasaré el invierno en un kibbutz, aprenderé alemán, le pagaré a una húngara para que sea mi amante hasta que me harte de su olor a hembra, sí, de ahora en adelante dejaré la ilusión de que me quieran y por tocar el cielo con las manos voy a pagar su precio. Y después que se larguen, que se mueran antes de que me empiecen a medir con su odio, antes de que les huela, que regresen al polvo. Viviré otra vida, la tercera, y si me canso vuelvo. No, eso no, yo no voy a volver, no quiero ver de nuevo ninguna cara conocida, no quiero que ningún recuerdo me asalte en las facciones de nadie. Que se joda. Que se quede masticando a los gritos su

odio y su desprecio, que los abogados me citen a juzgados, yo no iré, que mis hijos protesten porque estoy despilfarrando el patrimonio, que se llenen de angustia porque el viejito verde se les volvió decrébito y se comió la herencia. Todo lo he construido con mi esfuerzo y voy a destruirlo todo con mi rabia. Estoy en mi derecho. Tengo toda una vida por delante, puedo vivir ochenta, como mi propio padre. Nadie es tan viejo que no pueda vivir un año y nadie es tan joven que no se pueda morir mañana mismo, eso decía mi abuela a los noventa. Y si me muero antes no me importa. No importa, nada importa. Que nadie me conozca para que nadie me odie. Voy a ser invisible a ver cómo me joden. Se acabó. No me van a joder, nadie me va a joder. Ya veremos qué pasa, ya veremos, este viejo pendejo se va para la porra y allá nadie lo encuentra.

Hasta ahí llegaba el viejo pendejo, pero al final de la última hoja, en letras muy grandes y entre dos exclamaciones, Davanzati había añadido el siguiente comentario: «¡Por leer esta pendejada nadie me daría ni siquiera cien pesos!». Pensé en hacerle una broma y en deslizar un billete de banco debajo de su puerta, porque yo ya lo había leído, gratis, y porque había gozado con las primeras frases del cuento, fuera de que al leerlo me había intrigado la relación que podía tener esta historia con su propia vida. No lo hice esta vez, y nunca lo hice, nunca llegué a hacerlo porque cada vez estuve más convencido de que si Davanzati se llegaba a enterar de que este par de ojos lo leían, sus papeles habrían cesado y sus vecinos habríamos visto cada tarde una pequeña hoguera de papeles arder en su balcón, como un verdadero auto-*Auto de fe*.

Pero volvamos al viejo pendejo que quizás él era. No podría decir que Davanzati, durante el año en que lo perseguí como la sombra al cuerpo, se hubiera enamorado o hubiese siquiera tenido una aventura con una mujer, joven o vieja que fuera. Que algo parecido hubiera ocurrido antes, que él hubiera estado acompañado o casado alguna vez con mujer moza o madura, cosas así que explicaran por su vida el escrito anterior, me parecen afirmaciones que no pasan de la pura especulación. Digamos que él era capaz de transformar en historias verosímiles su propia angustia, pero que las historias en que vertía sus temores no estaban relacionadas con los

sucesos reales de su vida tal como eran o tal como habían sido. O digamos, más probablemente, que en el momento de hacer un recuento final de su vida, en el delirio casi agónico que me parece fue este año de su vida, Davanzati se dedicó a convertir en ficción, a maquillar de ficción su experiencia, el larguísimo y muy pesado fardo de sus recuerdos. Ambas hipótesis se pueden defender y yo no sé llegar a ninguna conclusión concluyente.

En todo caso, no todo lo escrito por Davanzati merece ser rescatado. Su basura, como casi todas las basuras, tenía más de desperdicio inútil que de cualquier otra cosa. (Aquí debo abrir otro paréntesis: fuera de los papeles de Davanzati, hubo un período en que me interesé también por sus desperdicios, y más aún, por los desperdicios de toda la casa, es decir de las señoritas Montoyas, del doctor Molina —los míos, por sabidos, me interesaban menos— y los de mi escritor. Era curioso, era como un rastro, un pedazo descartado de la vida de todos ellos, pero un pedazo elocuente de lo que iban siendo, del pausado o disparatado transcurso de sus días. Davanzati tiraba su basura —salvo los papeles escritos, que seguramente vaciaba de su papelería— empacados en pequeñas bolsas de mercado, que empecé a abrir; las señoritas Montoyas las tiraban casi siempre en típicas bolsas negras de basura; el doctor Molina no usaba recipiente alguno, y como su vida en el edificio, por lo demás, sólo era una vida de paso y clandestina, de viernes y sábados, por lo general lo que había era restos de comidas rápidas—hamburguesas mordidas, triángulos de pizza, sobras de arroz o vegetales chinos, presas enteras o huesos mundos de pollo frito o asado—, y sobre todo restos de sus escauceos amorosos con las mujeres rubias, es decir, condones, empaques de condones, tubos de cremas curiosas, sospechosos rollitos de papel higiénico que por supuesto y por asco jamás desenrollé. Contar lo que hallaba en las bolsas de las señoritas Montoyas, me aburre; en realidad, después de un par de semanas jamás volví a abrirles sus luctuosas bolsas, idénticas siempre y con un acre olor a incienso y mirra. Y en cuanto a los restos de mi escritor, ya les dije lo que solía comer y beber —una botella de vino cada dos días, una de ron o brandy a la semana—, pan francés, costras de queso, restos de grasa de jamón serrano, una hoja marchita de lechuga..., en fin, ya dejemos este

Receta para un bien, día nochesco, tanta mentira acumulada, digo, vergüenza del olvido, no hay palabras, la fe, razón, colmado de miedo el insomnio me aqueja, nostalgia, oh, no, eso no, que lo olvide la amnesia, la anestesia del sol del cerebro, sueño de la razón, monstruoso íncubo, la sangre que no fluye, el pensamiento que no se ilumina, el maletín, me marchó, la marcha de soldados por la calle me callo, sé que no soy, recibo voces de antes, sólo voces de antes, las de hoy no me llegan, voces ocultas que me soplan detrás del cráneo y me dictan estas palabras: azul de las hortensias, azul de las hortensias, enredaderas de hiedra, yedra, barrotes herrumbrosos delante de mi celda y voz de las campanas de la iglesia, melodía que no escucho pues las campanas sólo regalan su música a quienes las golpean. Inspiración hecha de tinta, me dejo ir, no pienso, sale, fluye, emerge lo que no es mío. La armadura se disuelve, se deslíe, se derrite y entonces quedo como un galápago olvidado, como una tortuga vacía de caparazón, testuz sin ropa, todo en cueros, como una serpiente que ha mudado la piel y ha quedado en carne viva, su veneno la corroe desde dentro, y mis venas se ven transparentes detrás de una carnosidad sin piel, al rojo vivo la carne erosionada irritada despellejada en carne viva la carne, encarnado, enconado, claudico, duermo, cedo, me relajo, me caigo, me derrumbo, un fluir de algo que por mi boca habla y en mi mano encuentra su inútil resonancia. No hay esfuerzo, no saco con las uñas estas palabras rápidas, no desgarró, simplemente me dejo hablar por esa voz oculta de algo que se desboca, como un borracho eructa, hipo inútil, estornudo de ideas, tos de palabras y erupción de un volcán ya casi muerto. La lava empieza a salir, y lava y quema y salva.

Otras veces, en cambio, sus párrafos eran tan diáfanos y explícitos que parecían casi la página salvada de una autobiografía. Este ha sido, este sigue siendo mi mayor dilema sobre Davanzati: si en estas hojas diáfanas él relataba simplemente su vida, si en estos casos él era el acucioso notario de sus recuerdos y de su experiencia o si por el contrario, como un verdadero escritor de ficciones, usaba su vida sólo como trasfondo de la escritura, pero que esa vida, en la escritura, resultaba transmutada en relatos imaginarios o que por lo menos mezclaban el recuerdo propio con recuerdos ajenos, con

lecturas ajenas, con dosis bien medidas de influencias literarias. Cuando leí lo que sigue, que me pareció tan sentido, tan propio, tan vivido, me hice varias preguntas. ¿Se habría casado alguna vez Davanzati? ¿Y con quién, y por cuánto tiempo, y qué había pasado?, ¿el solitario de hoy habría sido alguna vez pareja de alguien? ¿Su cara era cara de viudo, de separado o de solterón? Eso me pregunté yo al leer esta hoja y cuando todavía los pasos de su vida por esta tierra los tenía aún más oscuros que ahora. Ahora podría decirles lo que sé, y que no es demasiado, pero esto tampoco los orientaría mucho más. Dejémoslo contar a él:

Se había acostumbrado a su esposa como un ciego a su bastón, o más aún, a su lazarillo. Ya no importaba decidir si la quería o no, si la deseaba o no, ni siquiera importaba mucho si la odiaba. El caso es que se había acostumbrado durante años a que ella le ayudara a saber lo que él pensaba, a que ella le llevara de la mano el pensamiento, a que ella le indicara lo que tenía que sentir, lo que tenía que pedir en el restaurante o escoger en la tienda, lo que le debía gustar, las antipatías que debía tener, lo que debía decir, lo que tenía que ponerse, lo que iba a hacerle daño, lo que le iba a caer bien. Cuando alguien le hacía una pregunta, era ella la que respondía, porque ella conocía su propia vida, sus propios sentimientos y sus propias ideas, mucho mejor que él mismo. Ella contestaba al teléfono y atendía su correspondencia; ella hacía las citas y ella las cancelaba. Tanto se había acostumbrado a apoyarse en ella que ahora, otra vez solo, se sentía como un cojo sin su muleta, como un miope con las gafas rotas, como un sordo sin audífono, perdido nebuloso, envuelto en brumas, sordomudo. Ya ni siquiera era capaz de buscar a otra mujer pues era ella, también ella, la que le indicaba en cuáles mujeres debía fijarse, quiénes eran las que lo habían mirado con curiosidad o coquetería o deseo, las atractivas, las peligrosas, las bonitas. Sí, ella misma inspiraba sus galanterías. Sin ella, ya ni siquiera tenía sentido ser infiel, pues había sido sólo por serle infiel que había tenido otras mujeres, como una manera no de liberarse de ella, algo impensable, imposible, sino de sentir que podía a ratos librarse de ella. Como las aspas de un molino enloquecido sus brazos gesticulaban en el bar y sus últimas palabras —día a día se iba quedando

sin palabras— no eran más que un eco de lo último que ella le había dicho, sus palabras no hacían más que repetir las últimas palabras pronunciadas por ella, las últimas ideas que ella le había dado, y repetidas sin cesar, sin pausa, sin variaciones, se iban extinguiendo, y él sentía que día tras día se iba a quedar más mudo, mucho más mudo, hasta callarse definitivamente.

Pero Davanzati podía pasar de lo más autobiográfico a lo más abstracto, a lo más ajeno a su propia experiencia. Tan ajeno y tan fantasioso y tan completamente inventado como son los relatos futuristas de ciencia ficción, o de ficción científica, como otros prefieren que se diga. Incurrió varias veces en episodios de ese tipo, pero como sospecho que no se le daban bien, porque intentó con muchos y todos se quedaban, al cabo de pocos párrafos, en una especie de hipo repetitivo que no llevaba a ningún sitio, sólo quiero mostrarles un breve ejemplo de su prosa futurista:

El cráneo de mi bisnieta será transparente. Quiero decir que su novio podrá conocer todos sus pensamientos, y también ella, por supuesto, todos los pensamientos de su novio —salvo que sea un tramposo o un machista y no quiera someterse a la prueba—. ¿Eliminará esta posibilidad los celos, suprimirá las disputas, nos hará sabios y comprensivos hasta una absoluta tolerancia? Las consecuencias no las sé, pero el procedimiento para llegar a la transparencia del cerebro, sí. No será esa tontería barata de la máquina de la verdad que ahora se usa sin éxito en los juzgados y en los tontos programas de televisión. No, será algo mucho más sofisticado. Quienes así lo quieran (o quizá lleguen a estar obligados a usarlo por el Estado) tendrán que ponerse una especie de casco (el casco de la sinceridad, podría llamarse), y este consistirá en un artefacto doble que permitirá conectar los impulsos nerviosos de dos cerebros en lo relacionado con su pensamiento. ¿Qué es el pensamiento sino un conjunto de infinitesimales descargas eléctricas producidas por mínimas variaciones químicas en las sinapsis neuronales? Una vez los dos candidatos (mi bisnieta y su novio) estén conectados, llegaremos a la realización de un antiquísimo sueño humano, otro más que se realiza gracias a la ciencia, como el vuelo: la telepatía hecha realidad. Podremos de verdad y

literalmente penetrar, leer el pensamiento del otro, y así saber en serio si nos quiere y cuánto, por qué motivos nos odia, qué aspecto de nosotros desprecia, qué le disgusta, qué es lo que más ama. Sabremos también a quién o a quiénes desea el otro, la otra, cuáles son sus secretos más ocultos, sus infamias pasadas, sus planes oprobiosos, sus ambiciones últimas, sus locuras, sus falsas modestias y sus fanfarronadas. Mi bisnieta (y su novio) se conocerán hasta en lo más recóndito de sus intimidades con sólo estar conectados una tarde a los cascos de la sinceridad. Su uso en el amor terminará con los infiernos y también con las delicias de la duda. ¿Me fuiste infiel o no? No me lo digas con las viejas, engañosas, falsas, solapadas, mentirosas palabras, simplemente ponte el casco y conectémonos, que así lo sabré: con quién y cómo y cuántas veces; me lo dirás directamente desde tu propia memoria. Podrían usarlo también los curas en el confesionario, para que el flujo de pecados llegue directo de cerebro a cerebro; de tal modo hasta el cura sabrá si hay verdadero propósito de enmienda, si es sincero o taimado el arrepentimiento. Así como hoy la máquina de un banco descifra los signos de nuestras huellas digitales con solo apoyar un dedo en un cristal, así mismo habrá máquinas que podrán decodificar y transmitir a otro nuestro pensamiento: lo que sabemos, lo que hemos hecho, lo que conocemos. Mi bisnieta sabrá con cuántas mujeres ha hecho su novio el amor y con cuál de ellas fue más placentero. El novio de mi bisnieta, de repente, se encontrará hablando francés perfectamente, pues mi bisnieta sin duda lo hablará. El uno y el otro serán de veras uno solo. El secreto (y no sólo entre las parejas, en toda la sociedad) será imposible, y una sociedad sin secretos va a ser una sociedad en la que no será posible el engaño ni la mentira; esto, para una sociedad que a lo largo de sus milenios de historia ha estado asentada básicamente en el engaño y en la mentira, será la más formidable revolución de la especie humana. Una revolución tan formidable que quizá haga imposible la convivencia. Porque ¿cuál de nuestros amigos nos seguiría queriendo si pudiera saber lo que a veces, en el fondo, pensamos de ellos? Y un casco que lea el pensamiento no es imposible; si no mi bisnieta, entonces ha de ser la bisnieta de mi bisnieta quien se lo tendrá que poner, tarde o temprano. Los seres humanos no hacen lo que quieren, hacen

lo que pueden, y como esta tecnología electroquímica será posible, entonces se hará, lo queramos o no. Como habrá clones humanos, lo queramos o no, simplemente porque ya es posible llevarlos a cabo. A lo mejor mi bisnieta quiera hacer un clon de su bisabuelo a partir de sus huesos. Por esto mismo voy a dejar instrucciones precisas para que no me cremen cuando muera.

Estas eran como fugaces (y opacas) iluminaciones fantasmagóricas que acometían alguna madrugada o alguna noche a Davanzati, visitas pasajeras de un imaginario ángel del más allá, de un mensajero futurista. Raptos de una locura en la que se exaltaba, a diferencia de esos que se disuelven en la cordura. Pero quedaban así, breves y dispersas y deshilachadas y apenas esbozadas, casi un ejercicio de estilo o una pequeña gimnasia de su fantasía o una fugaz exaltación de su pensamiento. En general, sin embargo, se dedicaba a un tipo de literatura más doméstica, más cotidiana y corriente, pero también, quizá por esto mismo, fácil de empezar, difícil de proseguir y difícilísima de culminar. En dos o tres períodos de aquel año Davanzati pareció embarcarse en proyectos más vastos, de más amplio respiro, como suele decirse, o mucho más ambiciosos, como también se dice. Yo gozaba, casi trepidante, tarde a tarde, esperando el siguiente capítulo de su novela (sin duda estos trozos tenían ya respiración de novela) como esperaban las señoritas Montoyas su telenovela de las diez. Durante días o semanas todo parecía marchar, su novela crecía, la historia iba tomando forma, cuerpo los personajes, pero de repente todo se derrumbaba. ¿Por qué perdía el impulso, por qué se desanimaba de repente Davanzati? Eso yo nunca pude entenderlo. A veces pensaba que quizás se había enfermado y seguía aún más de cerca el movimiento de sus pasos, el horario inflexible de sus caminatas higiénicas, pero en su rostro insignificante e inexpresivo nada se reflejaba (ni salud ni dolencia, ni goce ni sufrimiento), la misma mirada perdida y adusta, las mismas cejas indiferentes, la misma mueca amarga en las comisuras de los labios, el mismo cuello apagado, el mismo chispazo ocasional y contradictorio en sus ojos felinos. ¿Qué valor tenían estos comienzos de novelas, estas casi novelas esbozadas? No lo sé, pero fueron los fragmentos más largos salvados de la basura y siento que no hago mal

en transcribir uno o dos (hubo más, hubo al menos cuatro novelas empezadas), así sean proyectos abortados. El primero de ellos, recuerdo que fue hacia mayo cuando empecé a recoger las entregas (sí, era como volver a los tiempos de la novela por entregas), tenía un curioso esquema. Parecía que la intención de Davanzati consistía en hacer una novela que transcurriera en una sola noche. Era una fiesta en una casa de clase alta de Medellín. Un grupo de amigos más o menos cultos, más o menos intelectuales, se reunían para celebrar la fundación de una nueva revista literaria, *Rebus*. Esa misma palabra figuraba como el nombre de la novela (creo que significa algo así como adivinanza, rompecabezas, acertijo fabricado con palabras, algo por el estilo) y en ella los monólogos interiores de los personajes se sucedían uno a uno. Bueno (poco sé yo de crítica literaria), más que monólogos interiores, era como si un narrador omnisciente se fuera metiendo uno a uno en la cabeza de los distintos personajes del libro, e hiciera, en una especie de ficticia tercera persona, casi un monólogo interior en primera. Era también como una galería de voces, una especie de narración poliédrica en la que los protagonistas se iban arrebatando la palabra gracias al demiurgo que los relataba, pero, como el esquema de presentación era el mismo en todos, creo que los retratos de cada personaje se van volviendo algo rígidos y repetitivos. La historia, me parece, es inquietante, por momentos aguda, y luego se derrumba, se va por las ramas, hasta detenerse abruptamente no en un estruendoso sino en un silencioso fracaso. Aunque las voces se van cediendo el turno, tengo la impresión de que hay una especie de voz cantante, la de Serafín (que no es la del narrador, pero sí el punto de vista que el narrador más contempla), que es como un álter ego de Davanzati, un Davanzati más joven, eso sí, pues desde su misma cojera este personaje me lo evoca, de alguna manera se me parece al autor, aunque esto podrán evaluarlo mucho mejor ustedes, con seguridad, ustedes que por lo menos no están tan involucrados con él, ustedes que nunca lo vieron cojear y que jamás lo tuvieron de vecino de arriba. Parece como si aquí Davanzati se hubiera empeñado en hacer una reminiscencia de años más o menos remotos de su vida y no sé si más o menos infelices que los últimos. Que se llame a sí mismo Serafín, el más seráfico de los ángeles, me parece, por decir lo menos, excesivo, aunque si

ustedes lo hubieran visto caminar, cojeando y ensimismado, despacioso, moviendo los labios sin cesar, por el Parque de Laureles, si ustedes lo hubieran visto como yo lo vi tantas veces durante más de un año, tal vez sentirían lo mismo que yo siento al leer lo que sigue.

Rebus

1

Camina por el largo pasillo de la casa y casi no lo ve. Como un títere, repite en vano el viejo tic de ajustarse los quevedos contra el entrecejo. Se tambalea un poco con su andar claudicante y la cabeza le da vueltas cuando oye que el corredor de tabla —ancho, oscuro y al parecer interminable— cruje a cada paso de su botín ortopédico. Sus pisadas retumban en toda la casa. Tropieza, está a punto de caerse y cuando reconquista su cojera habitual piensa con rabia que si de algo está seguro, seguro, él que de todo duda y no tiene nada claro, es de que aún no está borracho. Teme perderse y una frase resuena en las paredes de su cráneo: al fondo del corredor, a la derecha. Recorre ese pasillo que su miopía y la penumbra han sumergido en niebla y nota que atraviesa una tras otra puertas y puertas a cada lado, como habitaciones de hotel o celdas de convento. Al fondo del corredor, a la derecha.

Intenta apoyar con suavidad el zapato sobre el piso de madera, pero de nada vale pues parece que todo hubiera sido calculado para que en caso de que él tuviera que ir a mear, al fondo del corredor a la derecha, los habitantes de la casa quedaran informados pisada tras pisada de sus intenciones. Una casona estilo colonial perdida entre los altos edificios del barrio, más parecida a una finca campestre para retiros espirituales que a una residencia de familia. No una casa sino una morada de suplicios, un recinto de mortificaciones, piense lo que piense el doctor Uribe, arquitecto de alcurnia y abolengo, que al diseñar la obra maestra de su vida, su propia mansión, había resuelto poner el baño de huéspedes al fondo del corredor a la derecha, casi a doscientos metros del jardín donde se hacía la fiesta. Al fin llegó a la última puerta de madera maciza, al fondo del corredor a la derecha, y después de cerrarla y bajarse la bragueta, aunque el deseo de orinar era apremiante, el líquido se negó a salir. Sentía una

opresión en el vientre, una contracción involuntaria, un sordo temor de hacer saber a toda la casa, después del ruido de los pasos cojos en el corredor, que otro ruido aún más impúdico era producido también por él en esa casa. Hizo un gran esfuerzo de autopersuasión y al fin, pasando de la timidez al desparpajo, pudo empezar a orinar con chorro certero y portentoso. Lo dirigió adrede hacia el centro de la taza: qué importaba ya ese sonido evidente, todos sabían quién era y lo que hacía, que se fueran al carajo; intentaba convencerse de que estaba perpetrando una venganza (me meo en su casa, doctor Uribe) con ese ruido inconfundible y grosero, origen de abundante espuma, casi como si la cerveza (el color era el mismo) hubiera pasado derecho del esófago a la vejiga y su cuerpo fuera tan sólo un recipiente temporal e intermediario entre las botellas y la alcantarilla. Quizá debido a ese tránsito apresurado por su cuerpo, él no estaba borracho todavía. Porque si de algo estaba seguro, seguro, era de que él, concubino oficial de Débora Uribe, hija del doctor Uribe, arquitecto de fama local y dueño de una de las casas más grandes, caras y feas de la ciudad, él, Serafín Quevedo, no estaba borracho todavía.

¿Por qué hablaba tanto mi vecino de las meadas? Yo tengo para mí que él debía de tener un problema de próstata, pues no por nada alguien escribe tan obsesivamente de algo tan pedestre y corriente. No me imagino a Proust hablando de la orina de nadie, ni siquiera de la de esos vulgares Verdurin, mucho menos de la de Swann o la de Gilberte. Joyce sí, que era más sucio en todo, y que si no recuerdo mal pone a uno de sus personajes a pensar sentado en una taza en medio de los rugidos de su abdomen. Pero yo no me explico por qué la literatura moderna se tiene que ocupar de estos menesteres excrementicios. Como si no hubiera más sitios para deshilvanar un buen monólogo interior. Sí, estos asuntos forman parte de la vida, es cierto, pero forman parte de la vida de un modo muy trivial y sobre todo muy repetitivo; sin entrar a analizar en detalle la variedad que puede haber en las digestiones de cada uno, en todos los seres humanos el fenómeno se repite de manera casi idéntica, así que ¿qué sentido puede tener ocuparse de esto? Es algo que rechazo rotundamente y que si copio aquí es porque no podría seguirse el hilo del discurso de Davanzati sin meterse de vez en

cuando con él o con sus personajes en el retrete. Es una lástima, pero así es; excúsenle a él estas caídas de tono, y me excusan a mí este inútil paréntesis sobre el excusado.--

La fiesta era para celebrar la fundación de la revista, para confirmar que, después de semanas y semanas de reuniones, al fin habían llegado a un acuerdo y la revista cultural-político-literaria empezaría a publicarse en cuanto Juan Jota Uribe, el hermano de Débora, resolviera unos asuntos en el banco y pusiera a disposición de los demás socios el dinero para el primer número, que sería tal vez doble, uno y dos, para ganar tiempo e impactar a los lectores con una primera entrega apabullante.

Serafín Quevedo salió del baño y empezó el interminable camino de regreso al jardín. Sus pasos volvían a retumbar en toda la casa pero ahora, con la vejiga libre de cerveza, le importaba menos. Odiaba esa casa. Era la segunda o tercera vez que entraba en ella y miraba con desprecio todos los detalles: las vigas de madera, demasiado grandes, como si hubieran de sostener pesos muy superiores al solo segundo piso, y aún así puestas de balde pues en realidad eran sólo falsas vigas, pura decoración, ya que la casa se sostenía con traveses escondidas de cemento armado; los cuadros de paisajes bucólicos y marco churrigueresco, enormes originales de pintores del lugar que habían sido encargados especialmente para la inauguración de la residencia, decenios atrás; los muebles, también exagerados: unos sillones de cuero repujado, grandes y ostentosos, unas mesas oscuras y compactas con garras de león en el lugar de las patas, estridentes tapetes orientales demasiado nuevos y vistosos para no parecer falsos, samovares de cobre reluciente, los escudos de armas del apellido Uribe, del apellido Villarreal, con las ridículas espadas de Toledo dispuestas en cruz, que ya a nadie deslumbraban.

Serafín se detuvo frente a ellas y bajó la mirada hasta su pie izquierdo, el enfermo. Extrajo una de las espadas y se dio unos golpecitos contra el sólido taco del zapato. A causa de su renquera tenía que usar en esa extremidad un botín ortopédico negro, tieso, con guarniciones de metal, que le permitía apoyar el pie sin que se le doblara el tobillo de plastelina; que le ayudaba también a mantener su caminado ruidoso, torpe,

inconfundible. Estaba seguro (pero se equivocaba) de que era por su pie desbaratado que la familia Uribe no le había perdonado jamás que se metiera con su hija Débora. El apellido Quevedo no tenía connotaciones negativas, al contrario: el primer Quevedo que había llegado a la Nueva Granada era capitán; el primer Uribe era un simple cabo de su majestad. Reanudó su paso sincopado con la idea fija de que el doctor Uribe y su dignísima esposa, detrás de alguna de las innumerables puertas que atravesaba, estarían pensando y a lo mejor diciendo, «Ahí va ese puto cojo con el que vive Débora, nuestra mayor vergüenza», y mientras alcanzaba el patio se iba preguntando si sería por resentimiento que todo en esa casa le parecía tan feo: los vitrales de rombos, las cortinas de encaje, los arreglos de flores de la señora Villarreal, el teléfono de falsa antigüedad (o antiguo de verdad, daba lo mismo), las vigas ostentosas, los escudos de armas, o si sentía aquello por celos del pasado de Débora, por ganas de arrebatarse o cancelarle ese período de su vida en el que todavía no vivían juntos.

Respiró hondo al volver a salir al jardín y de inmediato oyó la voz nítida del anfitrión, la misma que le había indicado: al fondo del corredor, a la derecha. Se destacaba sobre todos los otros: era más alto, más elegante, inclusive más blanco, con un no sé qué de cuadro de conquistador español (hasta sus jotas guturales eran de conquistador español, y su pelo rojizo de asturiano), e iba pontificando con voz recia y segura, que jamás se detenía a confesar la menor duda, el más breve titubeo. Difícil no abusar de los adjetivos al hablar de Juan Jota Uribe, su amigo de infancia y del colegio, y ahora promotor o único socio con dinero de la revista que iban a fundar. De todos los presentes era quizá el único que no había tenido que estudiar para suplir con citas y títulos de libros, con cultura en fin, la falta de pecunia. Bueno, la hermana de Juan Jota, Débora, era igualmente rica, pero ella era otra cosa. Ella se había ido de la casa al cumplir los dieciocho años. Juan Jota seguía viviendo con sus padres y ya tenía treinta y tres. Ella había vivido de pobre cepillando los abrigos y desempolvando los muebles de millonarios franceses mientras su hermano recibía el encargo de atender buena parte de los negocios del papá; ella había tenido siete amantes, un aborto, una hija, una hija del cojo con el cual vivía y al que toda su familia despreciaba; Juan Jota pensaba casarse, tarde o

temprano, con la carita perfecta de su novia casi adolescente, pimpollo intocable de una de las mejores (esto quiere decir de las más ricas) familias locales, niñita implume que rondaba perdida por la fiesta, sin conseguir sacarle a nadie una conversación amena o por lo menos sensata, embutida en sus trapos de Max Mara y sus medias de seda, aterrada de las fachas de esos amigos de la loca de su cuñada, una parranda de borrachos que querían fundar una revista. Lo peor era que para publicarla pretendieran robarle a su novio el dinero del ajuar del matrimonio; sí, esa maldita idea de la revista volvería a postergar la boda, de eso estaba segura. Serafín tenía que descargar en alguien su mal genio. Se acercó a la carita perfecta de la noviecilla solitaria y de entrada le dijo, mirándole las manos: «Jamás podría vivir con alguien que se pinta las uñas de rojo. ¿Las de los pies tienen el mismo barniz?». Ella, dolida y furiosa, no sabía qué decirle, pensaba solamente que todas sus amigas se pintaban las uñas de rojo, incluso las de los pies. Antes de que ella pudiera contestar, Serafín imaginó una respuesta que lo hizo avergonzarse de sí mismo; imaginó que ella le contestaba: «Creo que usted piensa demasiado en los pies». Derrotado sin que ella hubiera todavía modulado una palabra, le dio la espalda pidiendo disculpas y fue a servirse algo que no fuera cerveza, algo fuerte y con poco líquido que le evitara tener que volver a orinar.

Débora vio con disgusto que su compañero se tomaba un vasito de ron puro, de un trago, sin respirar siquiera. Cada vez la divertía menos que él se emborrachara. Desde que había dejado de quererlo, hacía un par de meses, día tras día aumentaban las cosas que no aguantaba de él. Llevaba semanas cantándose por dentro una canción de moda (Me quiero ir / y no te lo quiero decir. / Mi cabeza piensa un No / de mi boca sale un Sí. / Todo lo perfecto / se te volvió defecto. / Tus palabras de miel / se me volvieron hiel. / Me quiero ir / y no te lo puedo decir). Sí, tampoco ella tenía el valor de hablar, no era capaz de decirle que todo el amor jurado en los largos años de concubinato se había ido al carajo. Y Serafín no sospechaba nada.

No es exacto decir que esta novela yo la encontré por capítulos o por entregas día a día. Era posible hallar una página hoy, otra mañana, otra a la semana siguiente (y mientras tanto el hombre se metía en otra cosa,

traducciones, minicuentos, poemas, reflexiones), al otro día muchas hojas de lo mismo, en fin. Pero era posible, fue posible y hasta fácil para mí reconstruir el hilo de la historia, reconocer los episodios que pertenecían y se iban añadiendo poco a poco a la novela. Temo, eso sí, que a este rompecabezas le falten algunas piezas; yo era cuidadoso cuando apartaba las bolsas del basurero, cuando hundía mis brazos hasta el fondo, pero no puedo asegurar que algunas hojas no se me hayan escapado, ni tampoco puedo saber con certeza si a veces Davanzati no destruía por completo trozos de su escritura. En todo caso lo que acabo de copiar llegó en dos días consecutivos, y lo que sigue, hasta el número 7, llegó en dos semanas de trabajo lento y breves entregas, tras pocos días de pausa (dos o tres) en que Davanzati volvió a caer en sus incoherencias, en sus accesos de delirio que esta vez me saltaré sin el menor remordimiento. Sigamos con su noveleta.

REBUS

2

Serafín era un tipo débil al que la vida le había dado duro sin lograr endurecerlo. Tenía obsesiones. Parecía estar, a toda hora, en el borde entre la cordura y la demencia, pero, buen equilibrista, nunca se lo había visto irse al otro lado, a ninguno de los dos lados. Cambiaba de humor con una facilidad pasmosa; a ratos parecía el tipo más feliz del mundo, ponía cara de ángel y era tan simpático que podía lograr que tres mujeres al tiempo se enamoraran de él en una misma tarde a pesar de su pie de plastelina. Pero también era capaz, pocas horas después, de que las tres mujeres lo detestaran sin atenuantes, porque lograba ser agrio como el óxido y hurgar sin compasión en los puntos débiles de los demás, que conseguía descubrir con dos o tres preguntas que parecían ingenuas. A ratos dulce y tierno como un niño perdido, vulnerable como una doncella de pueblo, a veces escabroso e hiriente como un torturador sin escrúpulos, a veces ausente y elevado, con una indiferencia que podía desembocar, nunca se sabía, en euforia o en furia. Pocos lo querían, casi todos le tenían miedo. Escribía, ni bien ni mal, pero una de sus obsesiones era superar al escritor más famoso de la Costa; decía que era necesario deshacerse de la magia, despojar al país del espejismo de las supuestas maravillas inventadas por él. Decía que

para el pantano del subdesarrollo era nefasto ese regodeo folclórico en historias de alucinada hermosura. Quizás odiaba la hermosura. Cuando contaba experiencias de su vida hacía lo posible por contarlas como no lo hubiera hecho el escritor costeño. Decía, por ejemplo: «Yo no sé cuándo conocí el hielo pues yo nací en los tiempos de la nevera. Me acuerdo, sí, de una mañana en que mi padre me llevó a conocer un muerto. Medellín, entonces, no era ninguna aldea, o era una aldea inmensa de la que yo sólo conocía los barrios conquistados, los de los ricos, quiero decir, donde la gente vivía de espaldas al asedio de la marea de pobres que crecía al borde, al margen de este mundo que los ricos intentaban reconstruir a imagen y semejanza de las ciudades americanas o europeas en donde habían estado de visita o donde habían hecho un máster. Pero mi padre decía que la realidad era otra cosa y que aunque en nuestro barrio la gente se muriera de gorda, de vieja o de accidente, como en Zurich, en la otra ciudad, la verdadera, la gente se moría a machetazo limpio o simplemente a bala. Allá no había vírgenes que ascendieran a los cielos ni el mundo era reciente ni las cosas carecían de nombre y había que señalarlas con el dedo; al contrario, en cada cosa se había incrustado ya una armadura indeleble de prejuicios. Lo único macondiano era que en la ciudad más violenta del mundo yo tuviera trece años y no conociera un muerto todavía. Mi padre dijo que si no quería vivir de espaldas a la realidad, como los novelistas, era mejor que empezara a acostumbrarme. Aproveché que tenía que ir a reconocer el cadáver de un pariente pobre, muerto de balazo la noche anterior, para llevarme».

Aquí, en mi archivo consecutivo, está la pausa del día. Ahora sé, y ustedes también ya saben y en seguida lo verán, que la historia continúa (y por eso la llamo comienzo de novela), pero cuando yo recogía las hojas, muy tarde ya en la noche, no podía saber si, como solía pasar, el cuento iba a interrumpirse allí para quedar trunco, o si esta vez iba a continuar. Lo que me impresionó de lo anterior (fuera de la respiración lenta del relato, que anunciaba algo largo) fue esa mezcla de admiración y animadversión con que Davanzati pintaba la obra de García Márquez. Ellos, en realidad, eran contemporáneos, pues por lo que se leía en la solapa del *Diario de un*

impostor, Davanzati había nacido en Medellín en 1929, es decir dos años después del escritor de Aracataca, y su novela había salido casi al mismo tiempo que *Cien años de soledad*. Ha de ser muy difícil, para un escritor, tener a un coterráneo genial y de su misma edad como colega. Lo que hallé al día siguiente seguía siendo, de hecho, un alegato ni siquiera disimulado contra Gabo, contra la estética de sus libros y las creaciones del realismo mágico. A mí me daba casi pesar constatar que el anonimato de Davanzati, su casi impotencia literaria, su invisibilidad como hombre de letras, estuviera de alguna manera teñida de rencor para con el escritor más grande de Colombia. Tal vez Davanzati no lo hubiera reconocido jamás en público, pero en lo que se leía se podía apreciar una mezcla de admiración, rencor y envidia, aunque también de autoconciencia pues Davanzati tenía al menos la distancia de atribuir todos sus sentimientos negativos a Serafín Quevedo, su patético personaje o álgter ego. Pero no voy a seguir interpretando lo evidente; ya he dicho que yo no soy crítico literario y que lo mejor es que sean ustedes quienes juzguen. Al otro día encontré, en hojas dobladas y arrugadas (¿por qué no las rompía antes?) la continuación de *Rebus*. Y mientras yo las desdoblaba y planchaba para poder leerlas sin tropiezos visuales pensé que mi basura y su *Rebus* eran nuestra hojarasca.

«En el anfiteatro no había gitanos sabios que enseñaran las maravillas del mundo ni objetos milagrosos que obraran prodigios con su movimiento. Vi un serrucho, un cubo azul de plástico y un médico forense salpicado de sangre que más bien parecía un carnicero de Itagüí. Con el serrucho estaba rajándole el cráneo a mi pariente pobre —que yo jamás vi en vida—, y el cubo estaba lleno de tripas, muy parecidas a las de las marranadas antes de hacer morcilla. El médico sudaba y le decía a mi padre, su condiscípulo en la Facultad de Medicina, que cada vez tenía más trabajo. El anfiteatro estaba lleno. Había cuerpos tapados a medias con sábanas curtidas. Una avioneta se había caído el día anterior y ahí estaban las víctimas, con huesos que se salían de la carne chamuscada. Recuerdo que yo estaba mirando el orificio morado de una puñalada que tenía en el abdomen una muchacha desnuda; un cartelito decía que la habían acuchillado en un bar por Guayaquil. Después no recuerdo nada, sino que de repente estoy

afuera, en una cantina, y alguien trata de hacerme tragar una bebida dulce, Uva Lux, para reanimarme. Por varios días tuve que dormir en el cuarto de mi hermana. Años después, frente al cadáver abaleado de mi padre, yo había (no, mejor yo habría) de recordar esa mañana remota y brutal con la que mi padre había querido prepararme a soportar el futuro.»

Sentía un odio lleno de amor por ese costeño al que sin querer se había aprendido de memoria. Temía tanto su influjo que después de la crónica de las bodas truncadas se había prometido, y cumplido, no volver a poner los ojos en ninguna de sus páginas. Se sabía, por obligación, los títulos de los libros, y a partir de ese solo dato era capaz de acometer ataques virulentos. Se burlaba del uso de la metáfora otoñal («En el trópico no tenemos otoño, ni siquiera de patriarcas»), le buscaba las menores caídas (ortográficas, lógicas, cronológicas) a cada uno de sus libros; los leía como con lupa en busca de fallas que lo consolaran de su incapacidad de ser tan buen escritor como él. Buscaba las pajas en el libro ajeno para olvidarse de las vigas carcomidas de su propio caso.

Nada tan parecido a lo que sentía por el escritor de Aracataca, como lo que sentía por su padre. El odio y el amor habían empezado por el pie. El padre de Serafín había sido el primer médico en el mundo que se había atrevido a hacer una vacunación masiva contra la poliomielitis. Recordaba las llamadas por teléfono de Sabin desde alguna orilla norteamericana, las cartas largas como sábanas de la OMS en la que se daban instrucciones sobre el envío de las dosis, las cajas de madera llenas de hielo seco y probetas que habían bajado del Superconstellation, la llegada de los observadores norteamericanos después de que todos los niños de Santo Domingo habían sido vacunados, los grandes aplausos en la primera conferencia mundial antipolio en Washington. Tal vez se había arriesgado sobre la piel de los niños del Tercer Mundo; los americanos se habían atrevido a vacunar solamente niños con gran retardo mental abandonados en los hospicios. El padre de Serafín era consciente de esto; pero se había decidido porque en el pueblo se estaba difundiendo una epidemia y él confiaba en los pocos datos que tenía sobre la vacuna. De todas maneras, como su amor por los niños no tenía distinciones de piel ni de clase, los primeros en ser vacunados habían sido él mismo y sus propios hijos. De

casi seis mil vacunas aplicadas el único resultado negativo había sido el pie de Serafín, jodido para siempre.

3

Roberto Ocampo no había hablado en toda la noche. Tenía, como siempre, problemas, muchos problemas. Vivía con mujer despelucada, suegra bruja y dos hijos mocosos y cagones en cuarenta y cuatro metros cuadrados; uno de los hijos, lactante, sufría de dolores de estómago y gritaba todo el tiempo que no estaba pegado de la teta de la madre; la otra niña, tres años, no tenía con quién ni dónde jugar y recorría a las carreras el perímetro, el diámetro y los radios de esos cuarenta y cuatro metros por tratar de hacer algo. En las estanterías ya no cabían los libros de Ocampo y ahora estaban desparramados por el suelo. La mujer no daba abasto para lavar la ropa ni mucho menos plancharla, y cantidades de sábanas y trapos se derramaban por las orillas de los cajones y los bordes de los canastos donde trataban de esconderla. El baño chorreaba agua al apartamento de abajo y después de los gritos iracundos de los vecinos se habían visto obligados a llamar al plomero que ahora, ayudado por dos peones, tendría que romper el piso para revisar los tubos de la viejísima instalación sanitaria,. Por dos días no podrían bañarse ni todo lo demás. En el colegio donde trabajaba no le pagarían hasta el 31 y estaban a 22. Odiaba al César Augusto, sí, lo odiaba, y sólo a causa de que su mes tuviera, en vez de treinta, un día más, un día más de angustia, treinta y uno.

En el inmenso jardín que se abría detrás de la casa (enorme también) de los padres de Juan Jota y Débora Uribe, Roberto detestaba aún más su casa y se sentía aún peor que en su casa. Sentado en una silla del patio, solo con sus problemas insolubles, había perdido el don de la palabra y ya casi ni opinaba sobre los asuntos de la nueva revista. Menos mal que su esposa desgredada no había podido venir, se decía por dentro. Miraba con horror el reloj y pensaba en esa hora aciaga en que tendría que regresar al olor de cuerpos apretados de sus cuarenta y cuatro metros cuadrados, a los pañales con berrinche, a las uñas largas con medialuna oscura de la suegra, que trataba de cocinar unas sopas amarillas o fingidos sancochos con papas, yucas, arracachas, ñame, arroz y todas las harinas posibles más

un hueso sin carne. Más odiaba todavía que su esposa fuera tan ignorante pues desde que él le había dicho que estaba harto de comer tantos carbohidratos, ella siempre decía que para el almuerzo también habría hidrocarburos. De un tiempo para acá, le había confesado a Serafín, entendía perfectamente a los uxoricidas.

4

Débora pensaba en un hombre que no era Serafín. Se había enamorado del clarinetista de la Orquesta Filarmónica. Este era un muchacho enfermoso, divertido y brillante, con manías alegres de niño prodigio que empieza a entrar sin ganas en la edad adulta. A ella le gustaba que le hablara de sus insomnios domados con pastillas, de las píldoras para la migraña, las inyecciones para los riñones y las inhalaciones contra el asma. Pasaban la tarde entera describiendo los detalles de sus achaques y comiendo pastelitos con té en una mesa retirada del Astor. Débora sonreía con su recuerdo. Recordaba las manos de él en las rodillas de ella, en sus muslos, con los ojos abiertos de esas señoras bien vestidas que los miraban llenas de indignación y envidia desde las mesas cercanas. Nadie nunca la había besado como el clarinetista, nadie nunca la había tocado como el clarinetista. Soy una Stradivari bien tratada, él mismo reconoce que la curva formada por mi cadera y mi cintura tiene proporciones de instrumento musical. Más de violonchelo que de violín, había dicho él, maligno. Débora volvió a mirar a Serafín. Lo quería, lo despreciaba, sentía lástima por él. Tarde o temprano le hablaría del clarinetista y de sus intenciones de irse de la casa.

Aquí hay otra pausa o cambio de día en el trabajo de Davanzati, quiero decir en mis hallazgos de basurero. Al fin había dejado de ocuparse de García Márquez y se iba metiendo con sus propios personajes, le iba haciendo a cada uno su retrato o más bien el bosquejo a mano alzada para un futuro retrato: la casi miseria de la clase media intelectual, colada por la cabeza de Ocampo, y sobre todo, el tema principal que, al parecer, sería el desamor callado de una mujer por un hombre. Serafín (que para mí era como la máscara juvenil de Davanzati, ya lo he dicho), Serafín el angelical,

pues eso tenía que significar su nombre, estaba siendo engañado por Débora e iba a ser abandonado por ella. Esperé el día siguiente, a ver lo que ocurría en este *Rebus*. Los papeles llegaron más salpicados de vino que nunca, y olían asquerosamente a colilla de cigarrillo, como si Davanzati estuviera escribiendo dominado por la angustia, y tratara de vencerla con más vino y cigarrillos que de costumbre. Esta última observación, que me hice entonces, es bastante arbitraria. Primero que todo, los cigarrillos no eran de Davanzati, sino de las rubias teñidas del doctor Molina; esto lo confirmé al constatar, en semanas sucesivas, que en el basurero del edificio sólo aparecían colillas los viernes y los sábados, es decir en los días de los alborotos de Molina, y que éstas casi siempre tenían marcas rojas de pintalabios. Y en segundo lugar, no puedo estar seguro de que Davanzati no estuviera simplemente pasando en limpio papeles más viejos, y lo que llegaba a mis manos desde la basura fuera simplemente el borrador. En todo caso no eran papeles amarillentos, no eran borradores viejos sacados de un cajón a ver qué se hace. Todo venía en el papel bond blanco y nuevo que yo le había visto cargar entre el pecho y el brazo. Podría haber otra copia en limpio, digamos a máquina, no puedo asegurar que no, pero tengo casi la certeza de que estos eran los originales y hasta las únicas copias. Por increíble que suene, a mí me parece que Davanzati escribía una novela descuidada y para nadie, una novela para la basura.

5

Josefa Ángel era fea sin atenuantes. Se miraba al espejo, le parecía increíble que pudiera ser tan fea y se daba la espalda con rabia, como para convencerse de que lo feo era la imagen, ella no. Y tenía razón porque detrás de sus gafas verdes de culo de botella, de sus ojos saltones de enferma de tiroides, de sus tetas pequeñas y aunque pequeñas colgadas, de su cuerpo regordete y sus llantitas fofas, de su piel plagada de recuerdos del acné juvenil, de su escaso pelo y sus manos con las uñas devoradas por sus dientes caníbales, detrás de esta catástrofe corporal había una persona hermosa, inteligente, llena de ánimos y activa como nadie. Era el pilar ejecutivo de la revista: la que encontraba los papeles perdidos, la que se sabía de memoria el teléfono del impresor y de todos los socios, la que

digitaba textos a ochocientas palabras por minuto. No, no que fuera la perfecta secretaria, aunque eso también. Ella tenía ideas para los títulos, ella se acordaba dónde había visto la foto ideal para ese artículo, ella tenía caramelos contra el mal genio, frases para acabar con la tensión. Las galeradas que ella revisara no saldrían jamás sin una tilde o con una letra trabada o con el lapsus de una fecha o un autor confundidos. Josefa sabía si una frase era de Kraus, de Hofmannsthal o de Lichtenberg, o si en esa batalla había participado Córdoba en vez de Sucre y viceversa. Recordaba los nombres de los dioses paganos y gentiles y tal vez por eso los demás la llamaban Mnemósine, como la diosa de la memoria. Josefa, ¿quién recomendaba no corregirse mucho, Ortega o Machado? Machado. Josefa, ¿Romeo era Montesco o Capuleto? Montesco. Josefa, ¿cómo se llamaba la mujer de Otelio? Desdémona. Josefa, ¿qué quiere decir «ducha escocesa»? Fría y caliente, hirviendo antes y después helada. Josefa, ¿cuál es el número de Arturo? 243 72 09. ¿Y cuándo el cumpleaños de Serafín? El 25 de agosto cumplirá 33 años. Tenía memoria de ordenador, de disco duro protegido para que no se le borrara archivo alguno; lo que había pasado por su mente ahí se quedaba. Tal vez era por esa carga inmensa de recuerdos que vivía comiéndose las uñas.

6

Arturo Molina y la tuerta, su amante o compañera de toda la vida, parecían dos novios desde que Arturo había vuelto de Oslo. Él había sido y quizá era todavía, un periodista famoso. Empezaba a tener pelo de viejo, pero la cabeza le funcionaba con precisión de cronómetro. Impermeable a las modas y a los derrumbes internacionales, seguía siendo un comunista convencido, inflexible, en ocasiones furioso. Había pasado siete años de exilio en Oslo, durante los cuales había aprendido a decir buenos días, gracias, un vaso de agua y buenas noches en noruego. Nada más. Todos los lunes, por la módica suma de once dólares (único lujo que se permitía en toda la semana), había seguido comprando El Colombiano en una tienda de prensa del centro de Oslo. Todos los lunes llegaba un único ejemplar del periódico del domingo, con sus páginas clericales y sus títulos provincianos en los que se veía que Antioquia, para ellos, era el ombligo del mundo. «A

mí lo único que me mantiene vivo es la rabia —decía—, y para hacerme dar rabia, nada como El Colombiano». Lo subrayaba con bolígrafo rojo, tomaba apuntes en unos papelitos largos que iba doblando en forma de acordeón, y volvía a convencerse de que su país estaba tan jodido, en buena parte, por lo malos que eran los periódicos. Pero ¿no se parecía Molina a su periódico, a su odiamado periódico? ¿No era Antioquia también para él el ombligo del mundo? Tal vez todo ser humano nace, o le conviene creer que nace, en el ombligo del mundo.

Arturo sabía cuándo había algún mafioso de Medallo trabajando en la capital noruega pues ese lunes, a las nueve, ya no encontraba El Colombiano. Sabía que la policía le hubiera dado cualquier cifra por esa información, pero siempre se quedó callado. Corriendo detrás de un Colombiano había llegado a oír, en una cafetería, los detalles de una operación de cocaína, pero también esa vez se había quedado callado.

Arturo Molina había sobrevivido de milagro a los halagos de la muerte violenta. Por un misterio que nadie había podido resolver, el sicario encargado de matarlo, en vez de disparar, le había dado la bendición con el revólver e impartido el consejo de largarse de Medellín. A la carrera. Esa misma tarde de agosto habían matado a uno de sus colegas del periódico donde trabajaba y esa misma noche él iba en un avión, camino del exilio.

Después de siete años de asilo político en Noruega, no había perdido ni una sílaba de su acento paisa. Hablaba duro y con rabia, más convencido que nadie de tener razón. Y de verdad casi siempre la tenía. Cada dos o tres tardes conversaba con Serafín, de política y de libros. Rara vez estaban de acuerdo en los detalles, pero siempre en lo fundamental, en ese sentimiento y percepción profundos de la vida, y por eso habían llegado a ser amigos entrañables en los últimos años. Antes por carta, y frente a frente desde que Molina había vuelto. Serafín y él habían sido los de la idea de la revista, y el nombre, Rebus, se les había ocurrido por la dificultad con que se iban resolviendo los problemas para publicarla. El problema ahora era que el hombre del dinero, Juan Jota, se obstinaba en pronunciar el nombre a la gringa, «ríbas», habiendo sido ésta una de las palabras que había aprendido durante sus seis meses de curso de inglés en Atlanta. Si siete años en Oslo habían mantenido intacto el acento paisa de Molina, seis

meses en Atlanta habían hecho estragos con el castellano de Juan Jota, que ahora pronunciaba las erres resbaladas, las vocales menos nítidas, y no decía De-foe como todos nosotros, sino Dífoh, aunque Molina le señalara que diciendo así nadie se enteraría de que estaba hablando del autor de Robinsón.

Soy consciente, como todos ustedes, de que esta noveleta deja mucho que desear. Era el boceto inacabado de algo que tal vez nunca llegaría a ser. Si tengo el descaro de transcribirla aquí es porque creo que en ella hay ciertas claves necesarias para entender la vida, el fracaso, el derrumbe de la vida de Davanzati, y también su adicción a las palabras como único contacto con la realidad, como muleta para seguir en pie. Ya ustedes saben que yo tengo el vicio de leer la ficción como si fuera una biografía o una crónica apenas disfrazada de la propia experiencia, por eso cuando leía *Rebus* la primera vez, estaba confundido. Por la edad, Davanzati debería estar más identificado con este tal Molina (evidentemente el apellido era una influencia de nuestro vecino de los fines de semana, el cardiólogo Molina) que con Serafín, el joven de 33 años. Pero lo más probable es que nadie fuera exactamente nadie: sombras de la realidad, pedazos rotos de realidad, mezclas de recuerdos y hechos reales con costalados de ficción, de inventos que no permitían hacer mi lectura simplista. La novela siguió avanzando, no al día siguiente (cuando me llegaron dos sonetos quevedescos), ni al otro día (en que hallé una lista de nombres y apellidos sin ningún sentido para mí descifrable), sino tres días después. Y *Rebus* empezó a andar aún más despacio, como con cierta dificultad para escoger los giros y las palabras, pues tenía tachones, y Davanzati casi nunca, hasta ahora, había tachado nada. ¿Para qué corregir algo que va a tirarse a la basura? Este es otro misterio, pero así es, y en todo caso a ustedes no les voy a transcribir las tachaduras ni las correcciones.

Rebus

7

Débora tenía calor, mucho calor. Se había duchado tres veces ese día, pero decidió ir a su viejo baño de soltera para ducharse otra vez. Pasó por

su habitación y acarició la frente de su hija de seis años que dormía con el sueño espeso de los inocentes. En el baño se desnudó y empezó su cuarta ducha del día con agua helada, después caliente, calientísima, después helada de nuevo. Se enjabonó con cuidado por todas partes, se sacó espuma con esponja y estropajo, se embadurnó bien de arriba a abajo pero después de enjuagada seguía sintiéndose sucia. Sentía que un vaho ocre salía de su piel, sentía que estaba invadida por un olor inmundos. Cogió otra vez el estropajo y se restregó la piel con más fuerza, hasta que le dolió. La piel se le fue poniendo roja, irritada, pero no conseguía sentirse limpia. Llevaba años sin sentir esa horrible sensación que la había perseguido durante un período de la adolescencia. Sentirse sucia, sucia a toda hora y hedionda al pasarse la nariz por el cuerpo. El síndrome de lady Macbeth, pensó, sin dejar de sentir el desagrado. Salió de la ducha, se secó con rabia y resolvió volver a la fiesta por muy sucia que se siguiera sintiendo.

De vuelta al jardín se topó con Esteban, el clarinetista, el corazón le dio un vuelco y se abrazó a él sin importarle el propio olor ni la mirada triste de Serafín. El encargado de los comentarios musicales de la revista había llegado un poco tarde, como siempre. En ese preciso momento Serafín le estaba diciendo que él no tenía cara de llamarse Esteban.

«Vos no tenés cara de llamarte Esteban. Esteban es un nombre cargado, difícil, de artista adolescente, de ahogado apuesto o de sirena invertida. Deberías llamarte Antonio, como el de las estaciones, o Niccolò, como Paganini, pero también esos nombres te quedan grandes.»

8

La felicidad y la infelicidad le habían siempre llovido del cielo, como una teja loca que nos cae en la cabeza mientras caminamos serenos y llenos de proyectos por la acera. Su pie lisiado, el encuentro con Débora en el albergue de Amsterdam, donde se habían vuelto amantes, la muerte repentina y violenta de su padre, el puesto en la editorial. Las riendas, quién lleva las riendas de mi existencia, quién jala los hilos de esta marioneta que soy a la merced del azar, de los encuentros casuales, de las desgracias y gracias sin aviso. Este era el enigma con que Serafín se despertaba todas las mañanas. Si uno pudiera creer en que todo depende, o

que siquiera algo depende de la posición de los astros o de habernos encomendado al santo más milagroso o del primer pie que se apoya en el suelo al levantarse de la cama. Pero no, la huida en la superstición estaba fuera de su alcance. Miraba con desdén, con rabia, con burla, esos períodos de su vida en los que había transcurrido agobiado por el peso de la indecisión, lleno de confianza en que al elegir un camino u otro estaba decidiendo la forma de su futuro. Había que ver las ilusiones que se hacía, por ejemplo, su tocayo Serafo Maldonado, ese que tres meses antes le contaba feliz que había comprado casa propia, muy barata, muy amplia, un negociazo, que los niños crecían bien y su mujer se mantenía de buen genio. Hacía miles de proyectos, llevaba la calavera llena de sueños, sin saber nada de ese cáncer que empezaba a crecerle en los pulmones. Ah, y que no se atrevan a decir que Serafo se lo había buscado, pues en sus treinta y nueve años se habría fumado, si mucho y en total, doce cigarrillos.

Pero era necesario vivir con la quimera de ser los dueños del timón que dirige nuestros pasos para no ceder a la pasiva expectación de lo que pueda traer el arquitecto sin discernimiento del azar.

Gracias a esta visión desesperanzada de lo bueno y lo malo que podía llegar a pasarle, Serafín escuchó sin derrumbarse (al amanecer, al llegar a la casa que compartían en Laureles) las tremendas palabras con que Débora Uribe lo mandaba al carajo. No se sentía en manos de ella, porque nunca se había sentido ni siquiera en las suyas propias. Y sabía que amor y desamor eran sentimientos tan llenos de causas imponderables que era descabellado intentar deshacer la madeja de razones y sinrazones que se enredaban en su origen. Como ir a la deriva en un torrente que puede conducirnos al remanso de un lago, a una orilla serena, a una piedra nefasta, a una cascada definitiva, la corriente del río de la vida (que es sinuoso, por supuesto, y va a dar en la mar, naturalmente) traza su rumbo lineal o zigzagueante, ameno o tormentoso, y muy poco depende de nosotros.

Débora no le habló del clarinetista. Había preferido limitarse a hablar del tedio de los días repetidos, de las muy repetidas posiciones de amor que tenían en la cama, de los mismos proyectos repetidos y truncados de trabajo de él, de los mismos restaurantes de cada quince días, de las quejas

repetidas por las mismas faltas. Hablaba de vacío, de rutina, de ese remolino familiar que todo lo devora en círculos concéntricos idénticos al anterior tan sólo que más grandes o más pequeños. Ya no sentía nada tocándole la mano. Ya no se humedecía, como con otros (esto no se lo dijo), si él le tocaba el muslo con la mano. Ya no sentía nada apoyando los pies contra sus rodillas, ya no sentía nada si sus dedos se sumergían en su cuerpo, ya no, ya no, y ella no se iba a someter a ese permanente aburrimiento de tardes y mañanas y noches idénticas a las anteriores. No, Serafo, te acordás que en ese hotelucho de Amsterdam nos lo prometimos, vos dijiste, yo dije, los dos dijimos que no íbamos a llegar a ser una más de esas parejas que se mueren de tedio, silenciosas y oscuras en las mesas de los restaurantes. ¿Te acordás? No, Serafo, todo esto se acabó, yo me voy a buscar otra cosa, otro querer, una vida que no se me repita tanto. ¿No eras vos, pues, el que decía que esta vida es la única? De eso me convenciste, Serafo, y yo voy a vivirla de otra forma aunque ahora me pongas esa carita de niño perdido en un inmenso aeropuerto.

Mientras ella le hablaba —«Ya estás grande, Serafo, yo no soy tu mamá, búscate a otra que te aguante ese genio»—, él de veras se sentía extraviado en un mar de sensaciones contradictorias —«Porque es que no se puede, yo ando bien tranquila creyéndote contento y de pronto pones esa cara de furia»— en el que la tristeza se volvía rabia, la rabia despecho, y al tiempo que a él no le salía una sílaba ella era incapaz de no hablar, de parar la lluvia de recriminaciones —«Ese silencio, ese abandono, ese no estar aquí, y al rato otra vez bien, de regreso, como si nada y hasta con besos y abrazos, ¿quién te entiende, Serafo?, ¿quién te entiende?».

9

Molina los llamó al orden. Había que hablar, al fin y rápido, de la revista, antes de que la cerveza, el ron, el aguardiente, el vodka, la ginebra (y el whisky, que era lo que tragaba Roberto Ocampo desafortadamente, desquitándose de su pobreza cotidiana, mientras pensaba: «Con el precio de lo que me estoy tomando tendría tres días de mi vida resueltos») acabaran por emborracharlos a todos. Empezó a hablar Molina:

—La revista no ha de ser dispersa —Sí, a veces Molina construía sus frases usando formas verbales anticuadas; hacía, también, pausas dramáticas—. No ha de ser frívola: ni horóscopos, ni homenajes, ni notas sociales. Tampoco ha de publicar versos. Y sobre todo, no ha de ser objetiva; debemos lanzar una propuesta cultural sesgada, de parte, dirigida a golpear el corazón mismo de esta sociedad podrida...

En este punto la novela de Davanzati se vuelve pesada, larga, ilegible. Ya lo era, creo yo, pero aquí se vuelve peor. Hay una discusión eterna sobre si la revista debe publicar versos o no, después sobre las secciones que habrá de tener, más adelante sobre las publicaciones extranjeras que les deberían servir de modelo y ejemplo. Con el perdón de Davanzati les voy a evitar a ustedes ese tedio. Saco las tijeras, corto la discusión y retomo el diálogo al final, en la última frase dicha por Ocampo, que es la que da pie a que la historia dé un paso adelante.

—¿Pero vamos a hacer una revista o vamos a copiar otras? —preguntó Roberto—. Yo me estaba imaginando una revista autóctona, nuestra, no una copia de lo que se hace en Boston o en Marsella. A mí me interesa una provincia altiva, no una provincia que copia. Además, Medellín no es ninguna periferia del mundo, Medellín es la capital mundial de la coca y el santuario más firme del narcotráfico. Habría que empezar publicando una revista dedicada por completo a la cocaína, desde los incas, pasando por Freud, Pablo Escobar, hasta los hermanos Ochoa y los últimos narcos.

El clarinetista, mecánicamente, se llevó la mano al bolsillo de su camisa. Tenía, de repente, un deseo irresistible y le preguntó a Débora dónde quedaba el baño. «Te acompaño al baño todo el año sin hacerte daño», contestó ella, con una de esas tonterías lingüísticas que dicen los enamorados. Él, a su vez, le susurró al oído, «Estás lindísima hoy»; y ella a él: «No sé si decirte gracias o a la orden». Y salieron, se encaminaron por el oscuro pasillo, al fondo del corredor, a la derecha. A mitad del pasillo Débora se desvió a la izquierda, abrió una puerta.

Pasaron otros días. Davanzati interrumpió la novela y se puso a escribir un pequeño ensayo sobre el matrimonio, lleno de citas eruditas, pero

deshilvanado, caótico, esbozo de un esbozo, borrador de un borrador. A medida que escribía el ensayo iba tirando por el *shut* los libros que consultaba (una aguda arqueología del matrimonio, de un tal Troje, otro que se llamaba *El matrimonio moderno* de una famosa autora nórdica que no recuerdo, también *La perfecta casada* de Fray Luis, y otros, muchos otros libros, de Tolstoi, de Balzac, de no sé quién más. Yo tenía intenciones de transcribir este ensayo, pero el editor de este libro me ha dicho que no lo haga porque el trozo es extenso, los lectores se aburren, se distraen de la trama principal y el libro no se vende. ¿No es tediosa también su novela? Yo ya no lo sé. Seguía así, en todo caso:

10

La puerta daba a una antecámara. En la antecámara dormía una niña que esta vez no recibió caricias. Luego había otra puerta que daba a un cuarto. En el cuarto había otra puerta que daba a un baño. Débora abrió esta última y dijo: este baño es mejor, no es el de huéspedes; el de huéspedes, en las fiestas, vive salpicado de orina de hombre; no sé por qué los hombres, que nunca tienen puntería, no mean sentados. Yo no venía al baño, víbora, digo Débora. Quería darme un pasecito de perico. ¿Quieres? Y en un hoyuelo formado por los tendones de la mano al dirigir el pulgar hacia el techo, Esteban echó cascaditas de polvito blancuzco, con un tenue tono color curuba. A los quince segundos ambos estaban en el colmo del entusiasmo. Se reían de la tuerta y de los poetas muertos, de la resurrección de Neruda, de la seriedad con que Serafín intentaba sacar adelante la revista, de las caras de amor que Roberto le dedicaba a los cubos de hielo de su whisky.

—Son güevones —dijo Débora—, ninguno se ha dado cuenta de que Juan Jota no les va a dar ni un centavo. Como si yo no supiera cómo son estos machitos Uribe. Idéntico a mi papá; Juan Jota prefiere mil veces irse a bucear dos meses en el Pacífico que financiar esta revista. Pendejos, están botando corriente. Pero dejémoslos soñar un rato. Además a Molina tampoco le gusta concretar nunca nada, porque a él lo fascinan los proyectos pero le aterran las realizaciones.

Débora era de un atractivo desconcertante. A los 28 años conservaba intacta una figura espigada de bailarina adolescente. El pelo negro y largo, abundante, lo tenía cogido con un simple lazo sobre la nuca. El vestido negro como el pelo hacía que su piel pareciera más blanca, aunque en realidad tenía ese tono canela que tienen los blancos cuando alguno de sus antepasados tuvo la cordura de cruzarse con alguien un poco menos parco en melanina. Caminaba con una gracia que parecía hacerla flotar unos milímetros por encima del suelo, sin ningún movimiento innecesario, con la precisa cadencia de los brazos y el cuello, con un leve contoneo trasero (más vertical que horizontal) casi imperceptible, con un minúsculo balanceo del pecho, provisto de dos tetas de justas dimensiones, ni tanto que asuste al santo, ni tan poco que no lo advierta. Manos de dedos largos, con uñas sin barniz y un único anillo con las cuatro piedras: rubí, diamante, esmeralda, amatista, pero eran piedras pequeñas, sin ostentaciones, chispas de color.

Todo esto estuvo mirando Esteban, y empezó su acercamiento chupándole y soplándole con intensidad, como el pico de un clarinete, el dedo provisto de anillo con cuádruple piedra. Después se besaron tendidos en la cama y Débora dejó que el clarinetista deshiciera el broche de sus sostenes a la espalda, dejó que le bajara el cierre del vestido y el vestido mismo hasta descubrir el ombligo. Luego el clarinetista bajó también una mano hasta su vientre y ella hizo lo propio. Se tocaron un rato, pero no siguieron adelante. Débora, de repente, se acordó del cojo de su marido, sintió lástima, un último rezago de culpa, quiso volver al patio.

11

Un certero codazo de Roberto, mientras Débora y el clarinetista se alejan hacia el baño, despierta en Serafín una sospecha. Necesita salirse de la reunión, pensar, y se sale un momento al prado, a la parte descubierta del patio. Cierra los ojos para acostumbrarlos a la oscuridad y mientras tanto percibe el viento leve que le despeja de la cara el ron. Abre los ojos y mira hacia arriba. El tiempo, disgustosamente perfecto, como siempre. Este sitio es así, siempre un clima perfecto, las peores catástrofes suceden con una naturaleza para nada solidaria; por las mañanas ese azul exagerado,

de postal. Y estas noches transparentes y frescas. Recuerda el sol magnífico, el azul intenso del cielo, el día del entierro de su padre. Y la llovizna tibia, primaveral, del día del entierro de su madre. Sí, el tiempo aquí es siempre bueno, siempre. Por eso casi nunca se piensa en él: no nos traiciona. Como una esposa que, de demasiado fiel, se vuelve sosa. Tal vez es lo único perfecto, lo único bueno, lo único que siempre funciona bien aquí: el tiempo. ¡Qué invierno!, exclama la gente cuando llueve tres veces en dos días. ¡Qué invierno! Y hasta se olvidan de los intervalos de sol que en los peores días no deja de brillar, ardiente, un rato.

Débora, piensa, no ha sido nunca una compañera sosa. Ha mantenido en jaque la relación, desde que la conoce. Repasa episodios de incipiente o realizada infidelidad, más o menos descubierta por casualidad, más o menos confesada por ella. Pero este clima que acaricia, esta levedad del viento que disipa las vueltas del ron en su cabeza, le anuncian que algo grave se teje tras las carcajadas del clarinetista. Detesta el melodrama, la telenovela. No va a investigar, ni a mirar, no va a armar un escándalo. Le duele la garganta, un nudo se le aprieta en la laringe y se le quiere encaramar hasta los ojos. Se niega a llorar. Vuelve a la fiesta. Se sirve un ron más largo.

Babelia, piensa, un mejor nombre para la revista sería Babelia. Lo propone.

—¿Y Ríbas? —protesta Juan Jota, encariñado definitivamente con su pronunciación gringa—. ¿Cómo vamos a cambiar de nombre a estas alturas? Si hasta ya había mandado a hacer el machote de la cubierta.

Pero ahí interviene Molina, definitivo:

—Babelia no es mal nombre, pero así se llama el suplemento literario de El País de Madrid. ¿Piensas copiarlo o comprar los derechos, Serafín? A mí no acaba tampoco de gustarme ese nombre de Rebus o Ríbas, como dice este acento de Alabama. En esto del nombre, por adelante que vayas con el machote, no podemos equivocarnos. Debe ser un nombre corto, sonoro, memorizable. Y ojalá que no quiera decir mucho, que no evoque demasiadas imágenes. Algo neutro y aparentemente tonto, como Punto, o Tilde, o Sic.

—Un nombre en latín sería fatal comercialmente —dijo Juan Jota—. Con qué cara me aparezco yo ante mis anunciantes diciéndoles Pónganme un aviso en la revista Sic o Cave canem o Ángelus Novus. Detrás o antes de mí entró gente con una oferta que se llama Dinero o Cromos o Semana. Con qué cara voy diciendo yo In partibus infidelibus o cualquiera de esos nombres de los que ustedes proponen. Ríbas, por lo menos, es un acertijo en inglés, y todos mis clientes dominan el inglés.

En este punto había en la novela un párrafo completamente tachado y casi ilegible. Por lo que pude reconstruir, Davanzati se había propuesto hacer una descripción física de Juan Jota y lo pintaba como alguien parecido a Van Gogh, aunque con una cara menos humilde, menos campesina y con las dos orejas intactas: pero se leía algo sobre el parecido, la barba taheña y rala, la piel bermeja, el ojo avispado y no sé qué más escondido debajo de las rayas horizontales. Por qué tachó Davanzati esta descripción, yo no lo sé, pero me figuro que podría ser por pudor; era como si temiera que alguien pudiera reconocer a una persona en el personaje y como si le hubiera dado vergüenza que esto pudiera pasar hasta con algo destinado a la basura. A lo mejor deliro y es mejor que sigamos. El pedazo que sigue, en el que Ocampo describe cómo se siente en las casas de los ricos, es tal vez lo único de veras rescatable de esta fallida noveleta social.

12

Yo aquí mirando el borde de este vaso. ¿Qué hago yo aquí? No me interesa lo que están diciendo, no me importa, las palabras se resbalan por mi cara y siguen hacia atrás. No logro concentrarme en la cara de nadie. Esta, ¿cómo se llama ésta, la novia de Juan Jota? Al entrar me la presentaron... Una de esas niñitas ricas con las que nunca, nunca, he podido acostarme. ¿Por qué? Por estos pantalones, por esta manera de hablar, por cómo no combino los colores de las camisas, por estos zapatos. Leí en alguna parte que los ricos reconocen a los de su clase por los zapatos. Estos míos, bastante nuevos, todavía tiesos, duros, nunca he pensado si me gustan o no, estaban rebajados en el Éxito. ¿Qué hago yo aquí? Esta casa tan grande, este whisky que trago como un muerto de sed el agua en un aljibe. Qué frasecita. Ni siquiera sé bien lo que es aljibe. Me

dan ganas de pedir un diccionario. Pero a lo mejor aquí no hay diccionario. A los ricos no les importa hablar bien o mal, ellos pueden hablar y punto, hablar como quieran, ellos son, sin titubeos, los dueños de la palabra. No soy capaz de abrir la boca. La novia de Juan Jota, ¿cómo se llama?, me ha mirado la argolla y pregunta cuánto tiempo llevo casado. Cuánto. Catorce años, creo, le contesto. Tan descarado, dice, ni siquiera se acuerda, apuesto a que su esposa sí se acuerda. Mi esposa, si la viera... Lo que yo apuesto es que ésta ni siquiera la dejaría entrar a su casa, pensaría Esta cara de sirvienta qué vino a hacer aquí. Mi esposa, los niños, la suegra, mis cuarenta y cuatro metros cuadrados de casa. Debí haber sido capaz de meterme a guerrillero, como una vez pensé. En cambio el magisterio. Enseñarles a hablar a los muchachos de los barrios, ¿para qué? A ellos ni siquiera les importa, no son como yo. Ellos quieren moto y tenis, un jeep, no quieren hablar como los ricos, quieren tener las cosas de los ricos. Como sea. No me entienden cuando les digo que hay que aprender a hablar si no quieren que toda la vida los sigan discriminando. Yo hablo como ellos. Como los ricos. No. Yo hablo mucho mejor que los ricos. Y siempre me seguirán discriminando. Tienen razón los muchachos. Son más prácticos; para ser como los ricos lo que hay que tener es cosas, cosas, muchas cosas. A los ricos no les importa el hablado. O les importa ser capaces de intercalar frasecitas en inglés, expresiones francesas, algo aprendido en el Columbus School, en el Mary Mount, en el Refus, algo que sólo ellos sepan y entiendan, alguna muletilla de Mr. Hutton, el profesor de geografía. ¿Y quién se entera de eso, quién lo aprende? ¿Qué hago yo aquí? Por qué no me quedé a vivir con la gente de mi clase. Todo porque mamá era de mejor familia y decía Hijo tú no vas a ser como tu papá, toda la vida agachando la cabeza: acuérdate, no somos más pero tampoco menos que nadie, acuérdate. En cambio sí soy menos. Ella insistía, nadie es más que nadie. Pero mi padre jamás le entendió eso. Yo soy como él. ¿Qué estoy haciendo aquí? Por qué insisto en tragar y tragar este color orina con hielitos. Ya no voy a poder levantarme, voy a llegar a mis cuarenta y cuatro metros tambaleándome, la suegra me va a mirar como miraba a mi suegro cuando estaba vivo y volvía borracho hasta que se murió de cirrosis, o de coma etílico o de algo así. Las piernas de la novia de Juan

Jota, forradas en seda. Me gustaría alargarse la mano y palpar ese muslo. Me imagino el grito que pegaría. Me gustaría quitarle los zapatos, darle un beso en los pies, o en la axila, comprobar que ahí, a ellos, no les huele a nada, o les huele a un perfume diferente. Este es mi problema, creo que los ricos no huelen, creo que no tienen dolores de barriga ni ataques de disentería, viéndolos desde aquí, sentado, me parecen inmortales. Me parecen más bonitos, me parecen más dignos. Como de otra raza, de otro planeta, más altos. Como si fueran nobles, superiores, ante este ignorante y bello de Juan Jota inclino la cabeza, le besaría los pies hasta el amanecer a la bobita de su novia. Pendejo. Siempre he sido un pendejo. Un pendejo que se da cuenta. Eso es lo peor. Pero a ellos también les crece la muerte por dentro; sí, pero no se les nota. Qué será, tal vez que se mantienen haciendo gimnasia en el Campestre, aeróbicos, tenis, bicicleta estática, y cuando pasan los años, caminando en el golf. Siempre bronceados, hasta los peliblanco se ven juveniles. No, no. También hay mequetrefes, vejestorios; los sacan a asolear en sillas de ruedas en esos asilos más o menos dignos de los ricos, y están en tan malas condiciones como cualquier pobre. Otra vez me hablan, me preguntan, ¿qué me estarán diciendo? ¿A mí qué carajos me importa esta revista? ¿Por qué insisten en que opine, en que diga, en que proponga?

La tuerta estaba hablándole. La llamaban, en secreto, Polifema. Era trivial el sobrenombre, pero hacía reír, tal vez por el secreto, tal vez porque hacía recordar por un segundo lecturas escolares, resúmenes de la Ulisea, como decía alguien. Y era ella, Polifema, quien hablaba:

—Roberto, te estás dejando crecer otra vez esa melancolía que no te deja trabajar tranquilo. Yo te conozco, Roberto. Es triste. Vos tenes más talento y más ideas que todos éstos.

«¿Más que tu Molina, Polifema?», pensó en preguntar Roberto, pero en realidad dijo:

—¿Sí? ¿Más talento para qué? ¿Para beber whisky?

—No, Roberto, eso es precisamente lo que no te sale bien. Te estaba mirando hace rato. A cada trago se te forman unas muecas en la cara que habría que tomarte una foto. ¿Por qué no te dedicas a lo tuyo con

tranquilidad? ¿Por qué no tomas cerveza y escribís ensayos sociológicos? Habías empezado así, ¿qué te pasó?

—Me pasa que yo la sociología la vivo, la padezco. Si la escribo o la describo me sale con rabia.

—Pero eso está bien, Roberto, esta sociedad debe producir rabia.

—Pero es que yo la vivo con resentimiento. Además a mí me gustaría ser como ellos, como los que critico. Si hubiera tenido la suerte yo sería presidente de un banco, jugaría golf, tendría cuatro hijos y estaría feliz de mandarlos a Miami y al Colombus. Es sólo por una circunstancia casual, un papá pobre, que finjo odiarlos cuando en realidad lo que ellos hacen es lo que más admiro, lo que me gustaría ser y hacer.

—Ahora sí estás borracho, Roberto. Eso no es verdad, vos sabés que no es cierto.

—Sí, sí es cierto. ¿Ves a Juan Jota, el hijueputica que nos alargaba la mano con dos o tres monedas, pero ahí mismo la aparta, como uno con los mendigos, con miedo de ensuciarse? ¿Lo ves? Un hijueputa, ¿cierto? Y sin embargo yo me cambiaría por él ahora mismo.

—Estás borracho, Roberto, yo te prefiero a ti mil veces que a este limosnero.

Tengo la impresión de que en este punto Davanzati acabó de perder el hilo del discurso y el dominio de su mente. Ya no se alargaba inútilmente en diálogos y en detalles que a nadie le interesan, como antes, y esto podría parecer un acierto; pero ahora era peor, pues había perdido la confianza en sí mismo y en el cuento. Parecía que se hubiera fatigado de su historia, como si de repente lo hubiera abandonado el ángel de la inspiración, como se decía antes, aunque evidentemente no era eso, era algo más grave, como si se hubiera hundido en la depresión de un momento a otro, como si, lo hubieran poseído los demonios viejos, como un demente que se detiene en la mitad de un chiste y se pone a llorar, o un loco que pasa de la risa al llanto sin cambiar de gesto. Hasta ahí, al fin y al cabo, iba más o menos bien, aunque sus protagonistas no se cedieran siempre la palabra con un ritmo apropiado y aunque nos haya arrancado más bostezos que lágrimas. Pero lo que recogí de la basura en los días sucesivos fueron ya ideas

perdidas, trozos dispersos, apuntes deshilvanados. Era como si Davanzati ya no supiera cómo ni dónde acomodarlos. De todas formas copio algunos, como un testimonio más de su desesperación, de su paulatina caída en el silencio. Su agonía se alargó durante casi una semana de frases estentóreas, de ideas con hipo, de frases con bostezo, de estertores verbales, de lucha inútil por no morir.

Serafín, en el colmo de la depresión, se repetía esa frase despiadada que había leído en un texto científico: «Los retrasados mentales, los enanos, los deformes (sí, los deformes) y los tarados de sexo masculino tienen enormes dificultades para encontrar una mujer que esté dispuesta a aparearse con ellos».

Es normal querer muchas cosas distintas al mismo tiempo, contradictorias, excluyentes. Es normal. Pero ese es el infierno en el que nos movemos. Lo difícil no es distinguir el bien y el mal, lo difícil es tratar de escoger entre dos bienes o entre dos males necesarios.

Ocampo le decía algo a Serafín, Serafín quería obedecer a Molina, Josefa miraba, Débora iba a asestar su golpe mortal.

Y ojo que aquí, en este punto, la historia de Davanzati se enloquece, los cables de su vida y de su cuento se le mezclan, se le enredan, y ya no sabe qué hacer con semejante nudo ciego.

¿Pero qué hago? Débora no es Rebeca, Serafín no soy yo, he tratado mal a la tuerta, que es la más dulce de las amigas de mis amigos, estoy obnubilado por los defectos del cuerpo, el peor defecto es la edad, estoy muy viejo, odio estar viejo, morirme, odio más estar viejo que morirme. Ahh, esto está roto, no soy capaz de inventar nada y menos de recordar.

No puedo escribir de Débora con él porque entonces la ira, la tristeza, la desesperación se me agolpan en la cabeza, en los dedos, todo ese pasado fangoso y mefítico vuelve a surgir, vuelvo a verla a ella, a Rebeca con él, y vuelvo a verme a mí vengándome de mí mismo. Yo, Serafín, el ángel que se convierte en diablo. Yo, el culpable. Otra vez el deseo de hacer lo peor, de destruir mi vida.

Al cabo de este hipo que duró varios días a Davanzati le sobrevino una especie de vómito incontrolable y, como la deposición final de un agonizante, a la novela le salió una excrecencia, un nuevo cuento añadido (¡otro, qué hartazgo!), una rama de otra planta injertada a última hora en el tronco de una distinta especie, híbrido de manzana y carbonero que ni da frutas ni produce leña. ¿Lo copiaré? Lo copio. ¿Lo copio o no lo copio, lo quiero o no lo quiero? No, he resuelto que mejor no lo copio; deshojaré varias hojas de esta margarita; suprimiré un retazo de esta colcha, podaré esa rama deforme y cancerosa que le salió al tronco, lo dejaré en mi arrume de papeles y si alguien se interesa de verdad por Davanzati, incluso por lo más deleznable de sus desperdicios, voy a guardarlos en un cajón o un cofre, para futura memoria de lo inútil.

No se puede espolear un caballo y jalarle al mismo tiempo las riendas porque entonces la novela se encabrita y tumba al autor o tira al piso a su jinete. Ese era el problema de Davanzati: se le ocurrían demasiadas cosas al mismo tiempo y no era capaz de jalar las riendas, de parar el caballo desbocado de su verborrea. Sufría de incontinencia verbal por escrito, era un grafómano diarreico. Soy duro con mi vecino, a veces, sí, porque a veces lo odio o lo envidio, sí, lo detesto por no haber sido capaz de esforzarse hasta llegar a ser un buen escritor si tenía el talento, por no haber tenido nunca la paciencia y la calma para escribir un buen libro. Un buen editor lo hubiera obligado a suprimir partes, a hacer cortes precisos y dejar lo fundamental, lo pulpo, lo bueno; pero la tragedia de Davanzati consistía en que no pulía nada y todo lo dejaba a medio empezar porque todo lo perdía. Unas hojas carecen de importancia si no hay ojos que las lean, o adquieren una importancia distinta y radical que termina en la basura. ¿Cómo pedirle más a alguien que no escribe para nadie? Podría contestarnos: «Yo me entiendo», y tendría razón. Y este basurero que soy yo, por el cariño que le tengo y por la fidelidad que le debo a su descuido, no ha sido del todo capaz de ser el editor o censor o crítico más riguroso que Davanzati hubiera requerido. Si él hubiera practicado más (y mejor) el cuento, tal vez, habría aprendido que no se pueden dejar tantos cabos sueltos, que la casa de una novela no puede tener tantas puertas porque entonces los lectores se pierden. Davanzati parecía condenado a divagar, a saltar de un lado a otro.

Si la novela es un espejo que se pasea por un camino, por una ciudad, el espejo de Davanzati se había hecho trizas, y cada añico del espejo reflejaba, sí, algo, por supuesto, pero lo que resultaba no era una imagen coherente sino un rompecabezas desbaratado, un rebus insoluble, un espejo roto (que era el título de uno de los libros arrojados a la basura por él una de aquellas tardes). Pero, en fin, habrá que resignarse a sus defectos.

Todavía, los días siguientes, un Davanzati agónico luchó infructuosamente porque su historia no se le fuera del todo de las manos. De todos modos yo, al recoger sus papeles en el sótano, veía que la novela se esfumaba, y que ya iba camino de ninguna parte. El último día que trabajó en ella, aunque ya estaba derrotado por sí mismo, lo único que quedó fue un párrafo, cuatro líneas, el fracaso total. Me imaginé a Davanzati solo, en el piso de arriba, con cuatro renglones como fruto del trabajo de un día, cuatro renglones, además, nada exaltantes:

Desde sentado se levanta a su modesto un metro con sesenta de estatura, nada imponente, nada, al lado del uno ochenta y siete de Juan Jota. Roberto piensa en retarlo a algún torneo mental, a ver si puede demostrar y demostrarse que es más que él. En cambio vuelve a sentarse.

En esta idea de derrota, de imposible torneo mental, la novela se interrumpe definitivamente. Por esta interrupción, y por todas las otras perpetuas interrupciones de Davanzati (un escritor interrumpido, trunco, se le podría decir), en un momento dado y frente a tantos trozos inconclusos, deduje que quizás él estaba dominado por el temor a terminar. Con un producto acabado tendría que enfrentarse con el problema de su calidad, de su valoración, es decir del valor último de su creación como conjunto. En lo inacabado, en lo fragmentario, en cambio, podía siempre excusarse con el pretexto de que aquello era sólo un boceto, un borrador, algo apenas empezado que no había tenido ocasión de terminar. Podía ser lo anterior, pero podía ser también que fuera persona de breves entusiasmos. Mientras se ilusionaba, al comienzo de una nueva historia, era capaz de inventar, de esforzarse, pero al cabo de un tiempo sumergido en ese mundo que creaba, éste iba perdiendo su encanto, como un casanova que en el plazo de unas pocas noches ya no le encuentra encanto a la mujer que hacía pocos días lo hacía rabiar y delirar de deseo.

Siguieron días casi mudos, de desconcierto, de rumbo extraviado. En sus períodos de extravío, como ya les he dicho que a veces pasaba, en el basurero yo podía hallar páginas enteras con una sola frase, o divagaciones incomprensibles, o, francamente, tonterías, parrafadas insulsas que no transcribo porque uno ha de tener compasión de los que quiere, y yo a estas alturas ya quería a Davanzati y me producían pesar, más que pesar, angustia, sus caídas en una literatura deleznable, sosa, impublicable, en una literatura que no se merecía otro nombre que basura, su basura, mi querida basura. ¿Y si lo que a mí me parece peor fuera lo menos miserable? Quizás sea así, pero díganme ustedes si hay algo comestible en este bodrio que dejo como ejemplo de sus días de angustia:

Frías las manos como las de aquel muerto decía boca arriba en su cama que nunca más palabras saldrían de su boca que al fin iba a callarse para siempre, amo la soledad amo el silencio, definitivamente tiesos los pies que señalan el techo así me encontrarás cuando no vuelvas inexistente tú devorador de sobras, devorador de sombras, la sombra y la sobra de mí mismo un desperdicio tú agudo maloliente me hallarás incoherente polvo de astros angustia lancinante pavor sordo y en mi nao fantasma único a bordo, amo amo amo sus palabras los ecos de sus palabras, rugidos de león enjaulado que siempre me llegan como la jaculatoria que me salva en el peor momento en este nefasto instante en que nada me sale y los años son ya muy largos conmigo, luengos son años, luengos son años, fantasmas lívidos, fantasmas lívidos, con viento fresco idos idos idos.

Siempre escribía, como ven, escribía sin cesar, y bueno o malo (no sé si bueno o malo), descabellado o coherente, podrido o fresco, triste o exaltado, novedoso o trillado, siempre escribía y por lo mismo, así como encontraba, infaltables, restos de comida, cúmulos de desperdicios, nunca dejé de hallar también sobrados de sus escritos. Davanzati escribía como comía y como supongo que evacuaba, diariamente. Su digestión era puntual, cíclica, rutinaria, aunque no siempre buena.

Dejo sin copiar casi un par de semanas de mala digestión, hasta que llego a algo que me interesó más. Lo encontré un lunes en el basurero, y era completamente distinto a lo anterior. Y no sólo distinto, sino, curiosamente, terminado: una carta. Estaba dirigida a una tal Rebeca (tiempo después supe que su apellido era Aguirre), quien al parecer vivía en Bogotá, y se notaba que Davanzati tenía, o mejor, había tenido con ella una cierta intimidad, qué digo, una total intimidad, amor y matrimonio y hasta hijos. Yo no sabía si era una carta de esas de náufrago, que no se envían a nadie así haya un nombre en el encabezamiento, así haya un aparente destinatario, o si era de verdad una carta para ser enviada. De ser así, lo que yo recogí en la basura tenía que ser tan sólo un borrador, y eso me hizo pensar en serio por primera vez en la hipótesis (que luego rechacé, que a veces vuelvo a abrazar) de que todos mis papeles recobrados no eran más que borradores en el pleno sentido de la palabra, no fragmentos acabados y tirados sino

borradores que Davanzati tiraba después de haberlos corregido o después de pasarlos en limpio o de transformarlos en una versión mejor. Que todo en él, entonces, era como un ensayo, algo no definitivo, una copia momentánea. Pero una cosa es la literatura, que puede no dirigirse a nadie y borrarse y tirarse a la basura, y otra cosa es una carta. Una carta tirada a la basura es, casi siempre, o siempre, un arrepentimiento o una primera versión, un borrador. No me tocaba a mí juzgarlo, en todo caso, ni estaba yo en esos días en el plan de juzgarlo; lo único que me interesaba era tratar de entenderlo, seguir sus pasos, y más aún en este caso en que, al parecer, a su literatura, se superponía de repente su propia vida.

Querida Rebeca:

Te extrañará que resucite después de tanto tiempo. Han pasado años, seis o siete, si no estoy mal, desde la última vez que supe algo de ti, que supiste algo de mí. Sigo viviendo en Medellín, en el mismo apartamento por el segundo parque de Laureles. Una vida retirada y apacible, con una salud en medio de todo, y teniendo en cuenta la edad, aceptable. Ya sabes que me gusta estar solo, y aquí estoy solo a mis anchas, solo como no había estado en ningún otro período de mi vida. Rara vez hablo con nadie, no tengo teléfono, no recibo correspondencia salvo la burocrática y creo que todos mis paisanos piensan que hace tiempo estoy muerto. Sí, es lo mismo que si me hubiera muerto, qué se yo, en 1606, daría lo mismo. En todo caso aquí nadie me conoce, nadie sabe que existo, nadie me recuerda. Esa sensación de soledad y aislamiento, esa casi certidumbre de estar muerto en vida, es también un alivio, un alivio de mí mismo, de mi fracaso, de mi completo fracaso con lo único que quise ser y que tú sabes qué es, y que no fui.

Te escribo (y hasta usar este verbo me molesta, aunque sólo se refiera a una carta) por un motivo muy simple y muy importante: quiero verte. E incluso más que a ti —aunque a ti también—, la quiero ver a ella, a Mariantonia. Mejor dicho, quiero despedirme de ustedes, de ti, y sobre todo de ella, a quien no veo desde que me la quitaste. No es el momento de hacer recriminaciones ni de repartir culpas; no voy a juzgarte ni a juzgarme. Es el momento, eso sí, de despedirme. Te lo digo así, simple y llanamente, porque ya estoy seguro de que no voy a vivir mucho. No tiene ningún

sentido. Ni siquiera esta carta tiene sentido, pero creo que a ti, si eso puede decirse, si te lo puedo decir, en algún minuto, en algún momento, durante algunos años, te quise. Y haber querido a alguien, aunque tú ya no lo quieras reconocer, crea un vínculo insoslayable. Por eso quiero verte. Y a ella, a la que era nuestra hija y acabó siendo tan sólo hija tuya, a ella sí que la quiero, y la he querido, y la sigo queriendo de un modo oscuro, remoto, pues sigo queriendo a una niña que ahora ya tendrá más de treinta años. Además, para hacerte caer en tentación (a ti, que te conozco, no sé si a ella también) y para que no te niegues a venir, y a venir con ella (sé que estoy siendo maligno, es una broma), mis intenciones son dejar a Mariantonia como heredera universal de todo lo que tengo. No te hagas ilusiones, que no es mucho: este apartamento y unos pocos ahorros en el banco. Ah, y en Suiza, donde hay un poco más, nada que le cambie la vida, pero sí se la hará más cómoda, más entretenida, porque con los tiempos que corren más vale tener alguna renta en francos o comprarse una casa con jardín. Para no ser vulgar no te diré la cifra, pero paga el viaje, y no te enojés, que no tiene sentido enojarse por nada, a estas alturas de la vida. Además, no sabría a quién más dejárselos y ella fue mi hija, ella sigue siendo mi hija al menos genéticamente, y ella es una persona (una niña) a la que quiero todavía. Quiero que se lo digas, quiero que al fin le leas una carta mía, después de todas las que no le dejaste recibir, pero no voy a empezar con recriminaciones, como está prometido, puedes seguir leyendo, sigue leyendo, te lo ruego. Dile solamente: «Ese que fue tu padre se va a morir y te quiere dejar una herencia; lo único que pide es volverte a ver aunque sea una vez». Eso será suficiente.

Supé de la muerte de Federico, pero no te llamé porque no habría sabido qué decir. Discúlpame si te lo digo, pero en el fondo me puse casi contento de que se hubiera muerto antes que yo, y más contento aún de que se hubiera muerto en pleno concierto, con el violín en la papada y el arco en la mano. Es una muerte hermosa para un músico y, perdóname que te lo diga, una venganza hermosa para mí, pues fue con esas cuerdas que te conquistó. Cuando ustedes se fueron a vivir juntos yo pensé, con odio: Ya veré pasar río abajo sus cadáveres. Ahora que he visto pasar el cadáver de Federico, he resuelto que no quiero ver el tuyo. Además tengo que confesar

que ver pasar su cadáver no fue ningún placer ni en el fondo ninguna venganza verdadera. Ya no te odio, ni siquiera antes te odiaba, en realidad, y mucho menos quiero verte muerta. Más bien quiero que tú te encargues de mi muerte. No, no, esto es también una broma, para asustarte; no voy a molestarte con nada y menos con mi muerte; pero tampoco pienso morirme aquí para no molestar a los vecinos con mi podredumbre. En cualquier caso, tampoco hay mucha prisa. No tienes que precipitarte a contratar la velación ni a pedir turno para el horno; tampoco tienes que correr para venir aquí, pero avísame cuando puedas venir. Y olvida lo del horno, también es una broma, además yo quiero que me entierren, por secretos motivos que obviamente no digo.

Por acá cerca hay un hotel; no les voy a pedir que se queden aquí, tampoco tengo espacio y sería incómodo para los tres. E inútil. Ah, el hotel, por supuesto, lo pago yo, y los pasajes de todas, ida y vuelta, en clase ejecutiva y estén donde estén. ¿Sigue viviendo en España Mariantonia? Sólo házmelo saber en una carta, porque teléfono no tengo, que yo desde una agencia de viajes lo hago todo.

Desde hace años no escribo nada, ni una línea, y también (además del fracaso) es un alivio. No era capaz, cada vez fui menos capaz, y resolví que la mudez era lo único digno. No sé si recibiste lo último que publiqué pues nunca, ni la última vez, hablamos de eso. También era un libro mediocre, como el primero y como quien lo hizo, y menos mal que casi nadie se enteró. Se lo hice llegar a muy pocas personas, pero a duras penas se dieron por enteradas. Los mediocres nos tenemos muy merecido el silencio, la total indiferencia, y no me estoy haciendo el mártir; te lo digo en serio; uno a los setenta años se vuelve casi sincero y tengo casi setenta. Después seguí, por inercia, tomando apuntes, y luego, felizmente, me pude quedar callado, ya sin ambiciones y sin angustias. Ahora estoy convencido de que la literatura, la de hoy por lo menos, es una mierda, una vanidad inútil, un ruido que se añade a la música de los siglos, cuando escribir era todavía algo valioso. Ya no sabemos escribir historias, y Medellín jamás tendrá su Balzac. Menos mal que no vivía de mis escritos. Si no es porque mi madre me deja algo, me estaría muriendo de hambre. Ya me parece oír tu frase: «A su edad y todavía edípico». Pero es cierto, si no es por ella... La gente

piensa que mi riqueza se debe a otra cosa, y no es cierto. O sí, también es cierto, lo de Suiza lo saqué de aquello que tú sabes, de aquello a lo que tanto partido le sacaste para demostrar mi maldad, pero lo que tengo en Colombia era de mi madre. Lo uno y lo otro, en breve, pasarán a ser de Mariantonia, tan sólo con que ella me visite una vez, es todo lo que pido.

No pienso morirme antes de un año, quizás incluso dos, o hasta tres (no estoy enfermo ni soy un suicida, mi plan es lento y paulatino), pero quería avisarte desde ahora que ya me estoy muriendo. Así planeas tu venida, firmamos los papeles que haya que firmar, tengo un notario conocido, y nos despedimos. Sin patetismos, pero nos despedimos. Perdóname que sea tan directo y explícito pero no tengo tiempo ni ganas de circunloquios. Como te dije, ya no escribo. Solamente, y cuando mucho, informo, y redactar esta carta me cuesta sangre, sudor y lágrimas. Exagero: ni sangre ni sudor ni lágrimas, sólo un molesto esfuerzo por juntar las palabras y no desconcentrarme. Lágrimas ya no podría tener aunque quisiera; otro de los achaques que me han salido es que ya mis lagrimales se secaron para siempre, ya no producen lágrimas, y tengo que echarme gotas todo el día, para no lastimarme con los párpados el único sentido que me quedaba intacto. Aunque exagero, el tacto sigue bien y la comida todavía me sabe.

No voy a hacerte recriminaciones de ningún tipo, repito. Rememorar el instante en que te conocí, tal vez eso me gustaría, revivirlo contigo, ¿lo recuerdas? Fue en mi oficinita de traductor, en El Palo, tal vez ni la recuerdas, yo en ese tiempo traducía los cables de la France Presse. Quisiera evocar ese día y pocos días más. La vez que salimos a montar en bicicleta por Llanogrande y comimos guayabas de los árboles y Mariantonia estaba tan radiante. A veces uno sabe que en la vida ha sido feliz uno o dos días. Ese fue uno de ellos. Quisiera que Mariantonia supiera que su padre fue feliz con ella, un día por lo menos, y que la quiso. Y otra cosa quisiera, si fuera posible: además de ver a tu hija, a Mariantonia, que también fue hija mía, y lo sigue siendo, me gustaría conocer a la hija de tu hija, porque sé que existe, que es una pequeña o ya no tan pequeña. No sé si Mariantonia vive en Madrid, alguien me dijo que estaban allá, o quizá en Barcelona o en Oviedo o algo así. En todo caso quiero verlas a ambas, aunque más a Mariantonia, pero a su hija también, a ver si se parece a su

madre cuando estaba pequeña. No la he visto nunca, a esta última huella biológica, si así puede decirse, y tengo esta especie de debilidad de abuelo; me estoy volviendo sentimental; debe de ser la edad. Ahora me despido. Ya no aguanto más esta pluma entre los dedos, he perdido la práctica. Te ruego que me contestes. Como sé que eres casi tan sedentaria como yo, espero que sigas viviendo en las Torres del Parque, pues es la única dirección que tengo tuya. Si no vives allí, pues no importa, también esta carta y este intento (y hasta esta herencia) se habrán perdido. Haré una copia también para tu viejo apartado aéreo, para tener al menos dos oportunidades de encontrarte.

Un abrazo estrecho y un beso fraternal de quien tanto te quiso, sí, excúsame esta última cursilería, de quien tanto te quiso, y un beso paternal a Mariantonia, a quien tanto he querido y tanto quiero,

Bernardo

¿Habría sido muy distinta a ésta la carta definitiva? Este dato no lo puedo saber, pero lo cierto es que a veces incluso en los borradores de una carta se dice más que en la carta definitiva, así que no me quejo. En los días siguientes estuve pendiente, primero, de los pasos de Davanzati, para tratar de enterarme si iba al correo, pero yo también tengo mi vida y no era el caso o no podía seguirlo a todos lados, así que no lo sé; además podría haber ido a echarla al buzón el mismo día en que tiró la copia a la basura y esa mañana no estaba yo todavía prevenido. También estuve al acecho de la llegada de alguna carta de respuesta (me imaginaba un sobre con una letra de mujer, sellado en Bogotá, y un sobre más con estampillas de España); nunca las vi, pero tampoco estuve siempre aquí las veces que vino el cartero, y menos puedo saber si alguna empresa de correos privados de esas que ahora abundan trajo algún día correspondencia. Lo que sí hallé en esos días en el basurero fueron dos libros muy cortos (de distintos autores que parecían un mismo autor) y de tema casi idéntico. El primero se llamaba *Una letra femenina azul pálido*, y el segundo *Carta de una desconocida*. Los leí y quise imaginarme a Davanzati relejendo algo viejo que le evocaba una carta real que acabaría de recibir o quizá una carta que esperaba con impaciencia y no llegaba. Era curioso, ambos libros tenían como tema un

hijo o una hija desconocidos para el padre, y era todo lo relacionado con este desconocimiento de la paternidad lo que venía más subrayado por las líneas temblorosas de Davanzati bajo algunos renglones. Había incluso un ladillo apuntado en el margen de la primera novela en el que se leía: *Yo también he sentido esto*. Pero a pesar de estos datos yo no podía saber nada con seguridad, y tampoco pude saber exactamente el destino de su carta y si tuvo o no la respuesta esperada. Quedé, pues, en esa incertidumbre, pero otro papel hallado en las canecas creo que complementó en alguna medida este episodio. Pocos días después de hallada la carta encontré dos hojas arrugadas, escritas con furia, de afán, como intentando que la vaguedad del recuerdo no fuera a perderse por la falta de celeridad caligráfica. Voy a ayudarles a atar algunos cabos: en esa noveleta abortada que ya habrán leído, *Rebus*, hay un músico que se roba a una mujer amada, y esa mujer amada tiene una hija. Hay un indicio de lo mismo, del robo del músico, en la carta a Rebeca. Y más indicios hay en lo que sigue, o al menos yo, que era tan suspicaz con mi vecino, creí verlos.

Antes de copiarlo tengo que decir que Davanzati, de vez en cuando, muy de vez en cuando, ponía música. Se notaba que tenía un equipo viejo, de discos de acetato. Las grabaciones parecían buenas, pero a veces eran tan viejas que el disco estaba rayado y la música se quedaba dando vueltas por minutos, y aun por cuartos de hora, en una misma frase, hasta que se oía el manotazo que la hacía pasar adelante. Ponía solamente música clásica, y de preferencia religiosa, o al menos eso me parecía a mí que no soy un experto en la materia, por los gritos en latín, los alaridos de glorias, *in excelsis* y amenes que en ocasiones lograba descifrar. La ponía a un volumen muy alto, durísimo.

A veces Davanzati había mezclado su música con la del doctor Molina, como si quisiera hacerle competencia a su ruido, pues cuando el médico venía con sus ruidosas acompañantes ponía siempre, como ya he dicho, música caliente, y una o dos veces me tocó oír que ésta salía entrelazada no muy armónicamente con la música clásica de Davanzati, y eran curiosos esos violines y esos plácidos cantos de angelitos cruzados con la festiva salsa y los profanos vallenatos, boleros y cumbias que salían del último piso. Pero en realidad los viernes y los sábados por la noche, casi sin falta,

en el edificio mandaba la pachanga de arriba, sin la competencia clásica de Davanzati. Por lo demás nunca él, ni las señoritas Montoyas ni yo mismo protestábamos por las alharacas de Molina. Eran casi simpáticas esas farras semanales del doctor Molina, que en su vida pública era un hombre ejemplar, por lo que se sabía, y además una vez, a pesar de la parranda, había atendido a una de las señoritas Montoyas que se había sentido mal mientras él estaba arriba, y la otra hermana había subido a llamarlo. Nada grave, una baja de presión, pero él le había recetado unas pastillas que la habían curado y por ahí derecho se había ganado el aprecio de quienes podrían haber sido sus únicas enemigas de ruidos y de rumba. Bueno, quizá Davanzati tampoco apreciara mucho los excesos del doctor Molina, aunque también pienso que en la vida apacible y casi sosa del edificio esa nota de alegría de los viernes nos daba a todos una especie de gozo vicario que ya formaba parte de la rutina y que si se hubiera suspendido nos habría hecho falta.

Cuando Davanzati ponía música, lo cual hacía muy de vez en cuando, cada dos o tres semanas, se dedicaba a escucharla de una manera obsesiva. No dejaba de oír el mismo disco hasta la saturación (la suya, me imagino, pero sobre todo la mía y sospecho que también de las señoritas Montoyas que una vez me dijeron que las tenía hartas esa rezadera musical, así dijeron, rezadera musical del señor Davanzati). El papel que copiaré a continuación, y que como les digo, creo que algo tiene que ver con la Rebeca de la carta, vino después de tres o cuatro días en que nos sometió obsesivamente a una misma pieza que, al principio, me sorprendió, luego me gustó, llegó a conmoverme y el último día ya me tenía completamente saturado.

Entre los numerosos tachones de tres hojas garabateadas de margen a margen, se podía leer una especie de narración que tenía el título de «Missa Solemnis». Nunca lo pude comprobar por mi cuenta (hubiera sido fácil, lo sé, confieso que en ocasiones me vuelvo perezoso), pero supongo que lo que habíamos oído durante los días anteriores, era la misma Misa a la que aquí se refiere Davanzati.

Lúgubre, profunda y dolorosa como el Kirie de Beethoven que estábamos oyendo, ella me derramaba en el oído palabras de consuelo que acentuaban mi angustia. La nevera, como siempre, desprendía su disonante ronroneo infernal en contrapunto, y la luz, que en esos días se iba de vez en cuando por efecto de rayos y tormentas, no nos dejaba nunca el suficiente tiempo a oscuras y en silencio, para querernos, o a la luz, la música y los ruidos, para irnos carcomiendo de tensiones crecientes y palabras insultantes hasta odiarnos. Yo bebía, como siempre en los momentos en que estaba perdido, un aguardiente seguido de otro aguardiente y mientras tanto intentaba concentrarme en las etiquetas de los frascos y botellas, ingredientes, fabricado en, licitina, tomate, conservantes, 39 grados, el exceso de alcohol es perjudicial para la salud, y volvía a mi copa de aguardiente seguida por otra copa de aguardiente y finalmente otra copa de aguardiente que no servía para terminar de embotarme, que no servía para no oír todo aquello que no quería oír. Luchaban la nevera, sus palabras y el principio del Sanctus, apasionado, definitivo y trágico, pero era su voz lo que acababa imponiéndose, y me derramaba sin pausa esas palabras finales y nefastas que le salían como una larga aguja desde los intestinos hacia arriba por el esófago y luego por la punta de la lengua, por la leve abertura de los labios y me iban horadando el esternón y volviendo más ciego el nudo en el estómago. Como si me pudieran defender, los muertos de mi vida se iban sobreponiendo en mi memoria, se agolpaban sin pausa, sin sosiego, y era como si todos volvieran a morir sin previo aviso en ese preciso momento y como si el dolor horrible y esporádico pudiera acumularse en ese mismo instante en un solo tormento concentrado. El cuerpo devastado de María tras seis meses de cáncer, la cara de mi hermano mayor destrozada por las balas, la cara abotargada, intoxicada de mi madre después que sus riñones se negaron a filtrarle la sangre, los ojos asustados de mi abuela en el delirio ininterrumpido de su agonía insoportable... Sus palabras confundidas con las de mi abuela, especie de dueto retumbando en la caja de resonancia de mi cráneo, y todos esos muertos agolpados ante mis ojos como horribles fantasmas de una pesadilla en la que yo era una mosca recién caída en la añaenza de una telaraña, en la que yo era el cáncer, los riñones, los pedazos de sesos

derramados y el delirio, sobre todo el delirio en el que se agolpan todas las palabras. Yo no podía seguir estando vivo mientras Beethoven ya iba en su Agnus Dei y el barítono tronaba Miserere, miserere nobis, y yo no tenía alientos para soportarlo, y menos ese alfiler de la voz de la soprano que me hacía un boquete en la garganta, y mis ojos buscaban una piedra, una soga colgada de las vigas de su casa, en el baño escarbaba por pastillas mientras fingía una meada, ¿podrá uno suicidarse con anticonceptivos?, y no había pistola en esa casa, y desde un primer piso ese salto al vacío sería sólo ridículo, la tonta tibieza trágica de una tibia rota. Solo conmigo mismo volvía a la sala donde ella permanecía serena, melancólica, sonriente, el humo del cigarrillo mentolado como una coraza ante sus ojos, con esa sonrisa distante del verdugo que en el fondo lamenta el paso que está dando, y volvía a emprender su memorial de causas por las cuales yo ya no le servía, el ronroneo infernal de su sentencia, y yo veía ante mí el desierto sin ningún espejismo, las dunas, la sed y los lejanos cactus, la cárcel sin barrotes, el calor, la inútil libertad si ella no estaba, la sed, siempre la sed sin una gota de agua. Fui al cuarto de mi hija y el sueño plácido, la respiración sosegada me la hicieron más mía y más lejana; ella también se iría. Intenté muchas veces dejar de respirar, pero mis pulmones volvían a inhalar ese aire que yo odiaba porque me mantenía en vida, y al respirar le rogaba Quita esa música, quita esa música que ya no aguanto más y ella decía ¿No te gusta?, ¿de cuándo acá no te gusta Beethoven? Lo puse porque un día me dijiste que hasta la peor desgracia puede ser curada por la música sacra, ahora imagínate si no te va a servir en este contratiempo. Me gustaría pegarle... llamar a esto contratiempo, pero más bien, débil, yo le decía No es eso, déjame descansar, ahora me repongo, es que no aguanto más, si te quedaras un ratito callada, si todo separara, si se fuera la luz, si el mundo se hubiera quedado detenido hace un rato, pero ella no podía postergar la lectura de su veredicto, hachazo que llovía sobre mi nuca, llovizna que se metía filuda hasta mis tímpanos, dolor que no cabía ya en mi cuerpo y se volvía furia, mareo, ahogo, sudor, llanto, tantas cosas que yo no soy capaz de recordarlo sin quererme morir otra vez, otras veces, todas las veces que fueran necesarias para no sentirlo de nuevo, aunque hayan pasado treinta años desde entonces y yo todavía arrastre mis pies por estas

pedras, y aunque mi vida hoy más bien parezca un allegro de Beethoven, ligero y festivo, o un largo, larghissimo de Mahler, que también los hay y ayudan al olvido, a esta existencia medio anestesiada por la que no atraviesan pensamientos a esta cabeza sin ruidos por donde los recuerdos se han borrado, o casi, porque yo ya nunca más tuve el valor de oír la Missa Solemnis con la que me enterraron, hasta este momento en que mientras la escucho de nuevo, lejana y casi muda, intento describir el día más doloroso que he vivido, en que todo parece como entonces, y hasta el estertor de otra nevera hace su mismo comentario, un eructo sardónico que convierte lo solemne del sordo en un crujido de vísceras sin importancia.

Davanzati mentía, le mentía a la destinataria de su carta esa Rebeca que para mí, entonces, no tenía apellido, pero que luego fue Aguirre y fue su esposa, la que lo había dejado por un músico muerto. No sólo escribía, sino que a los pocos días de esa carta en que declaraba su completo silencio, su felicidad por haberse retirado del oficio, volvía a la carga con lo mismo. Había abandonado la novela de la fiesta, eso sí, y esta vez caía en esta especie de reminiscencia. Yo no me atrevía a pensar que las piezas de mi rompecabezas encajaran unas con otras; uno tiende a suponer que lo contiguo, o lo que viene después, tiene también relaciones de causalidad con lo que está al lado o con lo precedente, pero en el caso de Davanzati no podía asegurarlo. Lo que siguió, no al otro día (cuando me propinó traducciones de Shakespeare, otra vez, un pedazo importante entre Otelo y Desdémona), sino poco después, fue una hoja, esta sí, completamente autobiográfica, digo yo, en la que tal vez se refería a una respuesta que yo nunca vi de Rebeca, y en la que me mencionaba, sin nombre, incluso a mí:

No, no, no, no, no. No era por eso ni era así ni era eso lo que yo quería decir. Nadie entiende nada. No entienden. O no les da la gana de entender. Hay que quedarse, entonces, cada vez más solo, más y más solo. Sin ver a nadie, sin quitarse la pijama para ponerse la ropa, sin bañarse, sin salir, sin escribir cartas, sin recibir visitas, sin leer el periódico, sin ver televisión, sin leer revistas ni novelas ni enciclopedias ni libros. Sin mirar por la ventana. Encerrarse, meterse definitivamente dentro del cascarón

para que dejen de zumbear los abejorros. Todo son abejorros, los otros seres humanos son molestos abejorros, mi cabeza misma es un perpetuo abejorro, un ronroneo infernal, un eco que no cesa. Y sin embargo voy a tener que salir a lo más trivial, a lo más normal, a lo más prosaico, al mercado. No puede uno, como debiera, dejarse morir de hambre simplemente, sentarse a esperar a que llegue la muerte y a que el teléfono repique en vano (si hubiera teléfono) y que en vano suene el timbre de la puerta porque yo no lo oiré. Pero, no. Nadie va a venir siquiera. Los he ahuyentado a todos. He ladrado con toda la fuerza de mi alma canina para ahuyentar a todos los abejorros y cucarrones del mundo. No volveré a salir. Mugre, telarañas, humedades, goteras, podredumbre: esta casa se cae, esta casa se pudre, las matas del balcón ya crecen hasta el borde del muro, un matorral inmundo que ha invadido lo que fue un pequeño jardín, cuando me interesaba cuidarlo, podarlo, regarlo, fumigarlo. De la albahaca no queda nada, un chamizo sin hojas y sin semillas, la hiedra ha crecido hasta que le cuelgan ramas y vienen las Montoyas y gritan a través de la puerta, me imagino, y cuando paso gesticulan y hacen muecas con la cara y gestos con las manos, que por lo menos puede la enredadera que afea la fachada, me parecen decir, si es que me dicen algo, y yo les ladro. Les ladro como a ladrones, las persigo como a cucarrones: fuera, fuera de aquí, no quiero a nadie aquí, esta es mi casa y hago yo en ella lo que me dé la gana, fuera de aquí, invasoras, burdos abejorros, qué se habrán creído, fuera. Ya hace cuánto, meses, años, lustros, que cortaron el teléfono por falta de pago. Para qué iba a pagarlo si ya no volví a usarlo, para qué. Ahora pago solamente la luz y el agua y si no fuera por la nevera, un ronroneo eterno que ya quiero, que oigo como un temblor en la oreja, como un rumor sordo que se superpone a ese otro ronroneo de mis ideas, que me distrae del zumbido agudo que a veces se apodera de mis tímpanos, podría prescindir de la electricidad. Pero hoy tengo que salir al mercado, tengo que ponerme ropa para salir, tengo que calzarme zapatos, ponerme una camisa, pantalones, atravesar el umbral, cruzarme con el imbécil del vecino de abajo que vaya a saber por qué siempre asoma la nariz y las gafas de miope y las manos de tísico cuando yo salgo, ver el sol de este trópico excesivo, salir a la locura de esta ciudad de mierda en la que hay casi

tantos muertos como hay borrachos. Hacer la lista para no olvidar nada: leche, tomates, para qué tomates si se pudren antes de que me acuerde de comérmelos, latas de atún, de sardinas, pan tajado, papas, arroz, muchas papas y mucho arroz para no tener que volver a salir en semanas... Arroz, arroz, arroz, sólo volveré a comer arroz, como la zorra. Ah, maldita sea, tener que salir, salir, y tener que esperar otra vez y por más tiempo a que ella escriba al fin una fecha, una hora, una condescendencia de su parte.

En los días sucesivos encuentro que hay un gran desorden de papeles. Davanzati no avanzaba. Hay páginas tachadas hasta hacer ilegible cualquier palabra. Hay una carta a la caja de ahorros con instrucciones sobre unos certificados de depósito a término; hay una lista de nombres (de vez en cuando hacía listas de nombres, era una de sus manías de notario) que no me dicen nada, veintisiete nombres de personas, hombres y mujeres, que si esto fuera una investigación aportaría al proceso, pero como no es... Algún día pensé en llamar a todos estos nombres, a todos los que figuraran en el directorio telefónico, pero nunca lo hice. Lo único que digo es que en esta lista no hay nadie que se llame Rebeca. Pero intercalado con el caos anterior se puede leer, por pedazos, una especie de cuento realista, casi de terror, que yo logré reconstruir recomponiendo piezas (incluso tuve que pegar varias hojas, excepcionalmente rotas en montones de pedazos que rescaté con gran esfuerzo de las canecas) y que aquí les copio. Creo que a veces un escritor, para liberarse de sí mismo, trata de hacer algo completamente salido de su propia experiencia. Davanzati había estado al borde de confundir la literatura con su vida, y en este cuento parecía intentar alejarse de todo ello, así fuera a la fuerza. Les aclaro, eso sí, para que sepan lo que yo sé, que una de las señoritas Montoyas se llama Clemencia, y que cuando recogí estos papeles estábamos en agosto, con magnífico tiempo. También les digo que Davanzati vivía en el 301. Yo en el 201, las Montoyas en el 101, el doctor Molina venía hacia el final de la semana al miniapartamento del cuarto, o 401, como se suele numerar aquí. Aclaro también que yo no me llamo Wilson, que el doctor Molina sí había llevado, varias veces, una rubia despampanante a su apartamentico de arriba... Bueno, no sé, tal vez la literatura de Davanzati usaba solamente

pedazos de nuestra realidad para crear su ficción. Yo reconocía y no reconocía este edificio en su descabellada historia que tenía un título entre irónico y cursi, «Lluvia de enero»:

Doña Clemencia Ordóñez estaba sumergida en sus agujas de crochet cuando empezó a oír el tintineo de las gotas contra la ventana. Miró hacia afuera, extrañada de esa lluvia en enero, y solamente vio el profundo azul del cielo, sin una sola nube que anunciara tormenta. Enfocó entonces las gotas que seguían cayendo sobre los cristales, persistentes, continuas, y vio que eran rojas, de un rojo muy intenso, oscuro, casi negro, y que se adherían con fuerza al vidrio antes de empezar a rodar dejando un rastro encarnado, para volver a desprenderse en el borde de abajo. Estaba lloviendo sangre.

Dejó a un lado su tejido y salió a toda marcha —a toda la marcha que sus 76 años le permitían— hacia el balcón. Allí asomó la cabeza, giró la cara hacia arriba, con la boca abierta, y vio que un brazo colgaba de la ventana del 301, el piso inmediatamente superior al suyo. Era un brazo desnudo, de mujer, y de la axila seguía manando sangre, como un grifo abierto, aunque intermitente. Por momentos la sangre parecía estancarse, pero en seguida volvía a manar. Doña Clemencia iba a gritar algo, pero un nudo de miedo le cerró la garganta. El brazo desnudo, como jalado por una inmensa fuerza, entró como un resorte detrás de la ventana. Era domingo y muy pocos carros pasaban por la calle. Además la ventana daba a un patio lateral que hacía esquina con el balcón. Miró hacia abajo. Después de tocar su ventana, la sangre había caído al cemento del patio y allí se había formado un pequeño charco, oscuro como el petróleo derramado.

Le daba miedo subir al 301; le daba miedo llamar a la policía; le daba miedo de que la vieran allí mirando. Se apartó un poco de la baranda del balcón, pero siguió mirando hacia la ventana de arriba. Una cabeza de hombre se asomó. Estaba pálido, despelucado, con los ojos desgranados. La cabeza volvió a esconderse dentro. Poco después salió una mano con un trapo blanco entre los dedos. El trapo, en círculos desordenados, iba limpiando la sangre ya grumosa que se había quedado en la ventana del

301. Doña Clemencia se hundió un poco más en el balcón tratando de hacerse invisible. La mano con el trapo desapareció y poco después oyó un tropel de pasos pesados que bajaban por las escaleras. Al pasar frente a su puerta los pasos sonaron con mucha fuerza, luego se fueron desvaneciendo, al acercarse a la puerta de abajo. Desde el balcón oyó la puerta abrirse, después vio al hombre pasar apresurado, con un balde y una trapeadora en la mano. El charco de sangre desapareció con tres pasadas. El hombre volvió a subir, lo oyó pasar frente a la puerta de su casa. Por el ojo de buey pudo apreciar la cara desencajada, el pelo revuelto, el balde con aguasangre colgado en una mano, la trapeadora enarbolada en la otra.

Nunca le había gustado ese tal Wilson. La única vez que había hablado con él, para pedirle que siquiera después de las doce le bajara el volumen a los vallenatos, él le había contestado: «Tranquila abuelita, que uno se va acostumbrando, y yo en mi casa hago lo que me dé la puta gana». Era verdad, a los vallenatos ella había acabado acostumbrándose. Pero menos se había acostumbrado a su taconeo de botas vaqueras sobre la madera de arriba, menos a las muchachas vulgares que todos los fines de semana subían a emborracharse y a hacerle compañía.

Eran las diez de la mañana de un domingo de enero. La ciudad estaba medio vacía. El doctor Escorcía, cardiólogo, dueño del consultorio del primer piso, estaba en vacaciones. También el único hijo de doña Clemencia estaba en vacaciones, para colmo en unas islas del Pacífico, en la isla Gorgona, donde no había teléfono ni manera de encontrarlo. Y aunque hubiera teléfono, pensó, tampoco lo llamaría. ¿Para qué?

Trató de recapitular lo que había oído en las últimas horas de sus vecinos de arriba. Como a las diez de la noche del día anterior había oído llegar el carro del tal Wilson. Desde detrás de las gasas de las cortinas había visto la mujer que se bajaba por la otra puerta. Era una rubia de esas grandes, entre puta y modelo, llena de silicona, de escote pronunciado, minifalda, botas altas, llena de pulseras, dicharachera, alegre. Ya otros fines de semana la había visto entrar, había oído los vallenatos hasta muy tarde, la voz cada vez más pastosa del tal Wilson, el crujir bamboleante de la cama que anunciaba al fin el silencio, pues así terminaban siempre esas

noches de farra. Son tan repetitivos, los hombres, tan iguales, se dijo doña Clemencia.

Sin embargo la noche anterior —intentó recordar— no le parecía haber oído el ajetreo de la cama. A eso de la una los vallenatos se habían acabado y había oído los pasos de mujer entrar al cuarto. Pero no había oído las botas de Wilson seguir el mismo rumbo, ni las había oído caer, como siempre, por los bordes de la cama. Ambos apartamentos eran simétricos, idénticos. La cocina, la sala, el único baño, el único cuarto. Ella podía seguir paso a paso lo que se hacía arriba. Durante muchos años su hijo y su nuera habían ocupado ese piso, que el doctor Escorcía les había arrendado a un precio módico, pero después habían venido los niños y por cuestiones de espacio, hijo, nuera y nietos se habían mudado. Nunca había entendido cómo el doctor Escorcía le había arrendado el apartamento a un tipo de esa calaña como Wilson. Ahí mismo se veía que era raro, maloso.

Oyó que en la sala había movimientos. Una especie de bulto daba tumbos, como si alguien rodara por el suelo. Oía los pasos agitados de las botas vaqueras que iban y venían. Estuvo un rato frente al closet, como buscando algo, luego volvió a la sala y los movimientos del bulto se reanudaron. Las botas lentas, pesadas, se encaminaron a la puerta. Oyó la puerta abrirse, oyó que bajaban las escaleras y puso su ojo, inmenso, desgranado, tras el ojo de buey. El tal Wilson bajaba con una gran tula de lona en los brazos. Por la forma en que la tula se doblaba doña Clemencia pudo ver que dentro iba un cuerpo humano, quieto, exánime. Abajo, antes de abrir la maleta del carro, el tal Wilson puso la tula en el suelo. Volvió a alzarla con dificultad y la tiró de mala manera en el baúl. Un extremo de la tula no entraba, y el tal Wilson la dobló hacia un lado hasta hacerla pasar por el borde. Doña Clemencia alcanzó a ver una mancha húmeda y oscura en un costado de la tula, como si el bulto siguiera manando todavía algo de sangre.

Antes de montarse al carro Wilson miró hacia arriba y doña Clemencia se retrajo. El hombre revisaba su propia ventana y luego pasó la vista sobre la ventana del 201, la de doña Clemencia. Debió de ver las manchas de sangre pues en su boca se dibujó una mueca entre furiosa y desesperada.

Wilson se subió al carro, dudó un momento y volvió a bajarse. Subió a toda velocidad los escalones del pequeño edificio de tres pisos y se detuvo a la altura del segundo. Doña Clemencia, desde el balcón, espió el movimiento de sus pies bajo la ranura de la puerta. Estuvo allí detenido un rato, como si hubiera pegado la oreja a la madera. Después sonó el timbre. Al momento se oyeron algunos golpes a la puerta. En el balcón tenía doña Clemencia un par de helechos muy grandes. Antes de que la cerradura empezara a ceder a los golpes de hombro de Wilson, doña Clemencia se acurrucó como mejor pudo detrás de los helechos. La puerta se abrió de golpe, desgonzada. Wilson entró e inspeccionó la casa, sin salir al balcón. Doña Clemencia lo oyó subir las escaleras y volver a bajarlas, lo oyó abrir la ventana de la sala, vio su brazo fornido y sin vellos asomado con un trapo ya no tan blanco. Lo oyó enjuagar el trapo en la cocina y volver a la ventana. Oyó otros ruidos indescifrables en la sala y después los pasos que volvían a bajar las escaleras. El tal Wilson llevaba en sus manos la televisión de doña Clemencia. La metió en la maleta del carro, al lado del cadáver, y al fin arrancó.

A doña Clemencia el corazón se le quería salir del pecho, pero supo que se tenía que marchar cuanto antes. Cogió su cartera, un chal, se cambió de zapatos y lo más rápido que pudo bajó hasta la avenida, en busca de un taxi. El taxi paró pero no sabía qué dirección darle. «Coja hacia Belén por la 76, que yo le voy diciendo», fueron las únicas instrucciones que se le ocurrieron. Se hizo llevar a la dirección de su hijo, mientras se le ocurría algo. Al llegar allí, pagó y se sentó en el murito del antejardín. Era inútil tocar, su hijo, su nuera y sus nietos estaban en Gorgona y no volverían hasta la otra semana. Caminó unas cuadras. Se sentó en un café y pidió un vaso de agua intentando calmarse. No tenía a nadie a quien llamar. Desconfiaba de la policía, pero no podía hacer otra cosa que ir a la policía. Paró otro taxi y le pidió que la llevara a la central de policía, en San Ignacio, en el convento que había sido de las madres de la Presentación.

A la entrada vio un carro del mismo color y de la misma marca que el del tal Wilson, pero doña Clemencia pensó que estaba muy nerviosa, que ya estaba exagerando, en Medellín había miles y miles de carros iguales a

esos, un vulgar Renault 21, blanco. Dijo que venía a poner una denuncia y la hicieron sentar en una banca. Al fin la hicieron pasar y una secretaria, frente a una máquina de escribir mecánica, después de aclararle que se decía denunció y no denuncia, empezó a tomarle la declaración. Palabras más, palabras menos, doña Clemencia declaró lo que arriba está escrito. Sólo hubo algo curioso. Cuando doña Clemencia, al final del relato, hizo la precisa descripción física de su vecino y además añadió que se llamaba Wilson, la secretaria tuvo un mal reprimido sobresalto. Pocas palabras después pidió permiso un instante, se levantó de la mesa, y pasó a otra oficina. Doña Clemencia oyó que hablaba en voz baja, precipitadamente, y que un hombre en voz baja también le contestaba.

Al momento volvió la secretaria, muy nerviosa, pero aparentó que seguía tomando la declaración. Al terminar le pidió que la firmara antes de pasarla al comandante. Doña Clemencia estaba firmando las dos copias cuando oyó pasos detrás de ella. Eran unos pasos que ella sería capaz de reconocer entre cientos, de tacones téjanos y cercanos. Giró bruscamente la cabeza y vio con horror que Wilson se acercaba, al lado de un policía en uniforme. Tenía una sonrisa postiza, como añadida por la fuerza a su cara, y el policía uniformado a su lado también estaba tenso.

—Deme el denunció, Margarita, nosotros vamos a ocuparnos del caso.

La secretaria entregó los papeles. Era evidente que no quería seguir ahí, que hubiera preferido no haber oído nada, y salió precipitadamente del cuarto.

—Doña Clemencia, ¡qué coincidencia! Para mí va a ser un gusto poderle ayudar. Aquí el comandante Ferro, acaba de encomendarme el caso. Tal vez usted no sepa, yo trabajo como oficial de inteligencia aquí en la policía. Si usted nos colabora, seguro resolvemos el caso.

El tal Ferro, con la cara de piedra, no abría la boca, no movía ni los ojos ni los labios. Doña Clemencia sentía que las piernas le temblaban. Hubiera querido gritar, pero otra vez el miedo le atenazó la garganta. Si pedía auxilio, ¿no habría en toda la estación de policía alguien que le ayudara? Pensó en el Evangelio, en el único justo que Dios no había hallado.

—Sabe, doña Clemencia, lo más conveniente es que vayamos de inmediato al lugar de los hechos. Así podemos intentar reconstruirlos juntos. Venga conmigo. —El vecino Wilson estaba sudoroso, pero fingía simpatía.

Doña Clemencia no se movía de su silla. Miraba a Ferro con ojos aterrorizados. Ferro abrió la boca.

—Váyase con él, señora. Wilson es uno de nuestros mejores hombres. Es un policía serio, no se preocupe. Puede confiar en que no le va a pasar nada.

Ferro intentó levantarla por el codo, pero doña Clemencia se aferró a la silla como a una última tabla de salvación. Entre los dos la levantaron, de ambos brazos, y la sacaron de la inspección en andas. Doña Clemencia tenía la garganta sellada de terror.

Era curioso. Tanta sevicia con una viejecita. ¿Qué podría haber hecho para que le pegaran veintisiete tiros? El inspector de turno levantó los hombros y dijo que se la llevaran para el anfiteatro. Diez días después, la NN fue reconocida por su propio hijo, que había estado de vacaciones en la isla Gorgona. El vecino de arriba, Wilson, le dio el pésame:

—Eso fue un atraco, hermano, no le busque más que eso se ve que fue un atraco. Ese día yo vine y encontré la puerta abierta. Seguramente los atracadores se la llevaron, así como se llevaron el televisor, parceró, este país está lleno de hijueputas.

Cuando acabé de reconstruir este cuento, hasta pegando, como ya dije, pedacitos de papel (las últimas páginas habían sido rasgadas con furia), el caso de Davanzati me pareció aún más patético. Ante todo, reconozco que, como rescate para la literatura, no valió la pena pegarlo y que Davanzati había hecho como un santo al romperlo. Pero después de tanto esfuerzo, después de esta labor de esclavo que es recomponer varias páginas rotas, no he sido capaz de no copiarlo, y mi disculpa es que así puedo dar un nuevo testimonio de la angustia de mi vecino como escritor de ficciones. A diario cambiaba de género como quien cambia de camisa, en el intento de escribir algo ameno, o algo comprometido con su ciudad, o algo legible. No podía con lo autobiográfico, no podía con lo reflexivo, con lo testimonial, y ahora

ensayaba con lo negro y seudodetectivesco. Él mismo se daba cuenta de que su intento había sido un gran fracaso (en la última hoja había, en marcador rojo, el siguiente comentario: *Este cuento es perfectamente idiota y jamás debió haber sido escrito*). El hombre se daba cuenta; quería escribir bien, hacía hasta lo imposible por escribir bien, y le salían estas ideas torpes, estas mediocres historias sin inspiración. Arriba, justo encima de mí, estaba él, pero jamás podía oír sus pasos afelpados pese a la cojera. Si mucho, de vez en cuando, el ruido de un inodoro que se suelta, de una ducha que se abre, de un bambuco viejo o unas lejanas palabras que se musitan en la mitad de la noche. Estaba arriba y yo hubiera querido coger una botella de ron y subir, conversar con él sobre el oficio, sobre lo que podría hacerse si de veras estaba tan obstinado en publicar otro libro. Le habría dicho, tal vez, que su prosa reflexiva tenía a veces una cándida angustia que me gustaba, que se resignara de una vez por todas a no contar historias, a no inventarse nada, y que ya que era un completo inepto para las tramas imaginarias, que se dedicara más bien a pensar y a hacer la glosa de su propia vida. Pero ¿puedo yo darle consejos a alguien? Yo solamente soy capaz, y eso si el ron no me gana, de escribir mis artículos semanales, mis crónicas más inventadas que vividas, mis entrevistas casi imaginarias con personajes locales. No soy ni siquiera capaz de ser periodista y le voy a enseñar a mi vecino a ser escritor, qué va. Además yo solamente podía contar con su furia si llegaba a revelarle mi secreto de meses, mi robo continuado de papeles durante meses y más meses.

A veces, por las noches, lo oía recitar. Por las noches y también por las calles de Laureles. La primera vez que le noté este aspecto —iba él andando con las manos atrás, despacio, muy despacio, y como masticando palabras entre los labios— pensé que estaba rezando. ¿Qué plegarias se diría este hombre a quien jamás había visto entrar en una iglesia? Pero un día que lo vi sentado en las bancas del parque pude acercarme disimulando por detrás y oí lo que decían sus palabras: «Hermano de las nubes, yo soy, hermano de las nubes, de las errantes nubes, de las ilusas del espacio...». Hay muchos locos en Laureles; hay un señor, por ejemplo, que lleva decenios conversando con los árboles; gesticula, alza la voz y les dice discursos. El caso de Davanzati parecía algo similar, pero ya no con los árboles, sino con

las nubes, aunque eso solamente sería así para quienes no conozcan al poeta León de Greiff. Sí, Davanzati recitaba versos de De Greiff y ya cuando otras veces, muy tarde en la noche, volví a oírlo recitar, siempre reconocí palabras aisladas de este poeta solitario, hosco, a veces casi hermético a fuerza de asonancias, disonancias, cacofonías, eufonías. No que recitara todas las noches ni todos los días. Era como si tuviera la costumbre de decir una plegaria esporádica, nocturna casi siempre, y a mí me daba la impresión de que le servía para calmarse, o para dormirse. Los rezos dan sueño, concilian el sueño, llaman a los duendes que se apoderan de nuestra conciencia y la duermen, y bien sea recitando u orando se consigue el mismo efecto.

Lo que recitaba, de todos modos, no se oía siempre; lo oía solamente en las noches más calurosas cuando se ve que dejaba abierta la puerta del balcón y desde su cuarto se oía su voz recia, aunque no muy ronca, que decía, por ejemplo, «Como yo soy el solitario, como yo soy el taciturno, como yo soy el hosco, el arbitrario, como soy el lucífugo, el nocturno, dejadme solo. Más mudo que Beethoven sordo, más zurdo que Cervantes manco, más seco que no Falstaff gordo. Solitario, adusto, voy único a bordo, espíritu en negro, corazón en blanco...». Hablaba solo este hombre que quería que lo dejaran solo; hablaba solo y también, unas cuantas veces, lo oí cantando, muy bajo, solo, siempre solo, por la calle. Era una especie de bambuco y recuerdo la letra, que me gustó y era algo así como «Tan rojos son tus claveles cual hondas heridas crueles..., que huelen como tú sabes y saben como tú hueles». Ahí se me perdió la voz, que no era nítida y no sé si entonada, aunque para ser franco no lo parecía. Ese mismo bambuco volví a oírlo también otras veces, otra de esas noche calurosas con la ventana del balcón abierta. En cualquier caso nunca pude robarme muchas de sus palabras cantadas o habladas, aunque siempre pude, hasta el final, seguir robándome sus palabras escritas, que en ocasiones parecían también confesiones, casi lamentos (otra vez había cambiado de tono) como puede verse en lo que sigue, que encontré bajo el título de *El ensimismado*:

Vivo solo. O casi, porque los lunes y los jueves viene Cecilia y barre, limpia, lava, plancha... Ahora Cecilia no ha vuelto, y mejor. Antes también

me cocinaba, pero ya no la dejo porque creo que solamente yo soy capaz de acariciar mi estómago sin doblarme de gastritis. Ahora ya ni me plancha ni me limpia, y he aprendido a vivir sin limpiar y sin planchar las camisas. Ahora no viene nadie, ahora vivo solo. Antes (y decir antes puede ser antier o hace veinte años) vivía con mi mujer y mi hija niña; después me enamoré de otra mujer o tal vez otra mujer se enamoró de mí o mi mujer de otro hombre, en fin, lo que siempre pasa, y ella no pudo resistirse o yo no pude resistirme (amor che a null'amato amar perdona) y me fui con ella, como un insensato, hasta que nos cansamos de tan intensa aventura, esa otra mujer y yo. Ahora vivo solo. O casi, porque tengo cinco amigos, muchos libros y un equipo de música viejo en el que oigo a Bach por las mañanas y a veces por las tardes. En el que oía a Bach, en el que lo oía a mañana, tarde y noche. Salgo poco, sólo lo indispensable (mercado, banco, médico), o cuando mis amigos me obligan tiernamente. Tengo cinco amigos, dije, pero uno vive en Italia y otro en Bogotá, así que con ellos no salgo, les escribo. Les escribo poco, ellos no contestan o si contestan es para decir que están furiosos de no tener donde llamarme. Yo no sé por qué la gente ama tanto el teléfono; igual que la televisión; yo detesto el teléfono y la televisión. Los otros tres amigos viven aquí, uno en el centro, Jose, otro en Envigado, Sergio, pero Sergio no me habla, y la otra, Anapaola, vive también en Laureles, como yo, y cerca de mi casa.

Por obvio que suene, a mí me gustan mis amigos. En realidad hay gente que se resigna a sus amigos; los míos yo los quiero. José (así, con el acento en la o, Jose) tiene casi ochenta años y era comunista. Esto no tiene ningún mérito porque antes la mitad de los inteligentes eran comunistas. El mérito de Jose es que sigue siendo comunista después que todos los demás se arrepintieron. Jose también vive solo y para mí es como el padre que yo nunca tuve (al mío le dio un infarto cuando yo tenía tres años). Jose tiene una hermana que a veces lo cuida, y una amiga mucho menor que él, pero él no la deja que duerma en su casa. Almuerzan juntos, se acuestan juntos de tarde en tarde en la casa de ella, pero cada cual vive por su cuenta. Ahora su hermana se ve obligada a pasar con él más tiempo, porque el cuerpo de Jose se está acabando, por no hablar de su alma. Con la amiga

más joven ya tampoco se acuesta, y hay días en que ni siquiera la reconoce. Jose está jodido, más jodido que yo.

Sergio sigue viviendo con su mujer, con la otra mujer que se consiguió después de la primera, la que yo le quité, y esto es ya excepcional y casi milagroso al cabo de quince años de matrimonio. La alianza se mantiene, quizás, porque Sergio ya no se acuesta con su mujer. Ella se acuesta con otros y él se acuesta con otras (sé de ambos aunque ellos no me hablen, sé de ambos porque Anapaola me lo cuenta) y los dos se hacen los de la vista gorda porque tanto él como ella quieren seguir viviendo con los hijos. También Sergio era comunista, pero él es de los que dejaron de serlo. Esto no es una crítica; a mí me gustan los que siguen siendo comunistas y también los que dejaron de ser comunistas. Como yo nunca fui comunista, no tuve que seguir siendo comunista ni dejarlo de ser. Yo no soy nada, yo me adapto como un camaleón y no peleo con nadie. El otro día, por el supermercado, había un señor cojo y yo, sin darme cuenta, también empecé a cojear. Si hablo con un mexicano, se me pega el acento mexicano; si hablo con un español, acabo hablando con zetas y en segunda del plural; si hablo con un gago, yo también empiezo a tartamudear. Call me Zelig. Bueno.

En cuanto a Anapaola, ella, como su nombre doble lo indica, parece dos mujeres: una rubia y una morena; una gorda y una flaca; una bonita y una fea (a veces la fea es Ana, a veces la fea es Paola); una casada y una soltera; una puta y una santa, una rica y una pobre (a veces la pobre es Paola, y antes la pobre era Ana). Lo que me gusta de Anapaola es que cada vez que voy a verla no sé con cuál de ellas me voy a topar. Si me visto de yuppie me recibe una hippie; si me visto de hippie me recibe una modelo. Todos mis planes de camaleón fracasan con Anapaola y por eso ella o ellas me gustan tanto.

No he dicho (¿o sí?) que hace meses clausuré mi teléfono. Ya nadie me puede llamar y yo no llamo porque me parece que nunca me contestan. En cuanto a las urgencias, bueno, pues he resuelto prescindir de las urgencias y resignarme a lo inevitable, si me pasa o les pasa. Inevitable, por ejemplo, es que me odie mi ex esposa; más evitable habría sido que mi hija me odiara, pero mi ex esposa lo quiso así y la quiso convertir en una ex hija

que odia a su ex padre por lo que la madre le ha dicho del ex padre. Y porque quizá me lo merezco, aunque lo mío no fue tan grave, yo no maté a nadie, a nadie. Mi ex esposa se refiere a mí (me lo contó un ex amigo) como «el difunto Bernardo», lo cual cuando lo supe me pareció un progreso pues hace algunos años recuerdo que me llamaba «el hijueputa», o «el mafioso», o «el malparido». Mi segunda ex mujer también me odia (eso me dijo a los gritos la última vez que la vi, «te odio»), pero como no tuve hijos con ella ni tengo con ella ex amigos, entonces no sé cómo se referirá a mí ahora. Estoy seguro, solamente, de que ya no me dice «amor mío» como antes. En fin.

Todo esto no tiene ni pies ni cabeza, así que aquí termino mis memorias. Si no lo hubiera dicho otro, podría decir, con una sonrisa en los labios, que el resto es silencio, sí, literalmente, silencio eterno.

¿Pero es que alguna vez pensó Davanzati que lo suyo podía tener pies y cabeza? Era exasperante: parecía su vida, pero no era su vida. La deformaba apenas, y uno parecía que pudiera reconstruir, juntando los fragmentos de sus historias, su verdadero rostro, pero cuando uno se sentía a punto de apresarlos, se fugaban con un chiste, con una mentira evidente, con un disimulo, con una desviación. Como esos pintores figurativos que desfiguran con manchones. Yo me preguntaba si podían existir de verdad esos amigos. Había en sus escritos, casi siempre, un hombre viejo, más viejo incluso que él, que era sentencioso, de izquierda, comunista. Pero nunca lo vi que visitara a nadie. A veces, es cierto, no volvía a la hora del almuerzo. ¿Se encontraría con alguien a almorzar? A veces cogía el bus que bajaba por la calle 35, en dirección del centro. Tal vez iba al centro a visitar a ese tal amigo. Pero Anapaola, la que se suponía que vivía en Laureles, ésta sí que se me hacía improbable, puro invento. Muchas veces lo seguí, como ya he dicho, y jamás entró a hacerle la visita a nadie, ni hippie ni modelo, ni aliñada ni sobria, ni rubia ni morena, ni rica ni pobre, jamás se encontró y se puso a conversar con nadie. ¿Y cogería alguna vez un bus o un taxi hasta Envigado? Lo dudo, pero puede. Quién quita.

Para salir de dudas (esas dudas que día a día yo hallaba en la basura) intenté identificar por lo menos a alguno de estos amigos que él decía tener en Medellín. El comunista de ochenta años me pareció el mejor candidato

pues yo tenía un tío abuelo que también había sido comunista y a lo mejor me podía ayudar. Por él, después de varios intentos fallidos con ancianos que nada tenían que ver con Davanzati (viejos ex guerrilleros decepcionados de todo, castristas más decrepitos que el muro de Berlín), encontré a Carlos José Sanín, sí, un viejo que en efecto vivía por el centro, en la calle Pichincha, y a quien fui a visitar, como a los demás, sin muchas esperanzas.

Me presenté como lo que a veces soy, periodista, y le dije a la hermana que lo cuidaba (este otro indicio me dio alguna esperanza) que yo estaba haciendo un reportaje sobre el viejo PCC y que me gustaría hablar con su hermano. Ella me dejó pasar, pero antes de presentármelo me dijo que su hermano había perdido casi por completo la memoria (tenía que ser éste, me dije), y que solamente de vez en cuando recuperaba por ratos algún jirón de su antigua lucidez. Ese día, ese primer día que yo me presenté en su casa, estaba completamente perdido en sus cavilaciones silenciosas, o en su cabeza hueca por la arterioesclerosis, y no era el momento de esperarse ninguna respuesta sensata. En todo caso me lo presentó y él preguntaba cada dos minutos, mirando a su hermana: «¿Quién es este joven y qué hace aquí?». Ella le repetía que yo era periodista y que estaba haciendo un reportaje sobre el Partido. «¿Qué Partido?», preguntaba él una y otra vez, y una y otra vez ella le respondía: «Pues cuál va a ser, el comunista», a lo cual él lanzaba un largo «ahhh» y volvía a sumirse en el silencio, para volver a preguntar al rato: «¿Quién es este joven y qué lo trae por aquí?».

Volví otras dos veces con un resultado parecido, hasta que una tarde lo encontré particularmente lúcido y hablador. Me dijo que él en realidad nunca había sido miembro activo del Partido. «Yo soy marxista, filosóficamente marxista, pero siempre odié los partidos, hasta el comunista.» Luego se burló un poco de los comunistas con carnet, que le parecían como feligreses de una iglesia atea, y me estuvo dando los nombres de viejos militantes, con quienes, me decía, yo debería hablar para mi reportaje, aunque seguramente ya estarían muertos pues eran aún más viejos que él, y se reía de que alguien pudiera ser más viejo que él: «Es casi imposible, prácticamente imposible, y sin embargo pasa». Decía que el partido comunista colombiano era un partido tan serio, tan serio, que por

eso nunca había hecho la revolución. En un momento de la conversación yo le pregunté si acaso Bernardo Davanzati había formado parte también del Partido. «¿Bernardo? —me contestó sin pestañear— cómo iba a ser Bernardo del Partido, si ha sido el tipo más individualista de la Tierra y un redomado burgués, además.» Entonces le pregunté si conocía personalmente a Davanzati. «Es uno de los pocos amigos que me quedan», dijo, y yo le propuse que me hablara de él. Lo hice con toda la ingenuidad y desinterés que pude fingir, pero por dentro me empezaron esas palpitaciones que me dan cuando estoy a punto de conseguir algo muy importante para mí sin que los demás se den cuenta.

—Bueno, mire, Davanzati, hace como treinta años iba para escritor y hasta publicó un libro, una novela, ¿cómo se llamaba? Algo con un farsante, no recuerdo, las *Confesiones de un farsante* o algo así. La novela no era gran cosa, pero tampoco era mala, yo la leí con gusto, pero declaré que no me gustaba. Sí, fue una maldad por mi parte, pero yo todavía no conocía personalmente a Davanzati. Bueno, mi rechazo fue por motivos políticos, sí, la política es muy mala consejera en asuntos literarios; por eso yo mismo escribí en un periódico que la novela no me había gustado; la traté muy mal. No me parecía una novela comprometida con nuestra realidad; me parecía una novela burguesa, de evasión, y se le iba la mano con lo erótico, con la suciedad, tenía cierta fijación con los excrementos que a mí me parecía y me parece execrable. Todavía Davanzati y yo no éramos amigos, ni siquiera nos conocíamos, como le digo, pero sé que después de esa novela él tuvo un grave problema, o dos problemas, mejor dicho. Primero se separó de su mujer, una mujer bellísima, Dorotea o Débora creo que se llamaba, un nombre así, como raro, fuerte, sí, esa mujer era fuerte como su nombre y un día lo dejó. Cogió a la niña que tenían y lo dejó porque Davanzati no hacía más que escribir y ya ni les daba la plata para el mercado, sí, eso es. Entonces él sufrió lo indecible. No, él no me habló nunca de esto, pero yo lo supe por otras personas. Entonces sucedió la segunda desgracia. Davanzati resolvió llevar a Estados Unidos paquetes con cocaína, kilos escondidos en el forro de la maleta, y parece que consiguió hacer varios viajes exitosos. Pero, como siempre, la ambición rompe el saco y una vez, al entrar a Los Ángeles o a San Francisco lo cogieron. Estuvo años en una

cárcel de California, hasta que lo soltaron. Él lo hizo por dinero, es decir, por dinero en dos sentidos, por plata para poder reconquistar a su mujer, para que ésta volviera, y también para poder escribir en paz sin tener que trabajar en otra cosa, porque él trabajaba también en un banco, en un buen cargo, creo, hasta que lo dejó para escribir su primer libro. Eso le dañó el matrimonio, haber dejado el banco y haber fracasado con el libro, porque el libro en últimas fue un completo fracaso. Y el matrimonio roto le rompió la moral. Se quedó sin el pan y sin el queso. La esposa nunca más quiso saber de él; mientras estuvo en la cárcel le quitaron hasta las visitas a la niña y esa mujer dura de nombre más duro, se ganó la custodia de la niña y se volvió a casar, con un músico, según entiendo, y cuando Bernardo volvió de la cárcel, bueno, ya su vida estaba rota por completo: había perdido la esposa, la hija, el nombre y hasta el don de la escritura, al que había sacrificado todo lo demás. Ni escritura, ni esposa, ni nada. Eso él no lo dice. Yo lo conocí bien cuando volvió de la cárcel porque lo empleé (sólo los comunistas somos capaces de darles oficio a los ex presidiarios, y también a los mafiosos, porque la droga es un problema del consumo de los imperialistas, y no es culpa de los países productores, ¿sabe?, si no fuera porque matan a veces, yo estaría de acuerdo con los mafiosos, que metan toda la droga que les quepa a los gringos, a ver si dejan de joder). Lo empleé como corrector de pruebas en una revista de izquierda que hicimos a finales de los setenta, *Todavía*, se llamaba, a lo mejor usted la haya visto, una revista de verdad comunista, sin versos, sin un solo verso, queríamos la revolución por cualquier vía, por todas, pero después vino la represión de Turbay, el Estatuto de Seguridad, todo eso, yo hasta pasé una temporada en el infierno, en la Ladera, quiero decir, y un teniente me acarició los testículos, pero en fin, al menos no me los desapareció, y tampoco me desaparecieron a mí, y la revista tuvo que cerrar. Davanzati no compartía lo que allí publicábamos, pero era un buen corrector, no se le pasaba ni una tilde ni una coma, era maniático con el *que* galicado, con los gerundios, con los anglicismos, todo eso, y ahí nos hicimos amigos. Pero no, qué le estoy diciendo, Davanzati no trabajaba en *Todavía*, esa revista se acabó por los años cincuenta, durante el gobierno de Laureano; después hicimos otra que se llamaba... ahora no me acuerdo, era un nombre en latín que nunca me

gustó. Él, creo yo, en realidad, no tenía por qué trabajar; con los primeros viajes que había hecho se había hecho rico, o riquito, por lo menos, pero por un tiempo necesitaba un oficio sano, me imagino, mientras limpiaba algo el nombre, con el olvido, y mientras lavaba sus dólares, me imagino. A veces viene a verme todavía, nos hacemos visitas silenciosas, ni una palabra fuera del saludo, y me mira con lástima, pero yo lo miro todavía con más lástima: es un hombre roto, derrotado, que no fue capaz ni de escribir ni de recuperar a la mujer que amó. Un desastre no sé si de la personalidad o de la suerte. Uno puede ser víctima de su propio carácter, sabe...

Entonces le pregunté si él por casualidad no tenía el segundo libro de Davanzati, el *Adiós a la juventud*. Entonces el viejo Jose se echó a reír.

—¿Adiós a la juventud? ¿Adiós a la juventud?, ésa sí es buena, si la juventud se nos fue hace tiempos a Davanzati y a mí y todavía más a mí que a Davanzati. La juventud no dura nada, es un relámpago, y cuando nos damos cuenta ya estamos en las vísperas del entierro, sin oídos, sin ojos, sin piernas, sin cabeza, yo me estoy quedando sin cabeza, Davanzati ya se quedó sin..., me parece que está medio ciego Bernardo, pobre, se está quedando ciego, el otro día me dijo que oía ruidos raros, permanentes, ruidos dentro del cráneo que lo perseguían de noche y de día, ruidos perpetuos, decía, voces...

El viejo Carlos José Sanín se calló y cuando volvió a abrir la boca ya estaba otra vez perdido en nebulosas. Nunca nadie me había dicho tanto sobre la vida de Davanzati, pero luego, por muchas veces que volví a verlo, no pude sacarle en claro nada más. Había sido una breve explosión de lucidez aunque con baches de memoria, sin duda, y con informes de segunda mano, en todo caso, que para mí era difícil verificar, pero que en parte coincidían con momentos de la ficción que había recogido.

Durante días estuve dudando si sincerarme de una vez por todas con Davanzati. Subir a su piso, tocar a su puerta, presentarme, decirle lo que venía haciendo, confesarle que estaba recogiendo sus desechos desde hacía meses y preguntarle directamente todas mis inquietudes sobre él, sobre su vida, sobre su trabajo secreto, silencioso y casi clandestino. Pero yo sabía que iba a toparme con una pared de rabia, con un muro de desconfianza, con un rechazo completo. Me imaginaba su furor, me imaginaba que me

exigía que le devolviera los papeles; pensé en que tal vez me podía demandar y en que seguramente no me diría nada sobre sus asuntos privados, su esposa, su hija, el tráfico de cocaína, su estadía en la cárcel de California. Era imposible dirigirse a una persona tan hosca, tan privada, tan solitaria. Así que seguí en mi mugroso oficio, recogiendo sus hojas y reconstruyendo por indicios lo poco que sabía sobre su vida pasada y sobre su presente.

Volví a interesarme, entonces, en sus papeles, sólo en sus papeles, que era lo único seguro que tenía de él. Por ese mismo tiempo le dio por escribir de él en tercera persona, como si un pudor repentino lo hubiera apresado, como si de repente le hubiera dado vergüenza del pronombre yo, y se hubiera puesto la máscara de un él que no podía ser otro que él. Eran reflexiones muy íntimas y quizás con la tercera persona lograba la distancia necesaria para no sentirse en un impúdico confesionario. Alguien me ha dicho que un escritor austríaco usaba el mismo truco para hablar de sí mismo. Hubo muchos papeles con este truco y no pienso que valga la pena copiarlos todos; voy a copiarles algunos. Este primero es el que, por lo espejeante, me parece que indica mejor el juego especular de sus especulaciones.

Narciso in Paradiso (et in Inferno ego)

Se miraba en el espejo. ¿Lo verían los demás como él mismo se veía? Una vez le habían hecho una entrevista por televisión y al verla, días después, su primera reacción fue pensar: Ése no soy yo; yo no sonrío tanto ni tengo tanta cara de tonto, ni mi voz es así. Puede que así la oigan los demás, puede que así me vean los demás, pero yo me veo y me oigo de otra manera. Tampoco era, pensó, ese que se veía, a contraluz, a través de lo que escribía. Él no era lo que él escribía. Él era mucho más aquello que habían sido los escritores que le gustaban, mucho más eso, lo leído, que cuanto había escrito él mismo, pues nunca había podido escribir como los escritores que le gustaban. Los escritores que le gustaban, le gustaban infinitamente más que él mismo, a quien consideraba apenas un escritor mediocre, sufrido pero incapaz, meritorio por el esfuerzo, pero mediocre a pesar de lo esforzado. Escribía como los escritores que no le gustaban. Esa

era otra de sus desgracias. Él no era como se veía, la voz que oían no era la voz que él quería tener, lo que él escribía no era él ni era tampoco lo que él quería escribir. Estaba incomunicado con el mundo, como esos catalépticos que gritan y nadie los oye, se mueven pero nadie lo nota, oyen pero todos creen que no oyen, ven sin que los vean viendo, y los entierran vivos creyéndolos muertos. Él, tal como era, estaba muerto para los demás pues los demás veían otra cosa. Y muerto para sí mismo pues no podía ser como quería ser. Si por lo menos fuera capaz de dejar de escribir y de mirarse al espejo, al menos así olvidaría ese rostro que no era el suyo y esa escritura que parecía de otro de tan mala que era. Lo que escribía era tan malo, era tan distinto a lo que él quería que fuera, que prefería pensar que fuera de otro: él mismo era su crítico más agrio y su peor enemigo. Si le decían algo malo, terrible, ofensivo, pésimo, insultante, de sí mismo o de cuanto había escrito, ni lo sorprendían ni lo ofendían porque no le decían nada nuevo. Se odiaba, odiaba todo cuanto escribía, pero no podía dejar de escribir; le repugnaba su escritura como su propia mierda, era igual de maloliente, de inútil, de despreciable. Le avergonzaba que alguien llegara siquiera a ver (mucho menos a oler o a leer) sus desperdicios. Pero como no podía dejar de cagar sus palabras, soñaba con inventar un bolígrafo cuya tinta se fuera borrando a medida que escribía, pocos segundos después, una vez pasada la página. Una escritura escrita no con tinta indeleble, sino todo lo contrario, con una tinta tan deleble que se desleía al mismo tiempo que se delineaba.

Hasta ahí llegaba esta especie de desesperada despersonalización. Pero hubo otras, como les digo, y una tan grave que consistía casi en la realización de su último delirio: durante varios días recogí papeles con huellas de escritura, con esas pequeñas huellas, arrugas, rayas, curvas y volutas rítmicas que deja la presión de la punta del bolígrafo sobre el papel, pero evidentemente había usado una pluma sin tinta o un bolígrafo con la tinta seca, y por mucho que miré a contraluz por intentar descifrar las palabras, nunca pude entender nada, salvo uno que otro artículo extraviado, una tilde perdida, la cruz de una te, la vasija de una u, y una constelación de puntos sobre las íes que nada puntualizaban. Aquí en mi arrume guardo esas

hojas con trazos de escritura invisible. Pensé entonces que mi cacería había llegado a su más lógico desenlace, al silencio, al ruido muerto, a la muerte del ruido, sin palabras, pero por suerte una tarde pareció cansarse de su escritura en blanco y volvió a las confesiones. La confesión siguiente, si es que era confesión, venía otra vez en tercera persona, que era su manera de ser más personal, aunque esta vez no entendí tanto que viniera en tercera persona, porque no me parece que fuera tan íntima, ¿o sí? Uno no sabe bien cuál es esa parte de uno mismo que mejor lo revela, que más lo desnuda y lo muestra.

Nunca dormía tan profundo como para tener sueños, y mucho menos pesadillas. Dormía como duermen los perros, como un celador celoso de su oficio, atento a despertarse ante el menor zumbido, ante una brisa leve que apenas levantara la gasa de las cortinas. Dormía, como se dice, con un ojo abierto, como duermen los serenos si se duermen, aunque cerrara los dos; su sueño era tan frágil que ni siquiera podría decirse que los ruidos lo sobresaltaran, no había sobresalto, simplemente abría los ojos y ya estaba otra vez de vuelta a la vigilia sin haberse sumergido nada hondo en el sueño. No, no era el ruido lo que lo despertaba, lo despertaban los ruidos que no oía, los ruidos que temía no haber oído. Dormía como duermen los que no pueden dormir en el avión y cierran los ojos para intentar obligarse a dormir y no se duermen, pero fingen a todos e inclusive a sí mismos que están dormidos. Dormía como duermen quienes no están acostumbrados a hacer siesta y por azar se acuestan un día después del almuerzo y sólo cierran los ojos para dormir sin dormir, revolcándose incómodos sobre el colchón, como en una cama ajena. Dormía como duermen los conductores somnolientos que van por una carretera llena de curvas y de precipicios y saben que no se pueden dormir porque se matan. Dormía, ni siquiera puede decirse que dormía, estiraba las piernas, más bien, se echaba sobre el jergón, apoyaba la espalda, distendía la nuca, cerraba los ojos, pero nunca acababa de deshacerse de la odiosa rumia de la vigilia o de las ineludibles asociaciones de la distracción. Sabía lo que era el sueño y los sueños y los ensueños y hasta los entresueños y los subsueños y las pesadillas, pero lo sabía por el recuerdo de cuando era muy joven, casi niño, o por haber

presenciado el sueño de sus amigos, de sus mujeres (tú por tu sueño y por el mar las naves), de su hija, no hay nada más bonito que el sueño de una niña, y él despierto, vigilante, atento, no pudiendo dormir mientras ella durmiera pues de él dependía que nada le pasara. Ese sueño en el que todos se hundían, ese sueño en el que parecían tan indefensos que uno podría acercarse y matarlos casi sin que se dieran cuenta y pasaran de repente del sueño al Sueño, como escribió alguien. Tal vez era eso. Le tenía pavor a que la muerte lo cogiera dormido; quería verle la cara a la muerte, mirarla de frente y volver a ser piedra consciente del instante en que se hacía piedra.

Sí, era curioso, hablaba de él en tercera persona y cuando quería hablar de otra cosa, de algo ajeno a él, de una historia que no pertenecía ni de cerca a su experiencia, entonces decía yo. Era un mentiroso, decía yo para decir él y decía él cuando quería decir yo. Usaba máscaras para que no lo descubrieran, y se ponía otras máscaras encima de sus máscaras, enmascarando más lo ya maquillado. Pero no era tan simple. Tampoco en ese juego de disfraces era siempre tan evidente; a veces decía yo y era de veras yo, y a veces las terceras personas eran de verdad otras. Un yo mentiroso, por ejemplo, lo descubrí con certeza en la siguiente historia. Cuando la encontré, la desarrugué, la leí, resolví también ponerme a averiguar si había existido una tía de Davanzati, si existía de verdad ese apellido en alguna parte de esta ciudad, de dónde en últimas venía, quiénes habían sido sus padres, tíos, hermanos, parientes. Ah, en ese momento creí descubrir (ya no estoy tan seguro) que todo era una farsa, empezando por su nombre. No, no se llamaba así, Davanzati no se llamaba Davanzati, Bernardo Davanzati no existía en ningún registro de la ciudad: ni anagráfico ni de notarías ni de registro civil ni de catastro; sólo existía en la Biblioteca, en una ficha y en la cubierta de un libro, y en una serie de reseñas publicadas, y quizá en los registros de los bancos, pero su nombre tenía que ser otro. ¿Cuál de verdad? Nunca lo supe bien. Después de mi pesquisa bibliográfica, que hice al principio de mis hallazgos, emprendí una búsqueda anagráfica, como digo. Y les pregunté a innumerables personas. Alguien me dijo, aunque no confío del todo en su testimonio ni lo cito (era

un hablador), que creía recordar que en realidad Davanzati se llamaba Marco Tulio Jaramillo, pero que desde 1958 o algo así había dejado de usar su nombre, o se lo había cambiado oficialmente, legalmente. Pero tampoco pude hallar ningún Marco Tulio Jaramillo que correspondiera a él por ningún dato cierto. Y menos había un Bernardo Davanzati, su nombre ficticio, o *nom de plume*, como dicen los siúticos, o como se diga, ese nombre que sólo figuraba al frente de libros, artículos, reseñas, una única (y mala) noticia de periódico, unos sobres bancarios, nada más. Quizá su nombre real era aún peor que Marco Tulio Jaramillo, un nombre tan horrendo que Davanzati logró borrarlo de la faz de la Tierra; un nombre de esos que aseguran el fracaso literario, digamos un Héctor o un Víctor o un Nacianceno, un Olegario, pongamos, o un apellido Malo o Caretigre o algo así, nombres que traen mala suerte porque cuando los dices nadie te los entiende y si te los llegan a entender, peor, porque entonces dan risa; nombres de esos horrendos que se usan en Antioquia: Jhon (así, con la hache antes), Leidi, William (pronuncíese güilian), Báiron, Deisi, Nansi. Esto lo han entendido muchos escritores locales que prefirieron cambiárselo antes que someterse al peso de un mal nombre llevado una vida entera. Hay nombres de mal agüero. Puedo hacerles una lista de los que me acuerdo, empezando por Porfirio Barba-Jacob, que no hubiera llegado ni a la esquina como Miguel Ángel Osorio (aquí nos gustan los nombres griegos, romanos, itálicos, sajones, somos terribles). ¿Y qué les parece Nina S. de Friedman que en la vida real se llamaba Saturnina Sánchez? Con ese nombre jamás habría publicado un libro ni la hubieran invitado a ningún congreso de antropólogos (y eso que ellos son los adalides de «la diferencia»), porque lo que aquí nos encanta son los nombres extraños, y cuanto más angloparlantes o judíos o sajones suenen, mejor. Mario Rivero se llamaba Mario Cataño, Dasso Saldívar, Darío Sepúlveda y Carlos Frambuesa, que terminó apocopando su apellido en Framb, el último, el más joven (hasta antier), en su partida de bautismo aparecía como Carlos Mario Henao. Sí, a los poetas les toca cambiarse el nombre, porque díganme si alguien hubiera leído el *Cántico espiritual* si hubiera salido firmado por un tal Juan Yepes. Les toca cambiarse el nombre, o dejárselo y adaptarse a él, como ese muchacho, un poeta recientísimo de estas tierras, que aunque no me lo

crean, aunque su nombre parezca más seudónimo que los seudónimos de todos éstos y que el de cualquiera, se llama de verdad y en el anágrafe Juan Tenorio Galán Casanova (dos nombres los primeros, más el apellido del padre y de la madre) y tiene un primo que lo apoda Bradomín. Pues sí, Bernardo Davanzati tampoco se llamaba Bernardo Davanzati, al parecer, pero cuando empezó a publicar reseñas y artículos y más tarde, con sus libros, pasó a firmarse siempre Bernardo Davanzati, y así mismo figuraba en los directorios telefónicos de los años ochentas, al frente de un número que una vez marqué y que ya no existe. Ahora, de dónde diablos había sacado él semejante nombre, tan rebuscado para estas tierras, eso sí que no sé decirlo. Su apellido no figura ni en la Enciclopedia Británica ni en la Encarta, así que a lo mejor es inventado, por italiano que suene. Pero como tampoco con seguridad he podido averiguar su verdadero nombre, su nombre verdadero tendrá que ser ese, y con él se morirá, acabando, como decía el caballero Sterne, pareciéndose a su propio sonido, al significado del ruido que siempre lo terminó acompañando y que fue la causa de su mediocridad, de su nobleza, de sus grandes empresas, de su valor o cobardía, de su fatal desastre. Porque uno tal vez se llame más como se quiera llamar que como los documentos oficiales lo llamen. Qué sé yo, yo que ni siquiera quiero revelar mi nombre en este libro, por un cierto pudor, el mismo que me impide, qué sé yo, enseñarles mis cicatrices peores o mis partes pudendas, qué sé yo.

Pero todo esto lo investigué, decía, solamente porque un día en la basura me topé con que Davanzati dizque contaba la historia de una tía suya, una tal Luisa Davanzati. Por buscar a esta Luisa me encontré con el chisme (que no acabo de creer) de este Marco Tulio, no Cicerón, sino Jaramillo. Por esta hipótesis traté de averiguar si había o había habido alguna Luisa Jaramillo hermana del papá de Davanzati (padre que jamás pude tampoco identificar), pero nada, por ningún lado. El diablo sabrá a quién se refería Bernardo Davanzati en lo que sigue y el diablo sabrá cómo se habrá llamado en la pila bautismal Bernardo Davanzati:

La fea

Voy a contar, muy brevemente, la historia de mi tía, Luisa Davanzati. Luisa era feísima. Tanto que su padre, mi abuelo, cuando ella salía para la iglesia, le decía: «Cúbrete bien la cara, hija, con el velo, para que no ofendas a los demás con tu feúra». Luisa Davanzati nunca tuvo pretendientes y mucho menos novios, pero estableció por carta un romance con un soldado de la Guerra Civil española, mallorquín del bando oscuro, falangista. El noviazgo epistolar duró varios años y a pesar de que ella le envió una foto de perfil que apenas si ocultaba su falta de encantos (quizá los acentuaba), el español (bastante mayor que ella) quiso venir a Medellín, para conocerla. Se conocieron. Mi tía recuerda el miedo que tenía, las ganas de esconderse, de cubrirse la cara con un velo, antes de verlo, antes de que la viera. Rezó un Ave María y fue capaz de enfrentarlo con la cara descubierta, como frente al Señor, que todo lo ve. Él la miró despacio, a los ojos, paseó la mirada por la nariz y el mentón; no bajó mucho más, para no parecer impertinente, y luego se sonrió. Nunca dijo estar decepcionado, y al poco tiempo resolvieron casarse. Tuvieron un matrimonio muy feliz, lleno de hijos, y vivieron en perfecta armonía, como dicen los libros piadosos y las malas novelas, más de cincuenta años. Él le decía a ella «mi hermosura», «mi preciosa», «belleza», y no lo decía en burla, de verdad lo pensaba. Siempre la llamó así, con esos adjetivos, y cada año, para el aniversario de matrimonio, se ponían sus respectivos trajes de bodas, que ya no les cabían en el cuerpo, pero que ella se ataba por detrás con ganchos de pañal. Al fin él se enfermó y en los últimos días, agonizante, perdió por una semana larga la cabeza. Y en esa semana de delirio les rogaba a sus hijos, señalando a Luisa y con su acento peninsular recuperado: «Hijos, os lo ruego, por favor ¡sacadme a esta horrenda vieja de la habitación, o al menos cubridle el rostro con algo!». Ella acabó entrando a su cuarto como entraba a la iglesia en su juventud, con un velo cubriéndole la cara. Mi tía, Luisa Davanzati, murió hace un par de años. Miré su rostro por última vez, por la ventana del ataúd. La miré largo rato. No era una cara hermosa; tenía algo mejor, era una cara buena, era una cara amable, era la cara amada por el mallorquín, la cara que lo había curado de su pardo odio guerrero, la cara que los sobrinos habíamos querido, la cara de mi tía, Luisa Davanzati.

Algo tenía Davanzati con las mutilaciones: cojos, tuertos, bizcos, gagos, mochos, viejos, feos. Debía todo remontarse a su cojera, digo yo, aunque ésta es una conjetura demasiado obvia. Una vez, en una de sus hojas dispersas, después de hablar del Manco de Lepanto, firmó el papel con el seudónimo de El Cojo de Jericó. Jericó, un pueblo montañoso del suroeste (en Antioquia los nombres de los pueblos son como los de las personas, magníficos, altisonantes, clásicos o locales: Támesis, Bolombolo, Titiribí, Amalfi), y por este dato estuve buscando Davanzatis y Jaramillos en Jericó; de los primeros no había, qué iba a haber Davanzatis en Jericó, y los segundos no podían corresponder a su familia, por lo que tal vez también esta pista de los tales Jaramillos sea falsa. El caso es que siempre tenía muy presente estas mutilaciones. Y hasta un día me encontré, en mi basurero de todos los días, una especie de antología de poemas de Quevedo, todos relativos a personas, sobre todo a mujeres, con alguna deformidad en su cuerpo. Venía toda una serie de sonetos, entre los que estaban: «A una dama tuerta y muy hermosa»; «A una mujer puntiaguda, con enaguas»; «A una fea»; «A una vieja desdentada»; «A un calvo que no quiere encabellarse»; «A un viejo teñido»; «A una mujer afeitada»; «A una vieja vuelta niña»; «Pecosa y hoyosa y rubia»; «A una mujer flaca»; «A una dama hermosa, rota y remendada». Precisamente con esta obsesión suya, y de Quevedo, de despedazar los cuerpos (y aquí podrían hacer delicias los psicoanalistas), tenían que ver otras páginas que encontré, poco tiempo antes de que, un día, ante la falta de papeles en la basura, creyera que Davanzati había muerto. Pero, antes de pasar a esto, les tengo que copiar sus fragmentos más desmembrados escritos sobre el desmembramiento, las páginas siguientes, esta descabellada historia que, si no estoy mal, son un delirio sin sentido, con algunas partes risueñas y, sobre todo, como siempre, con un final en punta, o con un final mocho, mutilado, trunco, tuerto y retorcido, mejor dicho:

La Virgen manca

1

Para los quirománticos era oscuro el porvenir de esta mujer pues la pobre había perdido su mano izquierda en una taberna, es decir en la más

baja ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes o esperan ver los venideros. Eso por el lado de los quirománticos; pero a los demás expertos en pronósticos también les quedaba difícil anunciarle lo que la fortuna le depararía, salvo quizás algunas exclusiones como esa, maligna, de que jamás llegaría a ser pianista, a no ser de uno de esos raros conciertos para una sola mano diseñados ad hoc por Strauss y por Ravel para uno de los Wittgenstein, Paul, el manco, hermano del filósofo.

Esta mujer, en todo caso, a los treinta y cuatro años, harta de que los hombres retrocedieran siempre ante la vista de su mano trunca, decidió hacer un hijo como la Virgen María. Su ángel de la anunciación fue una revista de medicina que hablaba de inseminación artificial. Delgada jeringuilla fue su Espíritu Santo, immaculado médico batiblanco su silencioso y célibe San José. Luego, con un parto cesáreo, quedaba asegurada la integridad del himen y resuelto el misterio de la virgen-madre.

Si nacía un varón no pensaba llamarlo Jesús; tuvo una hija y le puso por nombre Cecilia, no porque fuera cegata, sino porque así se llamaba su abuelita. Se dedicó a criarla, pero la soledad y las dificultades la llevaron a acercarse a una secta religiosa norteamericana cuyo nombre no logro recordar: de esos que van por ahí muy bien vestidos, de camisa blanca, peinados con gomina, escarapela con sus señas pegada del ojal, como si fueran niños en peligro de perderse. Ah, sí, ahora recuerdo que se llaman a sí mismos mormones, aunque no puedo jurarlo. Su profeta se llamaba Youngy era polígamo, llegó a tener diecisiete mujeres y cincuenta y seis hijos, pero sus herederos llegados a Colombia ya estaban hartos de poligamia y, más aún, sedientos de poliandria. Nuestra manca hospedó a cuatro varones mormones de éstos en su casa, y al cabo de pocas semanas la solterona, virgen y madre tenía un par de pares de maridos. No se sabe con cuál o cuáles de ellos, pero sí se sabe que al cabo de pocos días perdió la integridad de esa membrana con tantas precauciones preservada hasta entonces. No sólo perdió eso, porque además requeteperdió el uso de su tiempo pues ser ama de casa para seis, con una mano sola, es un milagro de sometimiento. «Mis ángeles custodios y mi hijita concebida sin pecado

se lo merecen todo», solía decirse en los momentos en que el cansancio iba cogiendo las semblanzas de la pesadumbre.

2

En una iglesia de Italia hay un cuadro al que le dicen «de la Virgen manca». No se debe pensar que el piadoso pintor cometiera de gusto tal blasfemia filológica (si bien no falta quien razone así: no hay en el Nuevo Testamento alusiones a la mano izquierda de María, ergo, a la Madre de Dios podía bien haberle faltado dicho extremo). La explicación, es, como siempre, más simple. Alguna vez, por ausencia de limosnas, decidieron poner el cuadro, poco llamativo, poco milagroso, sin siquiera un devoto, con la ranura de su alcancía más virgen que la Virgen de la imagen y que todas las vírgenes, en un marco más digno para ver si de pronto así... Una promoción, una campaña de imagen, una iniciativa de marketing, dirían hoy los paganos.

Pero el marco, primoroso, mandado a hacer al mejor carpintero del Piamonte le quedó pequeño a la pintura, ya que le sobraba un pedazo al lado izquierdo, donde estaba el niño jugando con unos cien angelitos voladores, o bien un pedazo a la derecha, en el que María apretaba con delicada ternera un gorrión entre los dedos de la mano izquierda. Los canónigos de aquella célebre iglesia decidieron cortar el lienzo por el lado izquierdo después de una reunión en la que uno de los padres encandiló a los demás con una frase tajante que zanjó la discusión: «Más valen los angelitos volando que el pájaro en la mano». Ahora el marco pasa por encima de la muñeca de la Virgen y todos los mutilados de Italia (mancos, emasculados, orejimochos, de piernas nonas, siete dedos, etc.) hacen peregrinaciones al sitio para pedirle a esta imagen que les retoñe la parte. Lo grave es que parece que ha habido casos de regeneración de miembros, aunque el dicho diga que a ojo sacado no vale Santa Lucía. No valdrá Santa Lucía, pero sí la Virgen manca. Ah, todo el mundo es igual. Eso es como el caso del doctor Cortés, el dermatólogo más famoso de Medellín, que es un doctor afable, sabio, sobrio y perfectamente calvo. Lo curioso es que él mismo cuenta que muchos de sus clientes alopécicos o en vísperas de serlo le consultan, confiados, impertérritos, lo siguiente: «Doctor, ¿qué hay bueno para la caída del cabello?». Candorosos humanos.

En fin, volvamos a la Virgen manca. No se crea que la parte mutilada del cuadro desapareció del todo. Parece que la reliquia (por todos conocida como el pájaro en mano) está en un convento de monjas de clausura, amorosamente conservada en un frasco con formol puesto debajo del catre en la celda de la madre superiora. Nadie sabe por qué pusieron el pedazo de tela en un frasco con formol pero, en opinión del profesor Perbenino, catedrático de Retórica Pictórica Sacra de la Universidad de Bolonia, la extraña solución pudo haber sido obra de una mística del siglo XVII que confundía las metáforas con la verdad y llamaba cajas de dientes a los collares de perlas, tupida cabellera a las minas de oro, labios de doncella a las barreras coralinas, y así. Perbenino excluye, en todo caso, basándose para ello en documentos de la época, que pueda existir alguna relación, ni siquiera sinecdótica, entre el pájaro como tal y otros objetos naturales. Léase al respecto su artículo titulado «La mudez simbólica del pájaro», en el que sostiene que el pájaro es pájaro y tan sólo pájaro, en encendida polémica con el profesor Feticcini, catedrático de Estructuras Psicopictóricas Postrenacentistas, quien sostenía lo contrario en un célebre artículo cuyo título no podemos reproducir aquí sin temor a ser censurados.

A veces, me parece, Davanzati era víctima de su buen humor. O de su mal humor. Un día se levantaba pesado, o livianito, y así le iban saliendo los papeles, luminosos u oscuros. Su alma se veía, transparente, en todo lo que escribía, y cualquiera podría saber, a partir de sus papeles, de qué humor se encontraba en el momento de garabatearlos. Tenía jornadas de una despreocupada y superficial beatitud, en las que todas sus palabras le salían como untadas de miel; otros días le salían de hiel. Y algo peor: cuando su alma se volvía helada, odiaba las palabras que había escrito con el alma encendida, y viceversa, y entonces su temperamento A se dedicaba a destruir lo que había escrito su temperamento B, y su temperamento B leía con odio y terror todo lo hecho por su A. No sabía dominar sus humores y en sus días amenos se dejaba llevar por una serie de chistes insulsos, ensartados en serie, como un collar de brisas, y también se dejaba poseer por una caída progresiva en frases cada vez más oscuras y depresivas cuando era dominado por la angustia.

Angustia, esto fue lo que volvió a aferrar a Davanzati cuando quiso reanudar el cuento de la Virgen manca. Cuanto copio a continuación lo encontré completamente tachado con enormes equis que cubrían las hojas de arriba abajo, y por los márgenes de las páginas venía un sartal de insultos contra su escritura, contra la historia, contra el cuento, contra la mismísima virgen y también contra sí mismo. En el original tachado pueden leerse cosas como: *Esto es pura mierda, Esta es legítima y absoluta bazofia, Eres y serás siempre un escritor de mamarrachos, Nunca se había escrito porquería igual, No hay idiotez más maloliente que estas idioteces, ¿Cómo te atreves siquiera a pensar que esto merece ser escrito? Dónde demonios está la cabeza del imbécil que se imagina semejantes bobadas, Güevón que escribe güevonadas, ¿Por qué te obstinas en acariciar tus errores, en defenderte, en defenderlos, si son pura mierda, pura mierda, pura mierda?* Pocos de sus escritos había detestado tanto Davanzati como éste de la virgen manca. Y yo había pensado en respetar esta vez la voluntad de Davanzati (sepultar sus papeles en el basurero del olvido) y no transcribir su escritura tachada, malograda, lo que él mismo consideraba más malo, pésimo entre sus maldades. Al fin y al cabo estoy de acuerdo con él y considero que los episodios sucesivos de esta historia de la virgen manca son pésima literatura, piruetas verbales con un episodio deleznable, pero he pensado también que quizás algunos de ustedes quieran ver cómo se forma la angustia, el desdén, el odio por sí mismo, a partir de la cabal constatación de que lo que se escribe no sirve. Así podrán enterarse de lo que siente un escritor fracasado como Davanzati frente a sus peores intentos creativos. Sobra decir que los lectores de gusto muy delicado o muy sujetos al tedio cuando el estilo y las historias decaen, están en el derecho, en el deber, de saltarse estas páginas inútiles. *Lo malo de este cuento* —había escrito Davanzati al inicio de su virgen manca—, *lo peor de este cuento es que decae mucho al principio*. Insisto, entonces, en que estas hojas decadentes y tachadas se las pueden saltar sin el menor remordimiento, y vuelvo a aclarar que están aquí, contra todas las opiniones autorizadas (empezando por la de su mismo autor), sólo por mi tozudez, mi terquedad o mi capricho.

Ah, nadie sabe bien de dónde vienen las historias ni qué es, en últimas, lo que viene a cuento. Esta mujer manca, aquí, rodeada de profetas gringos, no sé qué tiene qué ver con el cuadro italiano. Lo cierto es que el personaje central de esta historia, nuestra virgen madre de Medellín, jamás conoció el cuadro ni la historia de la virgen manca de Turín. Pero era necesario relatarla, eso sí, porque resulta que uno de sus huéspedes sectarios de la escarapela, un gringuito de ojos azulísimos, pelo rojo, piel pecosa de celta o de irlandés, uno de ellos, era nada menos que ornitólogo. Un mormón ornitólogo y poliándrico, pueden imaginarse.

Los azares del destino, diría cualquier filósofo. Exactamente, diría cualquier Agamenón, cualquier porquero. En fin. Sucede que el ornitólogo sectario, Petrie de apellido, de nombre David Albert (según rezaba la escarapela en letras negras sobre fondo blanco o en letras blancas sobre fondo negro, da casi igual), había llegado a Colombia camuflado como gran devoto. Pero en el fondo su única pretensión era conocer los pájaros colombianos, famosos en todo el mundo por su gran variedad. Venía armado con un voluminoso The Birds of Colombia, que había forrado con las tapas de cuero de una Biblia concertada, y con esta Biblia bajo el brazo, su escarapela blanquinegra en el ojal y un par de binóculos escondidos en el bolsillo de los amplios pantalones, se iba a recorrer los caminos más remotos, inhóspitos y escondidos de la patria. No temía guerrilleros ni paramilitares ni bandidos con tal de ver un cóndor (o un cóndor entonando El cóndor pasa), una no sé qué variedad de toche, de colibrí diminuto, de gallinazo real, de gavián pollero, de lo que fuera. Y este gringo hablaba con los pájaros y los pájaros venían a él, mansos, dóciles.

David Albert, aunque mormón, admiraba mucho a san Antonio, pues hubiera querido tener, como él, una lengua milagrosa para llamar a los pájaros. El gringo, como muchos protestantes, creía poco en los santos y más si eran italianos. Pero le interesaba este padovano que tanto había hecho con los animalitos alados. Leyendas muy bien documentadas decían que, uno tras otro, los pajaritos acababan comiendo en su propia mano. Por tal motivo la manca de esta historia, que le había hecho conocer la historia de san Antonio al gringo, le solía cantar, por las mañanas, un

romance español que habla de san Antoñito. Lo usaba para despertar de sus sueños a David Albert Petrie, el evangelizador ornitólogo. A las siete a.m. empezaba su canto desde el borde de la cama de Petrie: Salgan cigüeñas con orden, gorriones, patos y garzas, gavilanes y mochuelos, verderones y avutardas, salgan las perdices, salgan las alondras y las codornices... algo así.

Ah, era una esposa devota, nuestra virgen manca, pues ya a las cinco y media de la mañana (después de darle de comer a una lora traída por Petrie el evangelista) había despertado a otro de los gringos, el más madrugador, a quien le gustaba ir a misa de seis en la iglesia de la parroquia. Que era católica, por cierto, pero el gringo aprovechaba para intentar ganar devotos para su secta, haciendo comentarios negativos a la homilía, por encima del hombro, con el único resultado de que a cada rato se ganaba arañetazos de viejas beatas que si se lo aguantaban al lado era por su limpio aroma de agua de colonia y por su cara rubita de angelito nórdico, además del respeto que les inspiraba la escarapela con su nombre resaltado: Anthony Williams Jr. Pero él insistía, a diario, en ir a misa a la parroquia y a la salida repartía opúsculos de propaganda sobre el final del mundo, que nadie le compraba, lo cual le afianzaba la fe en que el mundo, de veras, acabaría pronto.

Comulgaba en ayunas, aunque no aprobaba el ritual católico, pero no habiendo hostias protestantes en muchos kilómetros a la redonda, no había más remedio y ahora hasta en su grupo había partidarios de cierto ecumenismo que permitía estos cruces de un cristianismo a otro. Y como estaba en ayunas volvía a desayunar con la virgen manca que se mataba entre los peroles con su única mano, para tenerle listos cuatro huevos con bacon o panqueques con mermelada de blueberry (morunos en Antioquia, arándanos en la península) o tostadas francesas sumergidas en miel de mapple (arce en Hispania), que era la miel más amada por los gringos.

Los otros dos gringos eran más dormilones pues preferían el trabajo pastoral nocturno, por bares y cantinas, tabucos y tabernas, y llegaban borrachos por la madrugada, después de intentar conquistar adeptos por las zonas de tolerancia, de rock, de salsa, de tango, en los bares de striptease, de sexo en vivo, etc. Los bebedores de mi ciudad, para

sacárselos de encima, los invitaban siempre a un trago de ron o de aguardiente, a una cervecita, a lo que fuera, y los gringos ya estaban medio alcoholizados por su arduo trabajo apostólico. Pertenecían ellos a una subespecie sectaria muy estricta, mormones aeternitatis, en la que la continencia alcohólica era obligatoria, pero en su manual de procedimiento para la redención de dipsómanos, en una nota a pie de página en el capítulo sexto, decía que ocasionalmente y con el único fin de redimir a la larga a los devotos del trago, era posible compartir con ellos, a la corta, una o dos copas para entrar en confianza. Amparados en esta nota, los dos secuaces de Noé salían noche a noche a conquistar adeptos para la continencia alcohólica y el continente del alcoholismo local los conquistaba. Una o dos copas con cada pecador daban por resultado una tremenda borrachera.

En cuanto a Cecilia, la bebé hija de su madre y del espíritu desconocido de la jeringuilla, dormía plácida entre los ronquidos de los borrachos. Mientras el madrugador volvía de misa y del trabajo matutino en el atrio (a favor del fin del mundo), la manca y el ornitólogo se entregaban a otras faenas más placenteras. El ornitólogo, siempre, siempre, amanecía con el pájaro encendido (los críticos odian esta manida, obvia, estereotipadísima metáfora del pájaro y tienen razón. Allá ellos y acá yo, que siempre les doy dos tazas a los que no quieren caldo), y la manca con su única mano, mientras le cantaba el romance de san Antoñito, debía proceder a masajearlo allí para hacerlo salir de esa incómoda tensión. Tomaba su miembro como si tratase de un delicado gorrión y empezaba a acariciarle la cabeza y el tronco. El asunto era más bien breve, seis o siete minutos a lo sumo, y todo terminaba con una emisión abundante sobre su única mano que ella procedía a frotarse contra sus patas de gallo de la cara porque al parecer ahí había almidones milagrosos y sustancias vitales revitalizadoras contra las arrugas, o al menos eso había leído una vez en Cosmopolitan. Luego pasaban ambos a la bañera y se sumergían juntos en sus aguas tibias para una ablución purificadora. Se frotaban mutuamente con toallas enormes, el gringo se vestía y sacaba la Biblia concertada con The Birds of Colombia adentro, y se ponía a leer algunos versículos mientras la manca cocinaba los huevos con bacon, ponía el café y ponía las noticias de Radio

Paisa («Cómo amaneció Medellín») para saber a quién habían matado por la noche, todos los días la misma vaina, veinte o treinta muchachos de los barrios pobres, más uno o dos secuestrados en El Poblado. Y atracos, y bombas, y políticos dando declaraciones, y robos y muertos y sicarios y taxis, en fin, todo eso que le encanta a la literatura realista y a los críticos. Y muertos y atracos y sicarios y taxis y masacres y bombas y muertos y sicarios y atracos y secuestros y sicarios y taxis. Y otro muerto de última hora, hasta mañana, que por la tarde seguimos con más muertos en «Cómo anocheció Medellín».

Llegaba al fin de su misa el madrugador y los tres se sentaban a desayunar. La rutina diaria, una vez más, se había cumplido, al menos hasta las ocho. Ahora tocaba ir pensando en el momento en que se levantarán, bien enguayabados, los dos pastores borrachos, despertados por los alaridos de la niña que, puntuales como un despertador, empezaban a las ocho y media. En ese mismo instante la virgen cogía dos vasos de agua y en cada uno echaba dos tabletas de Alka-seltzer, los ponía sobre una bandeja y se iba al cuarto de los resacosos a entregar la medicina. Mientras ellos se tomaban su agüita con burbujas, bicarbonato y ácido acetilsalicílico, la virgen se ocupaba finalmente de la niña. La cogía con su único brazo completo, con un diestro movimiento se descubría el pecho izquierdo y la lactante empezaba a vaciar el primer plato de su desayuno. Mientras tanto, la teta derecha despedía también, sola, chorritos de leche que el gato iba recogiendo del suelo con la lengua. Era bonito el chorro y la lactancia, parecían un cuadro del Renacimiento, la Virgen manca de la leche, algo así. A veces los gringos se detenían a mirarla, extasiados y hasta se humedecían los labios con la lengua, como con ganas gatunas de imitar al gato o de poner su boca en la trayectoria del chorro, como otros cuadros de santos eremitas del postrenacimiento.

A eso de las diez de la mañana ya la bebé estaba encerrada en su corral, jugando con cascabeles y peluches, y los profetas borrachos salían muy peinados, en toalla, de la ducha. Dormían y se bañaban siempre juntos y juntos salían de noche a sus correrías antialcohólicas, pero no se sabía bien por qué. La virgen debía ayudarlos a vestir, igual que a su bebé. Primero los frota por todas partes con la toalla, después les pone los

calzoncillos limpios, la camiseta, la camisa, les prende del ojal la escarapela, Jonathan Morris y Stephen Brown, les ayuda a meter los pantalones, les pone las medias, les amarra los zapatones Florsheim. Ah, su habilidad para atar cordones con una sola mano era pasmosa y los gringos la celebraban diariamente con un beso en la cocorota de la mujer arrodillada a sus pies. Todo termina con agua de colonia en las barbas afeitadas.

A veces el apóstol ornitólogo se va por algunos días. A conquistar almas en los pueblos, dice, pero en realidad a recorrer caminos y bosques de montaña en busca de los pájaros maravillosos. Se queda diez, quince días y al fin vuelve con ansias de los baños con la virgen. La virgen, realmente, no sabe si prefiere al ornitólogo, o al piadoso o a los dos borrachos. Ha conseguido cinco hijos de la noche a la mañana y, como no tiene líneas de la mano, nunca ha sabido lo que le deparará el futuro.

4

Ah, el futuro, el futuro, tan terco, siempre deparando cosas, trayendo afanes todos los días o día por medio, muertos cotidianos, atracos, grandes conversiones, llamadas a los gringos desde Georgia o desde Illinois, pero sobre todo desde Salt Lake City, Estado de Utah, plagado de mormones. Cosas así va trayendo el futuro que pedalea insaciable hacia el presente, aunque a veces parece que pedaleara sin cadena y no se mueve, no se mueve, siempre todo tan parecido a lo de antes.

Y una con una sola mano, piensa la virgen, enfrentándose cotidianamente al futuro, tan duro. Es muy difícil barrer con un solo brazo, y empujar con una sola mano el cochecito de la niña, el carrito del supermercado. Pero lo hace, todo lo hace esta virgen manca de Medellín, saca adelante su casa, pese a los cuatro maridos anglófonos. Ella habla poco inglés y cuando ellos se ponen a conversar por las noches siempre queda en las mismas. Los ve reírse y ponerse serios, los oye hablar y no sabe si rezan o discuten o charlan o pelean. Todo podría ser, tal vez es todo. No la miran, no la determinan, no le dan plata. Sólo de vez en cuando van al Éxito y traen algunas bolsas del mercado. Leche de larga conservación, corn-flakes, miel de mapple, polvitos preparados para hacer panqueques,

un apple pie congelado, varias botellas de cocacola litro, panes y carne de hamburguesa, ketchup, helado de fresa, dos latas de cerveza Miller, cajitas de Alka-seltzer, pan de molde, nada más. Ella con eso y con lo que compra logra hacer maravillas, milagros. Incluso llegó a hacerles frisoles una vez, pero a ellos no les gustaron, salvo al ornitólogo que una vez había estado buscando pájaros en la frontera de México con Texas.

Es la familia más pasmosa de Medellín: cuatro mormones, una manca y una niña de brazos. Pasa el tiempo. Que, como sabemos, nunca pasa en vano. La niña empieza a hablar, la manca ha dejado ya de amamantarla. Pero de un mes para otro, vaya a saber por qué, no le vuelve la regla. Consulta con los gringos, entre mil rodeos, qué podrá ser, qué será, pero ellos no se lo explican. Va donde el boticario y hace que le llamen a la esposa porque a él le da pena consultarle. La esposa del boticario le da un frasquito y le dice: orine aquí. La virgen manca, obediente, orina ahí. La esposa del boticario sumerge un papelito en la orina amarilla, espumosa y caliente. El papelito, antes blanco, se pone rojo, rojo encendido, rojo fuerte. La cosa está muy clara, mujer, dice la esposa del boticario: estás preñada. Son doce mil pesos. A nuestra virgen se le va el alma al suelo. ¿Cómo? ¿Preñada yo? ¿Otra vez? Ay, qué desgracia, y de quién podrá ser.

No se explica qué ha pasado si durante un año entero ha estado haciéndolo por turnos con cualquiera de ellos. Más con el ornitólogo, es cierto, pero por las mañanas, a veces, cuando viste a los borrachos, a uno de los dos o a los dos se les para, y entre los dos, muy juntos siempre, la penetran. Y cuando el ornitólogo se va de correría, también favorece a veces, después de misa, al piadoso que come hostias católicas. ¿De quién podrá ser? Ay, ella sospechaba que lo peor podía pasar al terminar la lactancia, también eso lo había leído una vez en Vanidades, pero se le olvidó. Qué calamidad, qué desgracia. ¿Y ahora qué les digo yo? ¿Y cómo? ¿Y a quién?

Se le ocurre una solución. El padre será el que más le guste a ella. Entonces empieza a deshojar su margarita: David el ornitólogo, Anthony el piadoso, Jonathan y Stephen, los borrachos. A estos dos últimos, de primero, decide descartarlos, porque esa dormidera juntos, esa bañadera juntos, eso de que siempre que van a hacerlo con ella lo tengan que hacer

juntos también, no, eso le da mala espina, hasta dañados serán. Entonces el padre tiene que estar entre David y Anthony. Anthony es más piadoso, eso hay que abonárselo, porque la Biblia de David es pura mentira y puros pájaros en todas las páginas. Un defecto de David como padre es que a veces se va y desaparece por semanas. Anthony es como más fiel, más seguro. Pero el amor con él ha sido más esporádico, sólo cuando David se va. Sí, David es lo que más se parece a un marido. Así que el padre es David. Con esta decisión entra a la casa, pero claro, David se ha ido esa misma mañana a ver pájaros por Cañasgordas, le dejó una nota. «Mary, yo iba a Cañasgordas a capturar fieles para nuestra causa. Love and kisses, David, I'll be back on Saturday.»

A la virgen madre no le parece bien dejar a un hijo sin padre por toda una semana. Así que decide ser sincera con Anthony y decirle: «Anthony, debes estar feliz, me has dado un hijo, en pocos meses nacerá y seremos una pareja feliz». Anthony la ha mirado aterrado y se ha encerrado en su cuarto un cuarto de hora. Al cuarto de hora sale del cuarto con una maleta llena (se le salen pedazos de camisa blanca por los lados) y dice: «Debo ir a América a resolver unos asuntos, Mary, no tardaré mucho, tres o cuatro semanas a lo sumo. Salúdame a los otros cuando se levanten». Y pidió un taxi para subir al aeropuerto. Mientras lo esperaba miraba largamente las hojas del pasaporte, United States Passport, y su tarjeta de crédito American Express. Cuando el taxi llegó, se olvidó hasta del besito en la mejilla. La virgen se rasca el mochito del brazo sin saber qué pensar. Cuando se rasca el mochito del brazo es mala señal, es como si se rascara la más nefasta línea de su mano que falta.

Al fin piensa que no, que no puede dejar a ese niño sin padre una semana. Cuando los borrachos se levantan, ella corre con los dos vasos de Alka-seltzer y empieza a vestirlos. Esa mañana Stephen está parolo y Mary decide hacerle uno de sus masajes infalibles: cuanto más se infla Stephen, más bulto se le nota a Jonathan bajo los calzoncillos, y al fin se los baja él también y corre a ponerse detrás de Stephen. Le unta algo en la espalda y empieza a moverse con ritmo. Stephen busca a Mary y también empieza a moverse con ritmo contra ella. El orgasmo de los tres es simultáneo. Con la respiración todavía algo agitada la manca aprovecha para comunicarles su

buena nueva: Van a ser padres de una hermosa criatura en ciernes en siete u ocho meses. Stephen y Jonathan se quedan boquiabiertos, pero hacen de tripas corazón y deciden celebrarlo haciendo chocar los vasos de Alka-seltzer. Incluso Mary también se toma un sorbito, pero ese sabor a bicarbonato y tal vez el embarazo, le dan náuseas. Corre al baño y vomita. Cuando sale del baño, Stephen y Jonathan están haciendo las maletas. También ellos acarician su pasaporte en la mano y Stephen se encarga de llamar el taxi para el aeropuerto. Estos gringos, parecen cortados todos por la misma tijera, piensa Mary mientras corre a levantar a Cecilia, que lleva un rato llorando.

Cuando la pareja, de borrachos se marcha, la manca piensa que habrá que esperar hasta el sábado, al regreso de David, a ver si es idéntico a sus colegas.

5

No hay plazo que no se cumpla. Llega el sábado, pero David no llega. El domingo tampoco. El lunes llama una voz. Dice que es de la guerrilla y que David ha sido secuestrado en el páramo de Sonsón. Imposible, dice Mary, él estaba en Cañasgordas. No, dice la voz, estaba en Sonsón y ahora nosotros lo tenemos. Si no quiere que lo matemos, nos tiene que conseguir doce millones de dólares. ¿Doce millones de dólares? ¿Y eso cuánto es?, pregunta Mary. No haga preguntas y consígalos, dígame a la empresa donde él trabaja que los consiga rápido o si no lo despachamos para el cielo. Cuelgan. Mary va y compra El Colombiano y consulta la página económica para poder hacer las cuentas. Doce millones de dólares, no puede creerlo, es un número con nueve ceros. Ni siquiera sabe leerlo. Va a la tienda, donde la cajera, y le dice, ¿Cuánto es esto? La cajera le dice, después de dudarlo, diecisiete mil trescientos veinticuatro millones seiscientos treinta y ocho mil quinientos seis pesos. La manca coge a la niña y se va para la agencia inmobiliaria del barrio. Allá pregunta cuánto vale la casa de ella, más o menos. Más o menos, le dicen, entre treinta y treinta y dos millones. ¿Cuánto me queda faltando? La manca hace la resta: diecisiete mil doscientos noventa y dos millones de pesos más el resto. La cifra le parece exacta, igual de grande a la de antes. Ay, piensa, y

ahora yo qué hago con el padre de esta criatura secuestrado, y se toca el vientre con la única mano, la derecha.

Al otro día la guerrilla vuelve a llamar. Quihubo pues, ¿ya consiguió la plata? La manca les contesta que si vende la casa les puede dar treinta y dos millones, menos los impuestos y la comisión de la inmobiliaria, pero que una casa no se vende de la noche a la mañana. De ahorros en Conavi tiene un CDT por tres millones y en la cuenta ochocientos veinte mil, eso es todo, más la pensión de invalidez, que no es mayor cosa y se la dan cada mes. Hizo las cuentas y para pagar todo eso le tendrían que dar un placito hasta el año tres mil ciento dieciséis, contando un aumento anual del 18%. Ella está dispuesta a firmar lo que sea con tal de que no le maten a David que es el padre del fruto de su vientre. El guerrillero le dice que si se está embobando o si es hijueputa o si le está mamando gallo o qué. Mary se pone a llorar por la corneta, como una niña chiquita, y Cecilia también se pone a llorar al ver llorar a su mamá. Los de la guerrilla le gritan otra vez hijueputa y tiran el teléfono. Al otro día vuelven a llamar y le dicen que llame a la Embajada Americana y que informe del caso. ¿Y cuál es el teléfono?, pregunta la manca. ¡Averígüelo!, le contestan, como bravos, entonces ella los amenaza con que va a llamar a lo, policía. Pues llámela, vieja pendeja, le dicen.

La manca se decide a llamar a la policía. Cuando al fin le contestan le piden que espere un momentico. Mientras espera se oyen las notas del himno nacional y Mary duda si debería ponerse de pie. Mira para todos lados y como sólo ve a Cecilia, jugando muy tranquila en la jaulita, levanta los hombros y piensa que no, que no se va a poner de pie. Teniente Vargas a la orden, dice una voz marcial. Vea teniente, es que secuestraron a mi marido. ¿A quién? A mi marido, o bueno, no es exactamente mi marido, pero casi, es el padre de mi hijo. Apellidos y nombre. Vanegas Flores María Patricia. No, no, nombre y apellidos del secuestrado. Petrie David. ¿Cómo? Petrie David. ¿Qué qué? Pi-tri, deivid. Y eso cómo se escribe. Pee-tri-e David. ¿Y es que es extranjero o qué? Sí, señor teniente, americano. ¿Y por qué no había dicho antes? Dirección. Dicen que lo tienen en Sonsón, en el páramo de Sonsón. Dirección suya, señora, y apellidos y nombre. Ya le dije, Vanegas Flores María Patricia. Calle 33.^a, número 78-

27, barrio Belén, a la vuelta del Ley de. Suficiente, señora, ya le mando una patrulla del Únase para que me les dé toda la información. ¿Y qué es el únase? Señora, ¿no sabe? La unidad antiextorsión y secuestros, la flor y nata de nuestra institución, no se preocupe, es gente dura.

Y aquí, otra vez, se interrumpe, se trunca, se mocha este relato jocoso de Davanzati, y nunca nada ni nadie nos podrá hacer saber lo que pudo haber pasado con esta virgen manca de Medellín ni con el nuevo fruto de su vientre ni con el gringo secuestrado en Sonsón. Pero el final del cuento, de la ficción, tal vez lo pueda suplir la historia. La virgen habrá acabado en la miseria después de rematar su casa y darle todo el dinero a la guerrilla, y el gringo habrá terminado muerto por no ser un gringo rico sino un pobre diablo, falso mormón y ornitólogo. De todos modos, como la mayoría de ustedes (y habrán hecho bien) se deben haber saltado las anteriores páginas tachadas, es mejor que pasemos de inmediato a otro asunto.

Davanzati, voy a decir una obviedad, tenía la obsesión de insertar historias dentro de las historias. Si hubiera leído menos a Quevedo y más las críticas que se le hacen a Cervantes por sus novelas breves intercaladas en el Quijote, tal vez en su escritura se hubiera cuidado un poco más de esa fiebre narrativa, de esas ramas y ramas que le salían al tronco, ya de por sí grueso, de sus relatos deshilachados. Intentaba hacer exactamente aquello que en los más elementales cursos de escritura creativa está prohibido. Era un terco, un obstinado, una piedra de tozudez, un absoluto cabecero que perseguía lo imposible. ¿Cómo explicar que fuera tan testarudo? Yo creo que no se daba cuenta, que él creía a fondo en cada historia, se metía en ellas como por un camino soleado y acababa creyendo con igual certidumbre, con la misma convicción, tanto en las fantasías como en la realidad.

Esta manía de perderse en los cuentos me parece que llegó al paroxismo con algo que hallé en dos días sucesivos, los dos días previos a su silencio, los días que precedieron a su desaparición y que es una narración al borde del disparate en la que la realidad de lo que se cuenta parece suplantada por la ilusión de la lectura por una lectura, además, muy peculiar, pues son las lecturas hechas por los mismos protagonistas de la historia. Tuve y tengo

dificultades (hay cierta confusión en su uso de las comillas) para desenredar esta muñequita rusa que se repite *ad nauseam* pero bueno, cumplo con copiar su desenfreno y lo hago también con desenfreno pues no veo la hora de contarles también lo que pasó con él, con él de verdad y no con sus historias de nunca acabar.

Cuando llegué al edificio donde vivía Marta, el portero me dijo que ella había salido, pero que me podía anunciar a la empleada para que yo no tuviera que esperar afuera, con el palo de agua que estaba cayendo. La empleada, que me conocía bien me hizo pasar. En el momento de entrar al apartamento sentí una extraña sensación de ausencia, como si visitara la casa de un muerto, pero no me hice caso. Mientras sorbía el café que me habían ofrecido cogí de una estantería un libro en apariencia muy viejo, editado en Barcelona en 1853, y empecé a leerlo:

«El conde de Andreis no sabía sino combatir y vencer; pero su gran valor y su extremada prudencia no lo eximían de una desmedida vanidad. Sí, en él esta palabra adquiría todas las acepciones de que pueda dotarse tan temible defecto. El conde, en su ceguera, se había convencido de ser un invencible en todas las batallas, tanto de armas como de amor. La fuerza de su brazo y la singular apostura de su apariencia exterior le habían hecho ganar una excesiva confianza en sí mismo. Iba a la pelea y a la conquista con tanta convicción que ante su solo aspecto, de fiereza sin par, sus contendores se estremecían aterrados y este era ya el comienzo de su derrota. Con las damas su arrogancia y seguridad se disfrazaba de una aparente dulzura (usaba la arrogancia de mostrarse humilde), pero cada paso que daba iba dirigido a ese fin que, cuando no se tiene prisa, un hombre constante muchas veces puede llegar a alcanzar. Aunque de no demasiada constancia requería el conde, cuya estrategia de amor era aún más eficaz que sus ardidés guerreros. Si en la lucha campal era directo y arrasador, en la carnal, quiero decir, en las batallas de alcoba, se comportaba con un ritmo lentísimo, como mejor se acomoda a las pasiones femeninas y a la definitiva derrota de sus resistencias.

En sus hazañas de seducción era usual que el conde utilizara las palabras de una especie de oráculo escrito que llevaba siempre consigo en

el bolsillo de su uniforme. Confiándose a los favores de su gran fortuna, cada vez abría al azar una hoja de su oráculo manual y leía a su enemiga lo primero que allí encontraba, siempre con gran éxito, porque el oráculo le había deparado siempre historias jocosas, sugerencias eróticas de fácil efecto, pequeñas golosinas gastronómicas que invitaban también a los placeres del lecho.

La fortuna, sin embargo, cambia a su capricho y de repente en la vida, incluso en la vida de los hombres más venturosos. Estando una vez el conde en una de sus múltiples aventuras de faldas, y cuando ya casi a sus pies rendida estaba doña Vittoria D'Arcais, duquesa de Beaumont, quiso la mala suerte que abriese su oráculo en una página nefasta y que leyera sin poder creer a sus ojos ni a sus oídos las siguientes palabras:

«La extensión del desierto se tragará toda tu sed. El agua ya nunca será suficiente; beberás como quien bebe agua de mar y morirás de sed con el buche hinchado de líquidos. No creas a quien te dirige la palabra, desconfía de aquel que lee tu destino en los libros, apártate, escapa, húyele como huirías de serpiente de vivos colores, agudos colmillos y bífida lengua. En su abrazo generarías un monstruoso guiñapo de repelente feto y repugnante aspecto que causaría en ti la irremediable muerte de parto. Consulta, si no crees, la historia de Angulena, en la página 136 de este mismo oráculo».

Mientras el conde de Andreis acababa de leer su condena, le arrebató la duquesa de Beaumont el oráculo de sus manos. Lo abrió precipitadamente en la página 136 y con ojos desorbitados fue leyendo la terrible narración de las desgracias de Angulena: «Pedro de Angulena se había hecho misionero después de perder a toda su familia en un incendio. Él mismo había tenido que sacar, carbonizados, los cuerpecitos irreconocibles de sus cuatro hijos, y el cuerpo crispado y rígido de su amadísima esposa. Casi desesperó el buen Angulena, pero más que desesperar quiso buscar en su comportamiento pasado las causas de su actual desgracia. Hizo un detallado examen de su vida; repasó día a día los acontecimientos de su historia y halló una culpa gravísima al tercer aniversario de su matrimonio. Al recordar esa terrible falta que había intentado ocultar bajo la pertinaz arena del tiempo, resolvió hacerse

misionero en las más remotas aldeas africanas, pero antes dejó por escrito, para futura memoria y expiación, la increíble confesión de su falta:

»"Reverendísimo Padre Superior: Si a bien tiene vuesa merced algún día quitar el sigilo a este sobre lacrado, le advierto que hallará en ella más abominable descripción de la maldad y podredumbre a que es capaz de llegar un ser humano". El Padre Superior se negó durante años a deshacer los sellos del sobre, pues no quería perder la excelente idea que tenía del viudo Angulena, y más bien dedicaba sus horas de lectura a asuntos más edificantes, a las enseñanzas piadosas de sus libros religiosos.

»Uno de estos días abrió su breviario en una página señalada por una stampa sacra y comenzó a leer: «Templemos, si podemos, señores, nuestro dolor con la memoria de nuestras alegrías pasadas; y, elevándonos a las grandezas invisibles de Dios por las visibles de las criaturas, formémonos una ligera idea de la Gloria». Le pareció al Padre Superior que su libro de horas le decía aquello que debía pensar sobre su fiel amigo Angulena: formarse gracias a esa criatura una ligera idea de la Gloria. Tocaron en ese preciso momento a la puerta de la celda del Padre Superior, interrumpiendo sus meditaciones. Fray Tomás del Santísimo Sacramento, su secretario y confidente, traía una carta en sus manos. Era una carta vieja, sin duda, escrita muchos meses antes, aunque el fraile informó que la misma había sido entregada como urgente, en la misma puerta del convento, por un mulato asustadizo. El padre la rasgó por un costado y comenzó a leer; eran malas, pésimas noticias:

»"Reverendísimo Padre: estando nuestro hermano Pedro de Angulena desempeñando con abnegado empeño su apostolado en esta remota aldea de Puchirambaico, sucedió una desgracia inusual y de la cual no nos podemos reponer ni consolar sus amigos. Iba el hermano a lomo de un burro a visitar la escuela que habíamos levantado a pocos metros del río Nochumí, cuando de repente topó su cabeza con la rama de un árbol, con tan mala fortuna que derribó y alborotó un temible avispero. Enfurecidas las abejas atacaron en nube tanto a nuestro hermano como a su jumento, y tanto el bípedo como el cuadrúpedo perecieron entre horriblos dolores, sangrías y ahogos no hará más de ocho días. Le escribimos, amadísimo Padre, para darle tan mala nueva, de modo que usted tenga presente a

nuestro hermano en sus oraciones. También le remitimos la libreta que el hermano cargaba en sus alforjas. No nos hemos atrevido a revisar su contenido, pero usted con su autoridad y sapiencia sabrá si estas notas (que nuestro llorado Angulena redactaba noche a noche a la luz de un candil con abnegada diligencia) son dignas de ser conservadas como apuntes en su arduo camino de perfección. De nuestro reverendísimo Padre sus seguros servidores y devotísimos siervos en NSJC...".

»Tomó el superior la libreta de Angulena y empezó a leerla por la primera página:

»"Jamás conseguiré expiación a mi terrible pecado. El calor, la humedad, los salvajes, las enfermedades, la suciedad, los insectos, el duro polvo del camino, el duro suelo en que me acuesto, los inmundos potajes que degluto, nada puede ser suficiente castigo para mi ignominia. No puedo cargar con el temible fardo de mi remordimiento. Hay, eso sí, una tarea que me resulta bastante dolorosa y que por eso mismo a ratos consigue sosegar me desde hace algún tiempo. Consiste en la ardua traducción de un tratado indefinible que un mago nativo tuvo a bien entregarme hace algunos meses. Está escrito en finísima caligrafía y pese a mis dificultades con esta bárbara lengua, consigo superar día a día los múltiples escollos, con la ayuda ocasional de un raigal ladino que me socorre en los momentos de mayor incertidumbre. Pasaré a continuación en limpio algunos fragmentos de mi traducción, para que quede como testimonio de los extraños relatos que se contaban estas bárbaras gentes antes de la llegada del divino sol de la gracia de Nuestro Señor."

»Libro del cumbalam

»"Cuando la mujer del Tahoní piensa en el hombre que alcanzó a ver bañándose desnudo en el río, la mujer del Tahoní siente que su vientre se humedece y que una goma tibia se le deslíe por dentro. Cuando la mujer del Tahoní vuelve a ver con los ojos de su imaginación el miembro del hombre que se sumerge en las aguas del río Nochumí, piensa que no en esas aguas sino en las suyas propias se sumerge el miembro del hombre que fue a bañarse en el río Nochumí. Cuando el Tahoní va por la noche a ver a su mujer y halla que su vientre está empapado de humedad al acogerlo, el

Tahoní se alegra de sentirla tan bien dispuesta y no se da cuenta de que la humedad del vientre de su mujer no se debe a su visita sino al recuerdo del hombre que se bañaba desnudo en las aguas del río Nochumí. Y cuando el Tahoní sumerge su miembro en el húmedo vientre de su mujer, la mujer del Tahoní vuelve a sentir que el miembro que la penetra es el del hombre que vio bañarse en las aguas del río."

»En el momento en que el Padre Superior arroja al fuego, con un gesto de asco, la libreta con los apuntes de Pedro de Angulena, se oye un ruido en la cerradura de su celda. Alguien ha entrado sin llamar».

Marta aparece con su cara radiante y me quita el libro de las manos. ¿Qué bobadas estás leyendo? Deja eso, me dice mientras me abraza. Del libro que estaba leyendo cae un sobre que yo recojo y meto en mi bolsillo con disimulo. Marta se sienta y vuelve a preguntar: ¿Qué día es hoy, no era mañana nuestra cita? Miro el reloj y veo la fecha: 16 de noviembre. Tengo un sobresalto; es la fecha de mi tercer aniversario de matrimonio. Sí, perdona, la cita era mañana, le digo a Marta precipitadamente, y precipitadamente salgo, casi corriendo, sin despedirme siquiera. Corro a mi casa con un horrible presentimiento, y sí, en efecto, un humo denso se levanta desde la esquina de mi casa, ya pienso lo peor, pero milagrosamente no es mi casa la que arde bajo las llamas de un tremendo incendio, sino un simple mendigo que ha encendido una llanta para calentarse. Entro y veo que mi mujer y mis hijos duermen apaciblemente. Saco de mi bolsillo el sobre que cayó del libro que leía en casa de Marta. Adentro hay una hoja que empiezo a leer:

«Cuando Pedro de Angulena llegó al palacio de su amante, la baronesita Adele Michatt, el conserje le informó que su ama acababa de salir. Podía anunciarlo, sin embargo, para que no esperara afuera, con semejante tiempo. Al entrar Pedro halló el fuego encendido y el mayordomo de la baronesita le ofreció una copa de cognac. La baronesita Michatt, le informó, no tardaría; había ido un instante a casa de su tía, la duquesa de Beaumont, quien le había prometido prestarle un collar para el baile de esa noche. No le pareció bien a Angulena que el mayordomo revelara esas intimidades de su ama y para evitar que siguiera adelante tan impertinente conversación, sacó un volumen cualquiera de las estanterías de la

baronesita y se dispuso a leerlo. Con un sobresalto notó que se trataba del diario de la baronesita y buscó de inmediato las últimas páginas, las más recientes. Leyó:

»16 de noviembre

¿"Para mañana me ha anunciado Pedro una nueva visita. No voy a recibirlo. Daré orden a los criados para que no le dejen pasar. Desde que mi tía me contó de su conducta con ella la otra noche, no puedo soportarlo ya. En los últimos días se ha ido imponiendo en mí una terrible sensación: la sola presencia de Pedro me repugna"».

No había nada más en el sobre. Alcé los hombros y me dispuse a dormir cuando de repente, sobre la mesita de noche, alcancé a ver un libro para mí desconocido. Lo abrí por una página al azar que decía: «Esto puede seguir así ad nauseam, y yo ya estoy nauseado».

Davanzati estaba loco, no me cabía duda. O sí me cabía, porque las dudas caben en cualquier parte, pero este caos que él escribía sí era la muestra de una cierta descomposición de su cabeza, digo yo. Se estaba perdiendo en un mar de cuentos, fantasías y fantasmas que lo iban envolviendo y tragando como las aguas de un rápido. Yo estaba hurgando en la basura para desenterrar el testimonio de un delirio, las muestras de un desatino. Era como esos locos de los manicomios que pintan y pintan paisajes inexistentes, sin sentido, o caras de nadie, o siempre la misma cara o la misma casa o el mismo árbol o la misma montaña, no sé, durante meses y meses. O como esos otros locos que llevan años hablando solos, incapaces de distinguir la fantasía y la verdad, su biografía, sus recuerdos, sus lecturas y su imaginación todo confundido en un mismo caldo de letras y ruidos. La cabeza de Davanzati hervía con una red de alucinaciones febriles, y yo también estaba perdiendo la cabeza detrás de sus historias sin sentido. Eso sentía, eso siento todavía a veces cuando abro el cajón donde guardo sus papeles y me pongo a leerlos, a ordenarlos, a pasarlos en limpio para esto que no sé siquiera si acabará siendo libro o (como en él) recortes y pentimentos arrojados a la basura.

Por fortuna, al día siguiente del delirio anterior, un martes, ocurrió algo (como ya les dije) y no en el basurero, sino en su casa: recibió una visita. Y al día siguiente de la visita, como ya les anticipé, cesaron los papeles, y Davanzati desapareció del edificio. Pero vamos por partes.

Las visitantes llegaron al atardecer y eran tres. Una mujer madura, de unos sesenta años bien llevados, a quien se le notaba todavía (así como se distingue, acuosa y transparente, nuestra propia imagen reflejada y diluida en el cristal de una vitrina) una hermosísima juventud anterior, ya marchita, pero qué fresca tenía que haber sido de esas que desarman y no se resisten y enloquecen al que sea, o que a mí por lo menos, seguro, me habría enloquecido. Su belleza seguía intacta detrás de las arrugas, el atractivo del cuerpo podía adivinarse en sus carnes ahora un poco flojas, pero su pasado se confirmaba, sobre todo, en la belleza inaudita de sus acompañantes, que tenían que ser sus descendientes, las huellas de sus genes, y que eran una joven señora de unos treinta años (ah, si yo pudiera volver a verla, a veces creo que he escrito este recuento solamente para volver a verla) y una niña, casi una adolescente que quitaba el aliento. Sin aliento quedé yo, pues, tres veces sin aliento, cuando las vi avanzar desde la ventana de esta biblioteca, desde el taxi del que se bajaron, hasta la puerta de mi mismo edificio. Empecé a palpar, casi seguro de saber hacia dónde iban ellas, porque aquí no tenemos visitas inusuales. Fuera de nosotros mismos, ¿quiénes vienen a este edificio? Gordos y fofos y sosos sobrinos de las Montoyas (sedientos de la herencia), pocas veces; rubias teñidas del doctor Molina, entaconadas, ruidosas, los viernes y los sábados; alguna amiga mía, silenciosa y casi inexistente, cuando tengo amigas, o sea nunca, y nadie más. No me vendrían a visitar a mí esas tres gracias; no tenían en absoluto la pinta de amigas de Molina; tampoco parecían ni lejanas parientes de las señoritas Montoyas, ¿a quién buscaban? Yo mismo temía darme esta respuesta, que ya estaba dada. Algo en la vida de Davanzati, al fin, salía de la turbia monotonía de sus páginas cada vez más locas, de su espiral de palabras arrojadas al cesto.

En realidad solamente yo, y ahora ustedes, podría adivinar la posible identidad del trío de mujeres. Tenía muy presente la carta de Davanzati a Bogotá, a esa tal Rebeca para mí todavía sin apellido, y las alusiones de

Davanzati a su hija y a la hija de la hija. Tenían que ser ellas, tenían que ser ellas quienes timbraban en la puerta aunque no se oyera ningún timbre. Al fin oí el zumbido metálico del picaporte eléctrico que se abría abajo y escuché los pasos, los tres pares de pasos que empezaron a subir por las escaleras como en un leve trote de corderos. No quiero ni pensar lo que sentiría Davanzati en ese mismo instante. Hasta yo palpitaba como por una visita que me fueran a hacer a mí mismo, pero cómo estaría él, el solitario, el que jamás recibía, el silencioso, cómo estaría él, el abandonado, el hosco, el escritor sin rumbo.

Corrí a la puerta de mi apartamento para verlas pasar hacia arriba, a través de la mirilla. Fue sólo un instante, en el rellano de las escaleras, frente al vestíbulo de mi casa. Pasaron sin hablar, la vista baja, casi como si subieran a hacer una visita de pésame, eso fue lo primero que se me ocurrió, sí, como si fueran camino de un velorio. Iban en fila india y no por orden de edades pues aunque la mayor encabezaba, sí, el cortejo, era seguida de cerca por la menor y cerraba la marcha la señora joven, quizá la más hermosa de las tres, o quizá la más bonita para mí porque era para mí la única candidata posible (es un decir, pero uno siempre piensa en esas cosas) a mi perpetua compañía, a la compañía de mi cama (otro decir, pero uno también piensa siempre en esas cosas), sí, era la que más o menos podía coincidir con mis años sin demasiadas resistencias del calendario, aunque sólo con mis años porque yo jamás he podido probar una mujer así, tan bonita, tan inauditamente bonita, con una belleza de esas que te anudan la garganta, yo nunca he tenido desfalleciente entre mis brazos a una mujer así. Pasaron, siguieron hacia arriba y yo abrí entonces con el mayor sigilo mi puerta, con toda la cautela para que no fuera a chirriar. Un instante después las oí que pasaban sin tocar, evidentemente la puerta de arriba ya estaba abierta cuando ellas llegaron a su piso. Jamás mi oído estuvo más aguzado que en ese momento, pero no hubo ni un murmullo, ni un saludo, no hubo la menor exclamación, la más breve palabra por parte de ninguna de las tres, y tampoco por parte de Davanzati. Pude ver su cara, su cara hosca y sus ojos altivos, pude verlos en mi imaginación, e imaginé también que a esa cara se debía, y con seguridad a un gesto severo de su mano invitándolas a pasar, a eso tenía que deberse que ellas hubieran guardado

silencio, y que en silencio y casi de inmediato la puerta se cerrara con su definitivo crujido seco que me dejó a mí por fuera de su vida, otra vez, por fuera de sus vivencias, a mí que sabía más de él que cualquiera en el mundo (creo yo), pero que no pude saber lo que allí ocurrió en las dos horas de visita que siguieron.

Yo medí el tiempo. Fueron dos horas, doce minutos y poco más, pues cuando ellas llegaron yo miré mi reloj y eran las tres y veinte de la tarde, y cuando ellas se fueron eran poco más de las cinco y media. No tengo que decirles que cuando volví a oír la puerta, los pasos, yo estaba otra vez apostado detrás del ojo mágico de la entrada de mi casa. No tengo que decirlo, por supuesto, ahí estaba yo, y desde ahí las vi pasar, tan hieráticas como habían llegado, pero ya no bajaban en el mismo orden sino que en primer término iba la menor, con algo de impaciencia en el andar, casi corriendo, saltoneando, liberada de un yugo, haciendo además un gesto extraño con los dedos (se metía un índice por cada oreja) como si ya no quisiera oír más, y luego la mayor, severa, dura, decidida, y más atrás, con un gesto adolorido en la cara, casi con lágrimas en los ojos, diría yo, pero no puedo asegurarlo (tan fugaz fue su paso, tan breve, y tan mala la vista desde mi postración), quizás lo invento, o lo inventan los datos de sus vidas, los pocos datos que en mi cabeza había, sí, de última venía la mediana, aquella que tenía idénticos los ojos a los de Davanzati, verdes, y los tenía húmedos, me pareció, la que yo amaba ya desde hacía dos horas, si eso puede decirse, con su pelo muy corto y sus ojos muy claros vueltos más claros aún por las lágrimas, lágrimas de piedad diría yo, ojos húmedos de compasión, pensaba yo, aunque nada se puede asegurar. El paso festivo, impaciente por salir, de la menor, la cara dura e impenetrable de la señora mayor, el rostro adolorido y casi envejecido por la angustia de la señora joven, sus pasos claudicantes, casi iguales a los de Davanzati, sí, parecía que en ese breve espacio se hubiera identificado con él hasta tal punto que bajaba cojeando, adolorida, con un dolor adentro que se le reflejaba en el ademán del cuerpo, con un gesto como de Virgen o Magdalena en algunos cuadros que he visto de descendimientos. Eso fue todo. Eso es todo lo que puedo decir. Después la mano de la más anciana, un gesto decidido, decisivo, detuvo un taxi y subieron: la menor entró de primera, rápida y

juguetona, luego la mediana, lenta y envejecida, que quedó en el centro de la silla, y después la mayor, que se acomodó en la ventanilla de la derecha, rígida. Eso puedo decir. El taxi arrancó, la mujer del medio no volvió la cara ni miró hacia arriba, como hubiera pasado en cualquier culebrón, para examinar la fachada del edificio y el piso en que vivía Davanzati, no lo hizo, y quizás porque no lo hizo a mí no se me ocurrió bajar corriendo y seguirlas, perseguirlas, asediarlas (como habría pasado en cualquier culebrón). Sí, pensé muy tarde, demasiado tarde, que las debía haber seguido, salir de prisa y seguirlas en otro taxi o en mi propio carro, seguirlas hasta el fin del mundo si fuera necesario, pero uno nada lo piensa a tiempo, todo lo piensa tarde, y yo estaba pensando también en Davanzati, quería oír sus pasos arriba, quería espiar sus movimientos, si los había, quería bajar al basurero en busca de una pista escrita de cuanto allí había ocurrido en ese par de horas. Y bajé, bajé varias veces esa misma tarde, esa misma noche, bajé a las seis, bajé a las siete, bajé cada hora hasta las doce de la noche, bajé sobresaltado a las tres de la mañana, después de haber caído un rato adormilado, bajé en la madrugada cuando el empleado de aseo entraba a hacer su oficio (me miró sorprendido escarbar en la basura, despelucado, trasnochado, ansioso), pero no encontré nada, nada, ni una línea, ni un papel arrugado, ni un indicio, tan sólo una botella de brandy español, arrojada en el intervalo más largo que hubo entre las tres y las seis. Después me dormí un rato, como hasta las diez, vencido por el cansancio de la mala noche y al despertarme volví a bajar al basurero para no encontrar nada, y subí y esperé, y espié sus pasos arriba pero nada se oía, y espié su posible regreso del paseo o del mercado pero no regresó. No salí en todo el día; no lo oí en todo el día. Bajé muchas veces al basurero. Nada, siempre la misma nada de basuras, basuras que no eran de él, sin duda, porque yo ya reconocía muy bien la basura de todos, y había sólo basura en las bolsas negras y perfumadas de las Montoyas y basura mía, dos bolsitas de té, el resto de un mal almuerzo apresurado, espaguetis blandos y blancos, bolsas luctuosas de las Montoyas, la caja vacía de sus pastillas para la presión, un vidrio roto que me cortó el pulgar... Ni un trozo de pan seco de Davanzati, ni el hueso de una fruta, la cascara de una naranja, la grasa de un jamón, nada, y menos un papel, ese papel del que yo estaba sediento, ese papel que

me diría todo el efecto que había tenido en su cabeza esa visita inusitada y única y rotunda, ese papel donde diría Rebeca y su hija o quizás mi hija y la hija de mi hija que es mi nieta, eso quería leer yo, eso quería ver, algo que refrendara con su letra todos mis cálculos casi genealógicos de esencia y descendencia.

Al anochecer no aguanté más y por primera vez en un año subí hasta su piso y toqué dos veces a su puerta, con una mano poco firme que me temblaba. Los golpes me salieron casi inaudibles y tomé aire para tocar más fuerte, apretando los nudillos primero, luego con la palma abierta, recio, fuerte, durísimo, casi en un aplauso que resonó en el tubo de la escalera, pero que no tuvo eco dentro del apartamento de Davanzati pues nadie salió a abrirme ni hubo la menor muestra de pasos o de vida en esa casa, en esa casa que yo pensaba podía ser la caja de un muerto o una casa vacía, que es casi lo mismo, aunque es muy distinto, una casa vacía, o una casa con un muerto adentro, aunque los muertos no sean casi nada, un cascarón sin recuerdos, con tantos pensamientos como un mueble, con tanto espíritu como una lámpara, o menos, porque las lámparas alumbran.

Mis pensamientos son macabros, muchas veces macabros, y durante las mañanas y tardes y noches que siguieron, estuvieron más macabros aún que de costumbre. Tengo que confesarles que durante varios días ya no fueron mis ojos ni mis oídos los que espionaron a Davanzati, sino ese sentido más arcaico y animal que todavía poseemos los humanos: el olfato. Sí, durante tres o más días con sus noches no hice más que oler el aire (bajé por supuesto al basurero, pero allí no había nada fuera de lo mío y lo de las Montoyas, hasta el viernes en que llegaron también las sobras eróticas del doctor Molina y de sus rubias ruidosas), salía a la escalera y aspiraba el aire, subía al piso de Davanzati y me inclinaba hasta la ranura de debajo de su puerta, pero yo no asomaba por allí los ojos sino que metía la punta de la nariz, sí, casi seguro de hallar en algún momento los primeros síntomas de la podredumbre. Oí el ronroneo continuo de su nevera. Oí unas persianas mecidas por el viento, vi motas de polvo al lado de la pata de una mesa, vi un trozo de tapete persa a un costado, nada más. Hablé con las Montoyas y como quien no quiere la cosa les pregunté si sabían algo del vecino pues llevaba ya varios días sin verlo. También ellas habían notado la ausencia de

sus paseos, la falta de sus pasos sigilosos a las ocho en punto de la mañana, claro que lo habían notado, pero ellas no creían nada trágico, ellas sólo pensaban que se habría ido a viajar.

¿Davanzati a viajar? Yo lo había leído, señoras, yo lo había leído, yo sabía que él tenía más inercia de quietud que una montaña, yo lo había leído, me habría gustado decirles a mi par de vecinas, pero sólo les dije Sí, tal vez se fue a viajar. ¿Davanzati a viajar? La visita de las tres mujeres había sido un martes por la tarde; la última señal de Davanzati había sido esa botella de brandy arrojada a la basura entre las tres y las seis de la mañana del miércoles. Luego seguía el silencio, la nada, la desaparición. Quizá, me imagino, lo reconstruyo con lo que puedo yo solo hipotizar, quizá habrá salido ese miércoles, como todos los días, a las ocho en punto, mientras yo estaba dormido. De no haberlo hecho así, las Montoyas algo me habrían dicho de su cambio de rutina. De haberlo visto con una bolsa o maleta también me lo habrían dicho. O quizá no, tal vez ellas estaban tan seguras del viaje por un bolso de viaje entre sus manos ese miércoles temprano por la mañana. Bajé a verificarlo. No recordaban cuándo lo habían visto la última vez, dijeron al unísono las señoritas Montoyas. Además, agregó una de ellas, como con rabia, como si en el fondo aborreciera a Davanzati, Cómo vamos a saber nada de él si cada vez que se le pregunta algo ni nos mira y se hace el sordo. Y enseguida también me criticaron a mí pues comentaron, en una pregunta de esas que no inquietan nada sino que implícitamente encierran una censura, ¿Por qué le importa tanto que alguien saque vacaciones?, y me miraron como se mira a un fisgón inoportuno, a un vecino impertinente, entrometido.

El miércoles, pues, había desaparecido, y yo había espiado sus peores olores hasta el domingo. El lunes había hecho mi primera pesquisa con las señoritas Montoyas. Y ese martes acababa de hacer la segunda. Si ellas no vivieran en el edificio, yo me habría atrevido a forzar la puerta de arriba. No tengo ningún derecho, lo sé, pero lo habría hecho, porque ya no cabía en mi cuerpo de la impaciencia. Y una semana después, al otro martes, todo seguía igual.

No podía aguantar. Me hacían falta él y su basura; necesitaba saber algo más sobre esas tres mujeres, quizá necesitaba volver a ver a la del medio.

Decidí pedir un permiso en la revista e irme a Bogotá, a las Torres del Parque, a indagar por un nombre que sabía, a indagar por una señora Rebeca, mujer madura, todavía bonita, de unos sesenta años, de aspecto tan hierático como inolvidable, con un anillo inmenso en la mano derecha, esos eran mis datos, si es que la visitante de ese martes nefasto había sido la destinataria de esa carta de meses atrás, como era mi hipótesis, mi tesis de escarbador de basuras, mi casi indudable silogismo de indicios.

No sé decidir si tuve suerte en Bogotá. En una de las torres no sabían nada, en la segunda me dijeron que sí había vivido allí una señora de nombre Rebeca, sin duda, de apellido Donoso, me dijeron, pero también sin duda no tenía sesenta años, a lo sumo cincuenta, dijo el portero, después de haberle tenido que entregar, uno tras otro, tres billetes de diez mil. ¿Y dónde vivía esa Rebeca Donoso? Eso sabrían decírmelo en la administración. En la administración, aunque un poco renuentes y suspicaces al principio, finalmente me dieron un teléfono, no una dirección. Era el teléfono de un colegio muy conocido en Bogotá y ahí encontré a Rebeca Donoso. La voz me temblaba cuando oí su voz, al otro lado. Traté de ser directo. Si era ella, me iba a comprender.

—Soy un vecino de Bernardo Davanzati, en Medellín, y estoy preocupado por él, desde hace más de quince días no lo veo. Tal vez usted...

Aquí me interrumpió una voz confundida. ¿Que qué, que quién, que cómo? Tenía un acento que no parecía de aquí, no era costeña ni bogotana ni antioqueña, era un acento de extranjera y parecía de veras confundida. Le expliqué brevemente lo de la carta, le dije algo de mi vecino, un famoso escritor, le mentí, y ella pareció aún más desconcertada. Me quiso despachar, pero ya al despedirse, me dijo, como con un recuerdo repentino, como por no dejar: «Tal vez, ¿sabe qué? Quizás la persona de la que usted habla sea otra Rebeca. En las Torres del Parque vivió también Rebeca Aguirre, yo la conocí, y nos reíamos porque las dos teníamos un nombre que era tan sonoro, tan duro y tan escaso. Una señora alta, distinguida, muy bonita en mi opinión, pero hace varios años que ya no vive allí, se fueron antes que yo, su marido es violinista y yo lo veía salir de smoking los días de concierto, bajaba en el ascensor y olía a agua de colonia, era un señor mayor». Nada más pudo decirme la maestra Rebeca. Pero el dato del

violinista lo confirmaba todo, las piezas encajaban, claro. Sin duda no era ella, esta Rebeca, pero sin duda también era la otra: Rebeca Aguirre, entonces, la mujer del violinista, la mujer que había abandonado a Davanzati por un violinista, sí, como en su novela, sólo que en la novela lo había puesto clarinetista, como el amante de la esposa de Mozart, sí.

Compré boletas para un concierto de la Filarmónica que me bostecé de principio a fin, y al final, con el pretexto de felicitar al concertino, me escabullí hacia los camerinos y me puse a hablar con el primer violín. Que me disculpara, le dije, y empecé a preguntarle por un violinista muerto no hacía mucho tiempo, casado con Rebeca Aguirre, ¿lo conocía? Desde luego que lo conocía, a Federico, claro que lo conocía, le había dado un infarto en la mitad de un concierto, qué pérdida, qué pesar, era un gran tipo ese Federico, un tipo alegre, inteligente, bueno, más bueno que el pan, pero sufría del corazón, porque fumaba, fumaba mucho, sabe, aunque los médicos se lo habían prohibido. ¿Y su esposa Rebeca, la dirección, los datos, el teléfono? No, por lo que él sabía Rebeca se había ido a vivir a España después de la muerte de Federico; tenían una hija ya grande que vivía allá cuando él se murió. Y a ella aquí, sin Federico, ya no le convenía vivir, con esta violencia, con tantos muertos, con esta situación, y sin Federico, era tan buena compañía el bueno de Federico, pero no se cuidaba, lo que le digo, dos paquetes diarios, y de Pielroja, para colmo, pero la hija de ellos vivía en España y no vino al entierro, que yo sepa, al menos no la vimos el día del entierro, todos lo comentamos. O quizás no era hija de Federico, tal vez era una hija de ella, de antes, de otra vida de Rebeca, de otro matrimonio, pero no estoy seguro, tampoco éramos íntimos, colegas solamente, la camaradería que se da en una orquesta, usted ya sabe, como no hacemos giras tenemos pocas ocasiones de confraternizar.

Nada más pude sacar en claro, aunque el mismo concertino intentó ayudarme preguntándoles a otros músicos que creía más amigos del muerto. No, no sabían, tal vez la esposa sí vivía en España, o más bien en Italia o en Francia o en Holanda, en algún sitio de Europa, en todo caso. No sabían, no sabían bien. No pude averiguar nada más y volví a Medellín.

Cuando volví a Medellín, también Davanzati había regresado. Lo supe desde que llegué, al anochecer, al ver luz en su ventana. Este maldito tipo

me desconcertaba. ¿Dónde se habría metido casi tres semanas? Eso no se le hace a un vecino como yo. Ni que decir que lo primero que hice fue bajar al basurero. Voy a copiarles lo que encontré, pero no se hagan ilusiones, como yo me las hice, no se hagan ilusiones, porque lo que encontré, qué decepción, fue lo siguiente:

Oráculo

«Nunca descomponerse. Ser tan señor de sí que ni en lo más próspero ni en lo más adverso pueda alguno censurarle perturbado. No hay venganza como el olvido, que es sepultarlos en el polvo de su nada.» Esto me ha dicho el jesuita, sinuoso como todos los jesuitas. Sin embargo, ha sido o podrá ser provechoso. Coge tus cosas, reúne todos tus bienes y repártelos entre quienes quieras, ricos o pobres. Está dispuesto. El remedio es la tos, la risa, el estornudo. Pero no intentes devolver el tiempo, que todo es inútil, y ya está sepultado por los infinitos estratos de los años, ya está sepultado lo que pudo haber sido afecto, lo que pudo haber sido felicidad, caricia, cercanía. No queda nada y es mejor no arrepentirse. Haz lo que tienes que hacer y hazlo pronto. Durante el entierro deberá oírse el Actus Tragicus de J.S.B., y en particular el arioso que dice «Heute wirst du mit mir im Paradies sein», que es el fragmento más emocionado de Lucas.

Eso era todo. Después de más de veinte días de desaparición y de silencio, ¡eso era todo! Yo, francamente, no podía sentirme más descorazonado. Mi vecino de arriba no valía un viaje al centro, no digamos ya un viaje a Bogotá. ¿Qué significaba esta idiotez y qué podía tener que ver con su viaje? Me devané los sesos, claro, porque cuando uno quiere encontrar un sentido se lo encuentra a cualquier cosa, pero habría que hilar demasiado delgadito para ver en este tal oráculo alguna señal del destino o de los días perdidos de Davanzati o de sus días por venir. Nada más podía pensar que alguna desilusión habría tenido con alguien, pero después de semejante visita me parecía que su papel era una estafa. Yo tenía sed de saberlo todo y me salía con esto, con esto. Lo maldije, lo insulté, mandé palabrotas mirando el techo de mi casa (el piso de la suya), le hice gestos obscenos con los brazos, me puse ante la boca las dos manos y varias veces

le grité hijueputa. Después tuve que trabajar, hacer de afán algún artículo insulso, lo de siempre, una entrevista inventada a una persona real, una entrevista real a una persona inventada, cualquier cosa, y luego comí algo, y después me dormí, porque yo también vivo y también como y también duermo.

No las pesquisas, sólo el azar, a veces, revela la verdad, alguna verdad, quiero decir, los datos precisos de una vida ajena, cuando no tenemos muchos caminos para averiguarla. Davanzati era para mí todo este arrume de papeles inconclusos, era sus paseos y sus gestos, era su angustia, su rabia, su neurosis, era su repentina desaparición, era esa visita bellísima de las tres gracias, era esa carta, esa única carta y único fragmento seguro de vida (aunque alguna mentira podría también contener, no sólo miente la literatura, también mienten las cartas, tal vez mienten aún más las cartas que la literatura, porque en ellas hay que cuidarse más), era los recuerdos desmemoriados pero quizá ciertos de un arteriosclerótico, Jose, eso tenía, nada más. Davanzati estaba en esa edad en la que quienes podrían haberlo conocido mejor o ya están muertos o ya están sin memoria o nada les importa o les pasa lo mismo que a Davanzati: que ya nadie los conoce ni se acuerda de ellos y entonces uno, aunque los busque con lupa, ya no los encuentra. Cuando uno sale del mercado sexual, digámoslo así, del mercado de la carne, cuando uno ya no sirve para padre o madre, cuando no es famoso ni puede dejar herencia, desaparece de la mente de los hombres. Es tan simple y tan cierto, los viejos se van muriendo desde antes de morir, porque van siendo desterrados de la mente de quienes los conocieron, y ya no caben en la mente de quienes los pudieran conocer. No se registran, no importan, se pasan por alto como gitanos o mendigos. Eso hacía aún más difícil averiguar cualquier cosa sobre él.

Sus papeles, después de este viaje, llamémoslo así, supongamos como las Montoyas que fue viaje, sus papeles perdieron brío. Seguían apareciendo, de tarde en tarde, pero eran pobres apuntes sin importancia, inercia de una vieja costumbre, de un viejo vicio que ya somos incapaces de dejar. Y en todo caso ya no fueron sus papeles, como dije, sino el azar lo que me dio algunos datos más sobre Davanzati.

Y el azar vino otra vez vestido en ropa de mujer, sí, otra mujer llegó a tocar a la puerta del edificio. No tenía todavía cincuenta años, diría yo, pero ella también estaba a punto de salir del mercado. Estaba en esa edad en que muchas mujeres desaparecen para la vista de los hombres. Bellas desde hace mucho, feas dentro de poco. Esa edad en que ya nadie vuelve la cabeza cuando pasan; esa edad en que los piropos de los hombres se hacen raros y más que raros esporádicos, y más esporádicos aún hasta llegar a inexistentes. Y no era esta mujer, ni había sido, tan bonita como Rebeca, a quien se le notaba todo su pasado glorioso aún en su presente marchito, no, ni tenía un aspecto tan inquietante, era común y corriente, sencilla, algo envejecida aunque de andar todavía juvenil y de ojos inmensos y curiosos. Me la encontré una mañana, digo, en la puerta del edificio y vi que tocaba en el timbre de Davanzati. Eran las nueve y a esa hora mi vecino debía estar haciendo su caminata higiénica. No le hablé yo, fue ella misma la que me habló.

—¿Usted vive aquí? ¿No sabe usted si por casualidad Davanzati está o habrá salido? Ya vine a buscarlo hace una semana y tampoco lo encontré.

Después se presentó y su nombre me hizo sobresaltar: Anapaola. No podía dejarla ir, no podía, tenía que encontrar cuanto antes un pretexto para retenerla. Por eso le dije:

—Mire, él casi siempre sale a caminar de ocho a nueve y media. Yo sé el camino que sigue a veces, si quiere la acompaño, tengo tiempo.

Y ella me agradeció. Era obvio que no tuviéramos otro tema de conversación que esa persona ausente y que por un momento nos unía. A Anapaola le debo casi todo lo poco que sé realmente sobre Davanzati, todo lo que sé de él que no sea a través de mis ojos o de sus escritos o de lo que dijo Jose o dijeron los músicos de la Filarmónica. Al ponerle conversación, mientras bajábamos despacio por la avenida Jardín hacia la Nutibara, le conté a Anapaola que Davanzati era un vecino muy cómodo, por lo discreto y taciturno, pero que era también, para mí, un vecino misterioso, por los mismos motivos, y que todo eso me había llevado a quererlo. Sí, a quererlo, más a quererlo que a quererlo conocer, aunque esto último también, pero me había resultado imposible, porque él no respondía a ningún acercamiento y hasta una vez que había intentado hablarle me había parado

en seco con un simple alzar de cejas, haciéndome sentir como un impertinente. Anapaola se rió, o más bien se sonrió. Parecía, también, bastante reticente. Yo le dije lo que había averiguado de él en cuanto a su oficio de escritor público, publicado; le conté que había leído su primer libro, *Diario de un impostor*, le pregunté si conocía el segundo, el *Adiós a la juventud*. Volvió a sonreírse y a mirarme con cierto resquemor.

—Mi amistad con él no ha sido nunca literaria. Además es más reciente, es de hace veinte años, y hace veinte años él ya había dejado de escribir, como usted sabrá. Él habla de su vida de escritor, si es que habla, como de la vida de otro ser humano, de cuando él era otro. Dice que en otra vida él fue un pésimo escritor, que afortunadamente dejó la escritura, como se deja un vicio pernicioso, y que eso es todo. Dice que esa fugaz reencarnación en el cuerpo de un escriba fue su peor condena, el pago con intereses agiotistas de alguna antigua culpa. Una vez yo quise leer lo que había escrito, le rogué muchas veces que me lo diera, pero él me lo prohibió. Me dijo que si yo leía una sola de sus páginas no volvería a verme; y yo con él me divertía... —Aquí paró un momento, Anapaola, y luego añadió—: Me divierto. Cada vez lo veo menos, en realidad. Este año lo habré visto cuatro o cinco veces, si mucho; antes nos veíamos más. Él se ha vuelto cada vez más solo. Además...

Pero aquí se detuvo, como si estuviera a punto de violar un secreto, algo que no se debía decir a un desconocido, y menos a un vecino de la persona de quien se estaba hablando. Tampoco yo quería ni podía revelarle ese otro secreto de Davanzati, mi secreto. Así que intenté llevarla por un sendero que no condujera tan pronto a ninguna intimidad, para no asustarla, y al mismo tiempo rogaba al cielo que no nos fuéramos a encontrar con él pues eso haría terminar nuestra plática, mi plática primera con la única persona en el mundo que yo sabía que conocía a Davanzati (y que no había perdido la memoria, como Jose), la única que había hablado en efecto con él, la única que quizás había tocado su mano, tal vez más. Le dije:

—A mí el libro de él me gustó, y siquiera nunca tuvo oportunidad de prohibirme que lo leyera. Martín Moran es un personaje entrañable. Es un libro que recuerdo con cariño, así como recuerdo con cariño las reseñas que él escribía en *El Magazín de El Espectador*. Era un crítico benévolo, y usted

no sabe lo escasos que son los críticos benévolos; hoy en día todos se quieren lucir con el sarcasmo y la burla. La lengua virulenta asegura el éxito con los lectores. Por eso parece que los críticos apostaran a ver quién hace más duro, como torturadores. Creo que a Davanzati, a diferencia de lo que él siempre hizo con los demás escritores, lo trataron mal.

—Él de eso no habla, como ya le dije, conmigo habla de ciencia, yo soy bióloga, trabajo en la universidad, y a él le interesa mucho la biología. Yo le prestaba libros y después los comentábamos. Divulgación científica, cosas así. Él dice que desde que dejó de escribir le interesa mucho más la ciencia que la literatura. Dice que la literatura ya no tiene nada que descubrir, dice que las novelas no son una cosa seria, mientras la ciencia sí. Hablamos de evolución, de bioquímica, de genes, cosas así. Para él la literatura es tan sólo un pasatiempo, una distracción que ya no necesita, la televisión de antes de que inventaran la televisión, eso dice.

—Pero yo una vez vi su biblioteca —mentí yo— y estaba llena de libros de literatura.

—Ah, sí, tal vez, pero son viejos, libros de su otra vida, libros de antes. Él dejó de escribir...

Otra vez se detuvo. Era obvio que ella celaba las intimidades de su amigo; era evidente que a él no le gustaba —y se lo habría advertido— que contara sus asuntos a extraños, es decir a nadie, porque para un solitario el resto de la humanidad se compone de extraños. Anapaola cambió el rumbo de su frase.

—¿Cree que lo vayamos a encontrar por aquí? Quisiera verlo. En todo caso, si lo viera, no me le acercaría. Él detesta que lo paren por la calle, incluso sus amigos. Pero me gustaría verlo, aunque fuera de lejos. Estaba preocupada por él; hace mucho tiempo que no lo veo. Menos mal que usted me dice que está bien, yo ya estaba pensando...

Se detuvo otra vez. Ella, creo, vivía tan pendiente de él como yo. Bueno, quizá no tanto, pero mucho. Por eso me atreví a decirle:

—Estuvo perdido veinte días. Perdido..., bueno, no sé. Es decir. Durante veinte días se fue del edificio sin decirle nada a nadie. Aunque, claro, él nunca le dice nada a nadie y tampoco tenía por qué avisar. Volvió hace

poco, la semana pasada. ¿Sabe? Yo también me alarmé, pero no conozco, no conocía a nadie que lo conociera. Hasta hoy.

Anapaola sonrió. Dijo:

—Usted es la segunda persona que yo conozco que lo conozca. O bueno, mejor dicho, que lo recuerde, porque me parece que muchos que lo conocieron ya no lo recuerdan. El otro es Jose, pero Jose está loco, es decir, Jose perdió la memoria, pero si Jose no lo recuerda por lo menos su olvido no es deliberado, no lo hace aposta, es a pesar de él. Creo que reconoce a Bernardo, lo reconoce, pero no recuerda bien quién es. Eso me decía al menos Bernardo. Me decía: «Jose todavía sabe que me conoce; aunque a veces no me reconozca bien. Cuando ya no sepa que me conoce, será otro hombre, habrá perdido su alma por completo y cuando a uno se le muere el alma es que está muerto. Que el cuerpo siga vivo es lo de menos. Cuando Jose ya no me reconozca no voy a volverlo a ver, porque ya estará muerto y cuando se muera se habrá muerto un muerto». Eso me dijo Bernardo. Tiene otros amigos, pero no viven aquí, viven en Europa, él cada año dice que piensa ir a verlos, pero nunca va, lleva tiempos sin verlos.

—Yo también conozco a Jose. Y un día que lo vi no estaba tan muerto como Davanzati dice que está. Me contó algo sobre la mujer de Davanzati.

Anapaola se sorprendió y me miró con los ojos más abiertos que nunca. Con desconfianza, casi con rabia también de que alguien pudiera saber, como ella sin duda sabía, algo de Davanzati.

—¿Y por qué conoce a Jose?

—Fue casual. Estaba haciendo un reportaje sobre el Partido Comunista y me lo presentaron, me dijeron que hablara con él, que los había conocido a todos, a todos los fundadores, quiero decir.

—Esto pareció tranquilizarla.

—Ah, sí, Jose siempre ha sido comunista, aunque no de partido, eso no. El era, él es muy independiente.

—Sí, ya lo sé—. Y aquí quise arriesgar otra pregunta, otro nombre de aquellos que habían salido en esa hoja que se revelaba cada vez más cierta y menos literaria. Así que añadí—: ¿Y Sergio?

Anapaola tuvo otro sobresalto, giró la cabeza para mirarme a los ojos:

—¿Cómo sabe de Sergio?

—Uno a veces se entera de cosas, sin querer.

—Sergio era mi marido. Ya no. De eso hace mucho tiempo, más de veinte años. Nunca le perdonó.

—¿Perdonó qué? Perdona, no le entiendo.

—Mire, yo vivo ahí. Gracias por la compañía. Si ve a Bernardo, ojalá no le diga que lo estuve buscando, y mucho menos que hablé con usted. No le gustaría. Le daría rabia. Muchas gracias. Que esté bien.

Estiró la mano y me la dio con un ademán fuerte, casi militar, y se adelantó con paso rápido, hacia el portal. Yo me fijé bien en el edificio al que entró, me grabé la fachada, la placa con el número, miré atrás y adelante para asegurarme de reconocer la calle. Algún día, sí, algún día yo iba a volver a esa dirección, aunque ella no me invitara.

Cuando regresé al edificio de Anapaola, tres semanas después, Davanzati había desaparecido por segunda vez. Durante esos días sus hojas en la basura se habían vuelto raras y casi indescifrables. En su desgano traían el anuncio de su próximo silencio. Les voy a copiar un par de ejemplos, el primero es un tonto trabalenguas:

1

La vida es un error, una trágica comedia de equivocaciones en la que todos estamos dominados, como perritos, por el sexo, y condenados, como humanos, por la conciencia. La vida es una tragedia equivocada en la que un cómico, por error, actúa como un perro sin conciencia y lo condenan por humano. Lo humano es un dominio de los perros en el que el sexo se equivoca en una cómica tragedia de la conciencia. La conciencia es una equivocación en la que el perro del sexo domina el error de la vida. El error es la condena del humano que, consciente de la tragedia que es su vida de perro, domina el sexo como si éste fuera una equivocación. La equivocación es el perro de la conciencia cuyo sexo condena a los humanos a ser dominados por el error. El dominio es la conciencia de la tragedia humana de ser perros por equivocación. En la primera edad de la vida nos domina el sexo y en la última el remordimiento. El remordimiento es el sexo dominado y no convertido en una deliciosa comedia de equivocaciones en la que la conciencia trágica se convierte en un perro error.

El segundo es una divagación nebulosa:

2

Seré al fin lo que siempre quise ser, un nefelibata. Viviré entre las nubes y sólo por las nubes me voy a interesar. Voy a averiguar, mirando el cielo sin parar, cuál fue exactamente esa nube que una vez miró Hamlet y que parecía un cordero, un camello, un gato, una mesa, una flor. Seré un experto en cúmulos, en distinguir el cielo aborregado de los celajes que miraba Rita, me fijaré en estratos, en cirros, troneras, nimbos, sin alma de meteorólogo, sin interés de piloto, sólo porque me gusta andar en nebulosos nubarrones, sólo por amor al nefelismo y a los arreboles, sólo porque mi ánimo nublado, encapotado, no permite otra cosa que mirar las formas que las nubes forman en el cielo, y yo seré un experto en distinguirlas. Hermano de las nubes, yo soy, hermano de las nubes, de las errantes nubes, de las ilusas del espacio. Nada más. Nubes, nubes, nubes, y nada más que nubes.

¿Podía sacarse algo en claro de semejantes bobadas inútilmente enredadas? Además, careciendo de todo valor testimonial, carecían también de todo valor literario, pues eran sólo un juego de trasposiciones, de palabras barajadas que parecían conformar ideas —porque los seres humanos convertimos en idea cualquier frase sin sentido— pero que no pasaban de ser escritura aleatoria o escritura sinonímica hecha con la ayuda de algún diccionario de sinónimos. Y con decirles que éstos eran los papeles más comprensibles que encontré en esos días, está dicho todo. Yo pienso que Davanzati se estaba extinguiendo y que lo suyo eran como delirios de un moribundo. Había perdido su lucidez, su humor, el sentido de la narración, todo. Él, que habría podido ser un escritor regular o quizá incluso medio bueno, era ahora un simple apuntador de incoherencias. Pero poco antes de su desaparición (ésta ya definitiva, creo, pues han pasado meses y más meses) tuvo, sin embargo, un último fulgor. Las páginas finales de Davanzati, las últimas hojas suyas que he hallado, aunque parecen escritas por alguien que se sabe al borde de un abismo, tienen esa serena fatalidad de lo definitivo, esa resignación frente a algo que parece

ineludible y que les da al menos ese aire siempre interesante que tienen los testamentos o las últimas palabras de todos los agonizantes.

Pero esas hojas últimas ya no las encontré en la basura del edificio, como siempre, sino en su propia papelera al lado del escritorio. Sí, porque la segunda vez que Davanzati desapareció, poco después de mi primera conversación con Anapaola, esta segunda y última vez que se fue (creo, me parece que será la última vez) no actué con la misma parsimonia y discreción que la primera, no. Esperé ocho días, ocho prudentes días, en que no se oía paso alguno, en que no se veía paseante alguno, en que no se recogía papel alguno en la basura, esperé esa semana larga y después, una mañana, no aguanté más y llamé a un cerrajero. Era domingo y las Montoyas acababan de salir para su misa larga. Yo fui por un cerrajero a Belén y le dije que había olvidado la llave dentro del apartamento, que por favor me lo abriera. Tenía las llaves del portal, sí, pero se me habían olvidado adentro las del apartamento. Me hice abrir la puerta de Davanzati, sí, le pagué al cerrajero que logró hacerlo en dos minutos con una ganzúa, y entré, entré adonde nunca había entrado, me metí en el útero mismo en el que había nadado durante años Bernardo Davanzati, mi vecino de arriba, fui el peor vecino de los vecinos que puede haber, el vecino fisgón, el vecino chismoso, el vecino ladrón, el vecino que se mete en tu propia casa sin haber sido invitado. Como si entrara a un templo, la puerta se cerró a mis espaldas, y miré a todos lados como se miran los altares, las columnas, las naves, las obras de arte y los vitrales al entrar en una iglesia.

Tembloroso, lo primero que hice después de mi inicial ojeada circular, fue aspirar el aire. Olía a polvo, olía vagamente a guardado, pero no olía a muerto. Yo ya no pensaba que Davanzati se estuviera pudriendo allí mismo, como creí la primera vez que desapareció, no, esta vez estaba casi seguro de que había vuelto a marcharse, y tal vez para siempre, y que allí no hallaría su cadáver, pero en todo caso olí a fondo para no ir a tener una sorpresa más grave, unos pies tiesos dirigidos hacia el techo. Era un apartamento idéntico al mío, en cuanto a los espacios, pero muy distinto en la disposición de los muebles y en la decoración. Sobre las baldosas del piso había montones de tapetes orientales casi superpuestos, viejas alfombras polvorientas y, más que posadas con arreglo, desparramadas por el suelo sin un orden aparente,

con el único propósito, al parecer, de cubrir hasta el último centímetro de las baldosas. Algunos de estos tapetes estaban raídos o rotos, pero conservaban parte de su viejo esplendor. Las estanterías de libros dominaban todo el ambiente (no había cuadros, sólo una sucesión de anaqueles que forraban las paredes del piso hasta el techo) pero en casi todas las estanterías había baches, vacíos enormes, como si hubiera salido de lotes de libros en arrebatos de furia. Esto lo había comprobado yo mismo en la basura, pero podía verlo confirmado en los estantes. Pedazos de biblioteca abarrotados de libros, y al lado, hileras de tablas vacías, sin un solo volumen, o con un volumen caído, polvoriento, único, aislado. Las paredes estaban desconchadas y de ellas caía una especie de polvillo permanente; eran de color nicotina, pensé yo —aunque nunca había hallado colillas en la basura de Davanzati—, y hacía años que necesitaban una mano de pintura. Había telarañas en los rincones y mugre viejo sobre los muebles. Frente a la ventana un escritorio inmenso y sobre el escritorio un vaso lleno de lápices y un sacapuntas en un extremo del escritorio, de esos de manivela, oficinescos, de oficina de otros tiempos. En el lado izquierdo del escritorio, una resma de papel abierta, una resma como la que le había visto subir, aunque a medio gastar. No encontré ninguna hoja escrita, ni en los cajones ni sobre el escritorio. No pude resistirme (mi antiguo vicio me guiaba) y miré dentro de la papelería. Arrugadas, había un par de hojas, las dos últimas hojas halladas de Davanzati, que luego les transcribo. Encima del escritorio, fuera de los lápices y el papel, estaba un diccionario de la Academia en una vieja edición y el diccionario etimológico de Corominas, nada más. Revisé minuciosamente los cajones. Nada que no pueda llamarse tonterías: viejas gomas de borrar, lápices cortos a fuerza de sacarles punta, clips, una cosedora herrumbrosa, sobres para cartas, agendas de otros años sin apuntes, sin citas, un destornillador, una navaja, un cortapapeles, un martillo, una pluma oxidada, bolígrafos baratos, un rollo de cinta pegante con cara de haber sido comprada hacía lustros... Me empecé a sentir y cada vez más me sentí como un ladrón en busca de joyas valiosas en una casa de pobres.

No pobre en dinero, eso sí, pues pude revisar sus extractos bancarios, metidos con cierto orden dentro de una vieja carpeta de cartulina gris. En

uno de los últimos que decía *Credit Suisse, Private Banking*, tenía más de seiscientos mil dólares en certificados a término fijo, y varios miles en una cuenta corriente. Y en la caja de ahorros local, casi ciento ochenta millones de pesos, en cuenta y en certificados. Me metí al bolsillo el último resumen de este par de cuentas, lo único valioso hallado en su escritorio, y seguí buscando.

En el dormitorio la cama semidoble estaba deshecha y las sábanas no parecían muy limpias que digamos. Tenía encima un edredón de plumas, ajado, demasiado caliente para el clima de Medellín; el tipo, sin duda, era friolento y recordé algo en lo que nunca había reparado: en las chaquetas de lana, como de cachemir, que casi siempre llevaba puestas Davanzati. El baño estaba sucio, no digamos cochino, pero sucio. Jabones viejos, un frasco de champú a medio gastar (para pelo canoso, el hombre conservaba cierta vanidad), cuchillas de afeitar de las de antes, con doble filo y orificios en el medio, una cucaracha muerta y patasarriba cerca del desagüe de la ducha, una brocha calva, dos peinillas negras, un tubo de dentífrico mal apretado por el medio y sin tapa, un par de calzoncillos en el suelo, un frasquito de agua de colonia, abierto y ya casi sin aroma. Escarbé también en el closet y en la mesita de noche: nada extraordinario. Una colección de corbatas pasadas de moda, de otra época y colores oscuros, color de hormiga, pensé yo, viejos trajes apolillados y sin uso, mal cubiertos por forros opacos que habían sido transparentes, camisas blancas amarillentas por el tiempo, rollitos de calcetines oscuros en los cajones. Debajo de las camisas, sin embargo, había algo interesante: el famoso recorte de *El Tiempo* con la noticia, escueta, sobre la detención del escritor Bernardo Davanzati en un aeropuerto de Los Ángeles y sobre su proceso en un juzgado de Estados Unidos por tráfico de drogas y lavado de dólares. Era una noticia breve, sin fecha (pero debía ser de principios de los setenta), y algo de la mala leche de *El Tiempo* se notaba en la forma como estaba redactada la noticia: «El escritor Bernardo Davanzati, colaborador habitual del diario *El Espectador*, fue apresado esta semana en Los Ángeles, acusado de...». Era hábil *El Tiempo* para colar comentarios en sus noticias; cuando no era que inventaba informaciones tan rebuscadas como aquella de que alguien NO se había ganado la lotería.

En el equipo de sonido estaba puesto un disco y miré de qué se trataba: una cantata de Bach, BWV 106, decía la redonda etiqueta agujereada en el centro. A los pies del tocadiscos más LP en acetato que no recuerdo bien, salvo tal vez la *Sonata a Kreutzer* de Beethoven y muchas otras cantatas de Bach. Dejé de escarbar entre los discos y me fui a la cocina. Nada había allí que yo ya no supiera por la basura. La nevera ronroneaba y dentro quedaban restos de verduras: acelgas marchitas, berenjenas blandas, lechuga ennegrecida y a punto de podrirse, tomates tristes. Una botella de brandy por la mitad y media docena de botellas de vino, de Rioja, sin abrir, estaban apiladas en la despensa, al lado de latas de conservas: tomates, atún, carne de diablo, maíz tierno, espárragos. Una sartén sucia de grasa sobre el fogón y platos y cubiertos sin lavar. Un litro de leche cortada, fuera de la nevera al lado de un rectángulo de queso con moho azul en la corteza, unas papas retoñando en un cesto de mimbre. En el cuarto del servicio sólo había cajas de revistas viejas (las abrí todas y no había nada de Davanzati, nada que me interesara de verdad, viejas revistas literarias y ninguna de ellas se llamaba *Rebus*) y una máquina de escribir mecánica, metida en su maletín negro y polvoriento y como con signos de no haber sido abierto durante años. Lo abrí con la esperanza de encontrar siquiera las huellas del último papel escrito, pero sobre el rodillo negro sólo se distinguía una sucesión caótica del abecedario, bainaioijlddkfadhañdiladoj awrajoelmcoiq8ajoajaf didguaulpvnñajdfañlfkjñaiu.

Busqué por todas las estanterías alguno de los libros de Davanzati, el *Diario* y sobre todo el *Adiós a la juventud*, pero no estaba ninguno de los dos, y les aseguro que fui minucioso en mi búsqueda, que duró hasta bien entrada la mañana del día siguiente pues pasé allí toda la noche del domingo, sin dormir, casi sin espabilar, tratando de descubrir un cuaderno de apuntes, un legajo de cartas, un álbum de fotos, un diario, sobre todo un diario. Abrí todos los libros en busca de cartas, fichas, fotos, papeles, lo que fuera, pero solamente salieron viejos calendarios estilo naipe, contraseñas de entradas a cine, billetes de teatro, un dibujo infantil. Ni una foto, ni una miserable foto había en toda la casa, ni de Davanzati, ni de una mujer, un hombre, una niña, un viejo, nadie. Busqué también algunas copias del viejo *Magazín* de *El Espectador*, con las reseñas escritas por Davanzati, pero qué

va, no encontré ni una. Vi un baúl y me sobresalté con la esperanza más viva: vacío. Levanté uno a uno los tapetes y sólo encontré polvo y algodonosas motas de pelos y suciedad. Levanté los cojines del único sofá, miré debajo del colchón, palpé dentro del colchón, vacié los bolsillos de chaquetas y pantalones, metí los dedos en tres viejos pares de zapatos, toqué las paredes con los nudillos de la mano, en busca de algún vacío o escondite secreto, una caja tapiada, una tumba de manuscritos, algo. Nada. Solamente el par de hojas dejadas en la papelera; el lunes por la mañana salí con ellas, desconsolado, como desconsolado se las copio:

No volveré a escribir; lo tengo decidido. Lo he dicho tantas veces, estos años, lo he escrito tantas veces, mintiendo y mintiéndome, sabiendo que mentía y seguro de que me mentía. Pero ahora es cierto, no volveré a escribir. No, no es como esos fumadores que dicen: ultimo cigarrillo, y lo juran, y lo aspiran y se despiden, pero vuelven a fumar al otro día o una hora después. No, no es eso, esta vez es cierto: no volveré a escribir. ¿Pero por qué escribir que no volveré a escribir? ¿Por qué no callarlo de una vez? ¿Por qué escribir incluso eso? Es incomprendible también para mí, pero debo escribirlo: no volveré a escribir. Sólo un gesto, dijo alguien. Yo no voy a decirlo. No contaré mi muerte pues la desconozco y no tengo ningún gesto planeado. No creo que vaya a morir muy pronto, ni mañana ni la semana entrante y tal vez ni siquiera el año que viene. No volveré a escribir, y no lo digo como el alcohólico que se toma una última ginebra para al día siguiente tomarse otro ronquito. No. Lo digo en serio. Hace más de treinta años dejé de escribir para los demás y lo seguí haciendo, por inercia, para mí, para poder pensar estando solo, para hacerme compañía con lo que más acompaña, las palabras. Ahora dejaré de escribir hasta para mí mismo. Algo se ha roto en mi vida, en mi escritura, algo se ha roto. O quizás será mejor decir que algo se ha cerrado. Mi mejor amigo hace unos meses que entregó su alma. A mis otros amigos, curiosamente, ya no quiero verlos. Yo escribía por ellos, para ellos, aunque ellos no pudieran leerme. Escribía no para que me quisieran, sino porque los quería. Pero mi corazón se ha oscurecido, endurecido y ya no quiero a nadie. A mí hace ya mucho que dejé de quererme. Pasó algo, por supuesto, pasó algo. Pasó

algo que yo sabía que iba a pasar; pasó algo que yo sé (y que yo ya sabía, que yo siempre supe, desde hace treinta años) y que no vale la pena que me vuelva a contar. Una emoción, una gran emoción, seguida de un definitivo desconsuelo. Lo que yo más quería, lo único que yo quería, la forma de mi vida, lo que podría haber justificado mi vida, lo vi pasar ante mis ojos y era ajeno. Tengo el corazón podrido. Es la frase de un bolero, cierta y horrible como todas las frases de bolero. Lo malo de los boleros es que dicen frases ciertas y todo lo que es cierto es muy banal porque todos los hombres lo sentimos de la misma manera. Hay que decir lo mismo de otra forma, y eso es muy difícil, o hay que decir mentiras, y tanto lo uno como lo otro es la literatura, una inmensa mentira que parece verdad y una amena manera de decir lo mismo. Se me han acabado las mentiras y no pude escribir lo mismo de distinta manera, así que dejo de escribir. A ella, a esa mentira, sacrifiqué mi vida, o no mi vida (que es una miseria insignificante, que es un desfile de años vacíos en los que no hice nada, una sucesión de comidas, paseos, decepciones y brevísimas alegrías que carecen de importancia) sino aquello que mi vida podría haber sido: el contacto con alguien, el amor a alguien. Me he pasado treinta años trotando con dos índices sobre las teclas o apretando un palito entre mis dedos cuando debí haber estado tocando la piel de un cuerpo. Pude haberlo hecho y no lo hice y no me lo perdono. Con menos rencor, con más insistencia, podría haberlo hecho. Ahora es ya muy tarde y aunque no vaya a morirme mañana nada puede rescatarse. La más amada piel, la piel que es casi como mi piel era, es la piel de una extraña. Lo declaro por escrito: la escritura me robó eso: lo que yo más quería, otra persona. Odio lo que he escrito, tanto lo publicado como lo perdido. Odio lo que soy, y lo único que he sido son estas torpes palabras que he intentado juntar. Todo ha sido un camino equivocado que ya no puede desandarse. Ahora no escribiré más. Me largo. No tengo tiempo ya para ser otro, pero tampoco quiero morirme siendo el mismo.

No volví a entrar en el apartamento de Davanzati; primero porque después de salir me encontraba otra vez sin llave para entrar, y segundo porque ya no tenía un motivo para volver allí. No volví a bajar, tampoco, a la basura del edificio; para qué. Abrí, sí, los sobres bancarios que llegaban a

su nombre y que luego cesaron. Su cuenta en Colombia fue cerrada; la cuenta suiza se redujo a cuarenta mil dólares y el resto del dinero fue girado a Madrid. Entendí que la joven de treinta años, la de los ojos de Davanzati, la de ojos húmedos que me había cautivado, era ahora un poco más rica o un poco menos pobre. Entendí también que ese viejo pendejo que vagaba por el mundo sobre el que Davanzati había escrito un cuento, ahora era él mismo: se había convertido en uno de sus personajes. Se moriría por ahí, de pena o de infarto, en cualquier cuarto de hotel, en Suiza o Singapur, daba lo mismo. Y unos meses después de su definitiva desaparición (¿cuánto ha pasado ya, más de un año? No, un poco menos) empecé a pensar en este libro con sus papeles descartados, en este resumen que no sé si terminará también en la basura, y me hice amigo de Anapaola, para que me ayudara. Anapaola me contó lo último que les puedo contar sobre Bernardo Davanzati, el final de esta historia, los últimos datos que pude reunir sobre él, hallados en el cubo de la memoria de su última amiga.

Cuando volví a verla me pareció mucho, muchísimo más joven que la primera vez que la vi. Ya no parecía de cincuenta, ni siquiera de cuarenta aunque tuviera más de cuarenta; parecía una muchacha que apenas ayer había dejado de ser joven y que se oponía con gracia y buen humor al paso de los años. Al principio fue, como la primera vez, muy reticente conmigo, y más en el tema de Davanzati, pero cuando le pude demostrar que él había desaparecido, y cuando le mostré ese fragmento manuscrito en el que él la mencionaba a ella, se convenció de que mi interés no era interés de maniático ni de periodista ni de averiguador de chismes ni de intruso, sino el interés de un lector que de verdad estaba fascinado por la historia, real o ficticia, de un oscuro escritor de ficciones para nadie. Vio, mejor dicho, que el intruso era, sí, intruso, pero un intruso que había encontrado un motivo válido para serlo: salvar unos papeles, rescatar del silencio las palabras de un mudo.

Fue así como, poco a poco, pude ir conversando con uno de los personajes mencionados por Davanzati en sus papeles. Este libro estaría más completo si yo hubiera podido hablar también con Rebeca, su ex mujer, y con su hija y con las demás personas mencionadas por él en su literatura más llena de personas que de personajes, pero esto no fue posible. Las que

acabo de mencionar ni siquiera viven en Colombia y sería impertinente e inútil someterlas a preguntas por correspondencia. Dudo que lleguen siquiera a enterarse de la existencia de este libro (que dudo que llegue a ser libro). Pero yo quiero terminar mi recopilación, esto que me he impuesto como un deber o tarea de vecino que rescata de las aguas el niño abandonado por un padre irresponsable. Lo siguiente es, poco más o menos, lo que Anapaola me contó de Davanzati en varias tardes que pasamos juntos hablando de su vida. Resumo su relato y conservo solamente los puntos que me parecen sobresalientes, dejando la historia en los huesos, en el esqueleto sin carne en que se van convirtiendo los recuerdos.

«A Bernardo lo conocí hace veintidós años, cuando era corrector de la revista de Jose y de Sergio (no se llamaba *Rebus*, se llamaba *Versus*) en la que yo escribía la página de ciencias. Hacía poco había vuelto de la cárcel, en Estados Unidos, y ya no podía ver a su hija, que tenía ocho o diez años y vivía con Rebeca en Bogotá, con Rebeca y con el violinista. Le habían arrebatado la patria potestad por abandono de la niña y porque era traficante de drogas, un preso que ni siquiera pudo presentarse al juicio de paternidad, y ahora el violinista era el padrastro de la niña y su madre la única responsable de su educación y de su vida hasta que fuera mayor. No lo dejaban verla y él, aunque al principio lloró y pataleó, acabó fingiendo que ya no estaba interesado en verla. Había pasado seis años en la cárcel, en Los Ángeles, y en todo ese tiempo no había sabido nada ni de su hija, ni de su ex esposa, decía que era como si se le hubieran muerto. Él había querido a Rebeca, la había querido de verdad, y a la niña también, o más a la niña, mejor dicho, pero él era sobre todo un egoísta y un amargado y un orgulloso, y como se sentía tan humillado por todo (el abandono, el fracaso del libro, el hecho de que todos lo ignoraran) y como no tenía plata y como ya su esposa se había largado con el violinista y la niña, entonces se puso a llevar cocaína a Estados Unidos. Fue como un juego diabólico, como jugar a la ruleta rusa, como jugar al suicidio. Toda la plata que todavía tenía al desaparecer, todos esos dólares que me dices de sus cuentas en Suiza, todos sus ahorros y de lo que siempre ha vivido en los últimos decenios, lo hizo en dos o tres años de traficar con cocaína. Ganó casi dos millones de

dólares en ese tiempo, creo, al menos eso me dijo una vez, medio borracho, que había ganado dos millones de dólares con unas cuantas maletadas de perico que había logrado meter en Estado Unidos, y con unas cuantas tulas de dólares en efectivo que había podido traer, camufladas, de regreso, para que los mafiosos los lavaran aquí comprando fincas y políticos, comprando jueces y fábricas, todo eso. Él estaba obsesionado con la literatura y quería ser un escritor importante, pero su primer libro, que salió cuando él ya tenía más de treinta años, fue un fracaso. Nadie lo compró. Lo tuvieron unos meses en las librerías y después fue retirado porque no se vendía; la editorial lo sepultó en unas bodegas y ahí se pudrió, creo, o lo sacaban en las ferias del libro para rematarlo casi regalado en los morros de viejos e invendibles. Rebeca, por lo que sé, era una mujer maravillosa y no se enamoró del violinista porque Bernardo fuera pobre ni porque hubiera fracasado con su libro; a ella eso la tenía sin cuidado; se enamoró porque se enamoró y porque Davanzati era infiel como un perrito. Sufría de mal de falda, siempre sufrió de eso, menos al final, en estos últimos años cuando ya se quedó solo solo de verdad. Pero en esos días, cuando Rebeca estaba con la niña de pocos años, a ella muchas veces le tocó hacerse la desentendida frente a todas las que él le hacía, y es que él no podía ver ni un biombo ni una bicicleta porque ya estaba metido ahí detrás con alguna mujer, cuando todavía vivían juntos, hasta que poco a poco Rebeca se fue cansando y terminó odiándolo. Cuando se fue con el violinista y la niña, a esas alturas ya lo odiaba, por todas las cochinas que él le había hecho, por ser él tan perro y tan puto y tan falso y tan infiel. Pero cuando ella lo dejó la gente empezó a hablar. Un escritorzuelo que lo odiaba sin motivo se puso a divulgar que Davanzati, además de cornudo, era también marica, que él lo sabía de buena fuente. Era cierto lo primero, lo de cornudo, aunque muy poco, porque Rebeca se había metido con el violinista casi que por despecho, pero lo segundo no era cierto, o al menos no que me conste ni que pareciera. Pero ese escritor que lo odiaba sin motivo lo decía con deleite. A Davanzati, aparentemente, no le importó nada el abandono de Rebeca; hizo de tripas corazón, como se dice, al mal tiempo buena cara, quien canta su mal espanta, todo eso, pero con el fracaso del libro y con la ida de Rebeca quiso cambiar de aires, de profesión, de oficio, se olvidó de

los libros y se metió en ese lío de la mafia. ¿Se estaba vengando de qué? Tal vez de sí mismo, o estaba harto de ser pobre, qué sé yo. Y entonces ahí sí se hundió del todo: él mismo, me parece, quiso buscarse un castigo. Pasó mucho tiempo en la cárcel y ni siquiera le sirvió para mejorar el acento de su inglés porque fue por esos años que empezó a quedarse sordo, sí sordo.»

Cuando Anapaola dijo lo de sordo, lo recuerdo muy bien, yo estaba sentado en un sofá de su casa, cuando ella explicó que Davanzati era sordo, yo me entristecí más, me enfurecí conmigo mismo. A veces hasta los más atentos, hasta los más cuidadosos, perdemos algún dato esencial de la verdad, de puro distraídos. Siempre se piensa que el oído es fundamental en los músicos, pero para un escritor, para cualquiera, oír no es menos importante. Y es que un escritor (o al menos alguien como yo, que copia a otros escritores) se quedaría vacío si no pudiera oír las historias de los otros, lo que los otros dicen por la calle. Un escritor sordo es un insecto sin antenas, un perro sin olfato, un tiburón sin dientes, pierde la voz de su gente, pierde las historias de la vida común y corriente que son las que forman la literatura. Quedarse sordo, para un escritor, sería como si yo me volviera ciego o tullido y no pudiera bajar a recoger lo escrito en la basura ni después leerlo. Por eso me entristeció tanto esa tremenda revelación de Anapaola sobre la verdadera mutilación de Davanzati. Pero voy a seguir copiando lo que oí, lo que oí yo que todavía no soy sordo:

«Perdió el oído izquierdo, primero, al parecer de un bolillazo que le dio un guardia en la cara, eso decía él, al poco tiempo de que lo metieran en la cárcel. En la cárcel cogió el tic de inclinar la cabeza hacia el hombro izquierdo, para tratar de oír mejor con la oreja derecha, y era curioso, algo ridículo, ese inclinar la cabeza pues le daba un aire como de títere, de muñeco de trapo. Cuando volvió quiso ser otra vez lo que era, escritor, y Jose y Sergio lo pusieron a trabajar en la revista, de corrector, para que hiciera algo, y como para decirle también que le perdonaban, que no les importaba que hubiera sido traficante. Él no escribía nada en la revista; decía que todavía no era capaz, que desde cuando lo habían encarcelado todo lo que escribía tenía sabor a encierro y a él le gustaba una literatura al aire libre y no ese clima enrarecido de cuartos cerrados, de barrotes, orina rancia y olor a guardado. Cosas que él se inventaba como disculpa, me

parece. Sergio, que era mi marido y trabajaba también en la revista de Jose, era el editor, había conocido a Davanzati desde antes de la cárcel y era tal vez el único que había escrito una reseña favorable sobre el libro. Ellos dos eran muy amigos. Pero eso no impidió que Davanzati se dedicara a cortejarme, porque él para eso de las faldas era un enfermo. Incurable. Sólo lo curó la sordera, creo, y la edad, quizá. Un día me dijo, así, sin más ni más: «Te quiero. Deseo poner mi boca sobre tu boca y apoyar mi pecho en tu pecho, y abrazarte y que me abracés». Me sedujo que fuera tan directo, pero después, mucho después, supe que la frase no era suya sino de un poeta árabe, porque a él le gustaba aprenderse poemas de memoria. Demasiado tarde me di cuenta. Ya me había vuelto amante del recitador. Davanzati, en ese tiempo, era atractivo, y era buen amante. Yo también era atractiva, o por lo menos los hombres me seguían con la vista y me seguía también, como un susurro, una estela de piropos, de alabanzas al Señor que me había creado, de cortesías amables o de risueñas vulgaridades. Davanzati tenía amores largos, duros y duraderos, sabía tocar muy bien con las manos y también con la lengua; eso me gustaba y además que teníamos el mismo ritmo en la cama, ni se adelantaba ni me retrasaba. Nos acostamos durante varios años, clandestinamente, muchas, muchísimas veces, tantas que no se pueden contar con números ni contar con palabras. Y cuando ya la fiebre estaba bajando, cuando ya nos veíamos más por costumbre que por ganas verdaderas, cuando ya a Davanzati no se le ponía tan duro ni su amor era ya tan durable, alguien le fue con el cuento a Sergio, cuando ya para qué, porque los secretos de amores se llegan a saber siempre a destiempo, y entonces Sergio se largó de la casa y no nos perdonó, por supuesto, ni a mí ni a su amigo. Otra pérdida. Yo quedé en la calle, muy mal, y Davanzati me compró el apartamento donde vivo; entonces me sentí como una puta bien pagada, pero tuve que aceptarlo y entonces fue cuando él me dijo que tenía mucha, mucha plata. Poco después dejamos de acostarnos y seguimos siendo amigos, amigos íntimos, creo, aunque cada vez más esporádicos y cada vez menos íntimos, es decir contándonos siempre menos y menos intimidades. O tal vez es que ya no teníamos intimidades, porque con los años se acaba hasta eso, ya no nos pasa nada, o sólo se nos pasa por la cabeza, pero no en la vida. Cuando pasa el tiempo la única intimidad son

los achaques. Yo nunca supe que él siguiera escribiendo. Él se definía como vago profesional, ex escritor, ex poeta, ex turista, todavía lector, y a punto de no hacer nada. Leía mucho, salía a caminar, se sentaba en las bancas de los parques, de vez en cuando iba hasta la universidad, o hasta mi casa, y me hacía una visita. Corta, de médico, y no decía casi nada; era como un deber... Pero esa vida, creo, se le fue volviendo cada vez más pesada, más triste y más absurda. Y también, por paradoja, mucho más necesaria. Se acostumbró a lo horrible. Se volvió un solterón. Envejeció, y mucho. Hace tres o cuatro años se quedó sordo del todo; eso lo alejó más de todo el mundo, y lo alejó también de la música que era una de sus únicas pasiones. Le recetaron un audífono, pero no le acababa de servir pues con el aparato solamente recuperaba como el diez o el veinte por ciento del oído y le quedaba una secuela terrible siempre que se lo ponía: le quedaba como un eco en la cabeza, tinitus creo que le dicen los médicos, se quedaba con algo imaginario en el oído que se repetía y se repetía sin cesar; por eso no usaba el audífono nunca, o casi nunca. La gente que se daba cuenta se burlaba de él, de su sordera, y eso lo enfurecía, porque es muy curioso que la gente se compadezca de los ciegos, pero se muera de risa de los sordos. Para Bernardo la sordera fue una tragedia, por mucho que lo tomara con ironía y dijera que cada día estaba más parecido a Beethoven, a Goya. Él amaba la música y precisamente sólo cuando ya no aguantaba más el pasarse sin música, o cuando visitaba a Jose o me venía a ver a mí, se ponía un rato el audífono ese, pero se arrepentía porque después lo pagaba con el ruido perpetuo que lo aturdía en el cráneo. A veces, como no aguantaba el eco, ponía más y más música, cada vez más fuerte, más fuerte, sin parar, enloquecido, para intentar sacarse el ruido de la cabeza, y era peor. Eso lo envejeció y lo aisló aún más. Envejeció tanto que por lo que me cuentas quiso ver a Rebeca y a su hija por última vez, y esas nostalgias de melancólico no las tuvo nunca; no son cosas del Davanzati que yo conocí en la cama ni en la calle. Y bueno, entonces volvió a ver a Rebeca, y a su hija, Mariantonia, su hija se llamaba Mariantonia, y también a la hija de Mariantonia que nunca supe cómo se llamaba, o se llama. Él nunca me lo contó, pero me imagino que sería decepcionante, o triste, o angustioso, vaya uno a saber, volverlas a ver. ¿Por qué se iría después de eso unas semanas?

Tal vez a arreglar las cosas de los bancos, en Ginebra, donde tenía la cuenta, y vaya a saber dónde más. No me llamó cuando se fue esa vez, ni tampoco me llamó al volver. El día que se fue por última vez, esa vez sí me llamó por teléfono, desde el aeropuerto. Dijo que no volveríamos a vernos y que quería despedirse. Iba a morirse a Europa, me dijo, y solamente me mandó un abrazo, ni siquiera un beso. Yo nada pude decirle porque él por teléfono no oía nada, y por eso ni siquiera tenía teléfono. Él, cuando llamaba, esperaba un rato y después empezaba a hablar: «Si me estás oyendo te aviso que mañana por la tarde pienso ir a verte a la universidad». Después seguía el clic, porque él no esperaba ni podía esperar una respuesta. A veces yo descolgaba y él ya llevaba un rato hablando pues no podía saber en qué momento le contestaban. Por eso no tenía teléfono, para qué si no podía oírnos. Pero él se escudó en su sordera para desprenderse más y más de la gente; ya, con ese pretexto, ni siquiera quería verme casi nunca. Y con el pretexto de la tinitus no se ponía el aparato, pero yo a veces pienso que lo hacía para no tener que oír y poder estar más solo. Bernardo se despide de todo como si nada le importara, se desprende de todo como se desprendía, por lo que tú me dices, de todos sus escritos, con cierta indiferencia, o mejor, con total indiferencia: va dejando un reguero de vacío y de desolación a su paso. En realidad él no quiere ni quería nada. No creo que haya querido ni lo que se supone que más quería: su hija y su escritura. Tampoco quería su plata y por eso ahora la entregó. Era un corazón seco, reseco, secado por la soledad y por la literatura, secado por el egoísmo y por el vacío de una vida sin amor. Cuando uno no quiere a nadie, se va secando por dentro, y cuando se acaba de secar ya no se puede enamorar de nadie y entonces el desierto crece, y crece y crece, y uno acaba en un pellejo reseco, como Bernardo. Nada que fuera suyo valió nunca la pena para él; a él no le parecía que nada suyo valiera la pena: ni sus amigos ni sus libros ni sus amantes ni sus esposas ni sus casas; todo lo despreciaba, al parecer. Estaba como seco por dentro, o tal vez lo dejaba seco todo lo que iba escribiendo. De tanto sacar lo que tenía adentro, se quedaba seco por dentro, vacío, e incapaz de hablar. Y pensar, entonces, que sólo rescataste los papeles de este último año. ¿Te imaginas el papelerío que habrá tirado al tarro en los años anteriores? Y lo que me has leído, salvo dos o tres hojas,

ni siquiera estoy segura de que valga la pena. Fue una vida desperdiciada, la de Davanzati, y tal vez tú mismo has desperdiciado un pedazo de tu vida en este tiempo, en este año que no has hecho otra cosa que perseguir los sobrados de un mediocre banquete. Sal de todos esos papeles cuanto antes, no vaya a ser que se te contagie la sequedad de Davanzati. O publícalos, mejor, y no los botes ni los quemes, para que no parezca que todo lo desprecias, como él, porque uno empieza fingiendo que menosprecia las cosas y las acaba de verdad despreciando. Y eso es grave, porque es bueno tener cierto desapego, pero si de todo te despegas ¿qué te queda? Una piel reseca como la de Bernardo, y una vida arrastrada y solitaria. Y mala cara, ojeras, mal aliento. Uno no puede tirar su vida a la basura, uno no puede tirar sus hijos, sus amigos, sus afectos a la basura, porque entonces no queda sino esa soledad reseca, esa honda indiferencia, esa vida árida, ese desierto. No, aunque todo en últimas vaya a parar a la basura uno no puede vivir en consecuencia y menos anticipando el futuro; uno no puede dejar que su vida se convierta en el basurero de sus propios episodios, no, hay que cuidar la propia vida como si fuera lo que es, única, maravillosa, extraña, irreplicable. Hay que pulirla, mimarla, cuidarla, acicalarla, aunque se vaya a morir, aunque se acabe; no hay que acabar las cosas antes de tiempo, no hay que tirar a la basura comida que todavía no está podrida ni pasada. Ahora que lo pienso, creo que has hecho bien en rescatar la basura de Davanzati. Él se moriría de ira si llegara a enterarse, pero sería hasta bueno, para que sepa que lo que él menosprecia alguien lo quiere, que lo que él tira alguien lo disfruta, que de sus sobras viven y gozan personas que no tienen el alma tan estropeada como la suya. Has hecho bien, has hecho bien en resucitar ese muerto, en sacar algo de lo que iba para nada».

Es increíble, e imperdonable, la incapacidad que tenemos las personas de comprender a otros seres humanos. De Davanzati, mi vecino, de quien yo creía conocer media vida y la mitad de sus historias, se me había escapado algo fundamental, me daba cuenta. Tal vez siempre se nos escapa lo fundamental, lo que es evidente aunque no se vea, porque hay cosas obvias que no se ven, o, mejor dicho, cosas evidentes que no vemos porque ya se sabe quiénes son los peores ciegos. Es tan difícil salirse de la cápsula

que nos encierra, tan difícil interesarse de verdad por otra persona. Yo que creía haber dedicado más de un año de mi vida a la vida de Davanzati, no había sido capaz de percibirlo bien. No había sentido eso que para Anapaola era tan claro, su sequedad interior, el profundo vacío de su vida seca. Y como nunca le hablé, nunca noté tampoco que no oía, y quizá él no me habló por no tener que reconocer que no podía oírme. Tal vez Davanzati escribía tanto solamente porque tenía sed de hablar, hambre de palabras. Y lo había dicho varias veces, sí, al repasar sus papeles notaba que lo había dicho con claridad muchas veces, lo de su sordera, y quizá también lo de su sequedad, pero uno no sabe interpretar bien las palabras, sobre todo las palabras ajenas, porque no les presta la suficiente atención.

Las palabras de Anapaola, a propósito, creo que venían más teñidas de rencor, de resentimiento, que de verdadero cariño por Davanzati. Somos muy dados a aborrecer, los seres humanos (sobre todo muy dados a aborrecer a quienes hemos querido), y detrás de una frase que parece bondadosa hay más lanzas y alfileres que en un insulto. Tampoco ella, creo, por mucho que conociera detalles de su vida, había podido comprenderlo del todo. ¿Pero a quién somos capaces de comprender del todo si hasta nos enredamos con nosotros mismos? La ciencia es capaz de desentrañar casi todos los misterios que hay en una gota de sangre, hasta la más remota y curiosa palpitación de las mitocondrias, pero entiende muy poco sobre lo que piensa o siente un ser humano, sobre esas corazonadas que se llaman así porque antes se las suponía alojadas en el corazón. Frente a la emoción que nos despierta un rostro, una melodía, una secuencia de palabras, toda explicación se calla, porque lo que se siente es, es así, y es inexplicable.

Cada vez que estoy por terminar algo me conmuevo, como en las despedidas, y nada más ridículo que esas lágrimas de despedida. Lo mejor es fingir siempre, como Davanzati, una serena indiferencia, un sosiego impasible, y que por dentro hiervan y estallen todas las conmociones, secas y en silencio. Hace ya más de un año que Davanzati desapareció de esta casa. Su apartamento fue vendido, al cabo de unos meses, por un notario que actuaba a nombre de otra persona, me dijeron, y no pude ni quise informarme más. Los muebles y la ropa que había allí fueron recogidos una tarde, como basura o material reciclable, por un camión del hospital San

Vicente. Vi sacar trajes viejos, tapetes, zapatos; vi sacar la nevera muda y el inmenso escritorio vacío de papeles; salió también aquella papelería que tantas veces Davanzati había llenado con sus hojas y vaciado en el *shut*. Ahí habían ido a parar sus palabras, a la basura. Un eco sucio de él y de cuanto escribió es esto que termino.

Este libro se acabó de imprimir en el mes de marzo de 2000 en Madrid

Texto de contratapa

***Basura* es la historia de una intromisión intolerable: el narrador tiene acceso de manera casual a los relatos que un novelista vecino suyo, Davanzati, tira a la basura nada más escribirlos. Desde entonces, se convertirá en lector obsesionado de unos textos que, entre los desperdicios, conforman la galería de estilos literarios de un escritor que trabaja para nadie, y tras los que se intuye una vida de difícil reconstrucción.**

Esta novela analiza las relaciones entre escritura y lectura desde un ángulo de gran originalidad, vinculando la literatura a lo excrementicio en un juego literario en el que las palabras se revelan como residuos sin valor de una vida no vivida, «sobrados de un mediocre banquete», tal y como nos dice la propia novela. De este modo, Abad Faciolince enfoca las relaciones entre literatura y vida, uno de los temas omnipresentes en la tradición literaria, pero bajo una luz diferente: la lectura surge en todo momento como una violación de la escritura. ¿Acaso como una imagen de ciertos excesos cometidos a la hora de acercarnos a la literatura?